

2012-01-01

# El Círculo de las Sombras

Ruben Varona

*University of Texas at El Paso*, [rubenandresvarona@gmail.com](mailto:rubenandresvarona@gmail.com)

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [Latin American Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Varona, Ruben, "El Círculo de las Sombras" (2012). *Open Access Theses & Dissertations*. 2404.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/2404](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2404)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

# EL CÍRCULO DE LAS SOMBRAS

RUBÉN ANDRÉS VARONA HERRERA

Department of Creative Writing

APPROVED:

---

José De Piérola, Ph. D., Chair

---

Rosa Alcalá, Ph. D.

---

Marion Rohrleitner, Ph.D.

---

Benjamin C. Flores, Ph.D.  
Interim Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Rubén Varona

All rights reserved.

2012

Para Susan, por los besos en Déjà vu que NO nos dimos en Lake District.

# EL CÍRCULO DE LAS SOMBRAS

by

RUBÉN ANDRÉS VARONA HERRERA

THESIS NOVEL

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2012

## Tabla de Contenido

Tabla de Contenido.....	v
Introducción Crítica.....	1
Anexo.....	16
Bibliografía .....	22
El Círculo de las Sombras.....	24
Allegro .....	25
Scherzo.....	65
Adagio .....	73
Recitativo.....	148
Vita.....	153

## Introducción Crítica

### **La novela corta y *El Círculo de las Sombras***

En el 2004, Roberto Fontanarrosa señaló en una entrevista para el portal ABC.es, que escribe lo que le gusta leer y además lo entretiene; sólo si se divierte es capaz de divertir a otros. Aquella no era la primera vez que escuchaba dicho planteamiento a un escritor, incluso yo mismo lo entendía así. Cuento esta anécdota, porque desde niño siempre disfruté leyendo novelas cortas, *short novels* o *novellas*, como me referiré a este género a lo largo de la introducción crítica a *El Círculo de las Sombras*, mi trabajo de tesis de grado. Lo anterior no quiere decir que no me interesen los cuentos o las novelas convencionales, significa que encuentro acertadas las dosis de literatura que me ofrece una buena *novella*, en la que el autor ha logrado sintetizar una realidad para después transformarla desde novedosas perspectivas. Por su extensión, generalmente estas obras son escritas de forma impecable y narran un solo acontecimiento del que se derivan los demás. Esta focalización en términos argumentativos le permite al autor desarrollar un tema con absoluta suficiencia, desde diferentes perspectivas, y, al mismo tiempo, mantener el interés del lector. De lo anterior se desprende que este tipo de ficciones sean ideales para generar suspenso, expectativa por el devenir de la historia y de los personajes, al no caer en las distracciones propias de la novela tradicional en la que se manejan múltiples líneas argumentativas, diversidad de personajes e intereses. Más

adelante abordaré el tema del suspenso como elemento de vital importancia en el desarrollo de *El Círculo de las Sombras*.

El ser un entusiasta de las *novellas* me ha traído grandes recompensas: “no pocos lectores, ensayistas y estudiosos coinciden en señalar que en estas narraciones de dimensiones intermedias se encuentran los mejores textos de autores como Kafka, Hemingway, Cortázar, Joyce Carol Oates y Carlos Fuentes, para sólo mencionar a unos cuantos.” (Mata:21) En ese sentido me permito citar algunas de mis *novellas* favoritas en orden alfabético: Alessandro Baricco (*Seda*), Anthony Burgess (*A Clockwork Orange*), Gabriel García Márquez (*Crónica de una muerte anunciada*), Juan Rulfo (*Pedro Páramo*), Mempo Giardinelli (*Luna Caliente*), Oscar Wilde (*The Canterville Ghost*), Robert Louis Stevenson (*Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*), Thomas Mann (*Death in Venice*).

Pero entonces: ¿Qué es la *novella*? Una respuesta un tanto evidente, nos habla de aquel tipo de ficciones que no son ni muy extensas ni muy cortas, no en vano Julio Cortázar decía que es un género a caballo entre el cuento y la novela. Sin embargo, los expertos no han logrado ponerse de acuerdo en el número de páginas. Algunos dicen que estas narraciones deben tener entre 5000 y 35000 palabras, otros entre 15000 y 50000, y otros entre 17500 y 40000 palabras. El asunto de la extensión se torna mucho más ambiguo al ser abordado a partir de los concursos literarios de novelas cortas, ya que algunos de ellos piden determinada cantidad de páginas, mientras que otros, solicitan cierto número de caracteres. A manera de ejemplo, el Premio Juan Rulfo de Novela Corta de 2009, solicitaba textos de 80 a 120 páginas, mientras que el Julio Ramón Ribeyro, de 2012, requiere obras de 240.000 a 300.000 caracteres, sin contar espacios en blanco.



Antes de abordar los aspectos que tuve en cuenta para escribir *El Círculo de las Sombras*, porque no quise reducir la discusión a un número de páginas, a un asunto de mera extensión, considero oportuno mencionar los límites entre el cuento, la *novella* y la novela convencional que establece Ignacio Trejo en su ensayo: *Las batallas en el desierto y la novela corta*:

...el cuento trata siempre de un solo asunto central y recurre escasamente a otros: es concreto e intenso... La novela puede constreñirse a un solo tema, pero contempla necesariamente sus ramificaciones porque sin éstas la historia central resultaría coja, sería endeble, incompleta: es dilatada por antonomasia. La novela corta aparece cuando el narrador tiene que enfrentarse a las dos coyunturas: sin ser totalmente conciso, no puede darse el lujo de la dilatación, de la morosidad: en ambos casos su asunto a tratar sería insuficientemente manejado, resultaría demasiado escueto y por eso nada intenso, o sería demasiado amplio y por eso capaz de distraer la atención de lo sustancial (Trejos:20)

Teniendo en cuenta la concepción de Trejos sobre el particular, en *El Círculo de las Sombras* me esforcé por capturar el espíritu de la *novella* más allá de la extensión del texto. Es decir, me preocupé por construir un andamiaje que me permitiera abordar con absoluta suficiencia el tema de las clases sociales en Bogotá, la capital de un país con serios problemas en la distribución del ingreso (más adelante me detendré en este punto). Lo anterior sin sacrificar descripciones, juegos con el lenguaje, profundidad en los personajes, giros narrativos, ni mucho menos, el ritmo de la historia.

En este sentido, considero que *El Círculo de las Sombras* no habría podido escribirse bajo los parámetros del cuento o de la novela tradicional. Entre otras razones por su alto nivel de exigencia en la creación de suspenso, ya que la historia siempre va *em crescendo*, y no admite nuevas líneas temáticas que desvíen al lector de la problemática central, tampoco tolera un manejo superficial de la misma.

## **Anécdota de *El Círculo de las Sombras***

A ocho días de su matrimonio, María Jimena Soler, una bella joven de la clase alta bogotana (la protagonista), decide regalarse una inolvidable despedida de soltera. Mientras lleva a cabo sus planes, se ve envuelta en la muerte de Lorenzo Traverso, su amor de adolescencia, y, a su vez, el mejor amigo de su prometido. A partir de ese momento se entretajan una serie de situaciones tensas, risibles, y dramáticas, ambientadas en Bogotá y en otras regiones de la geografía colombiana; las cuales llevan al lector a conocer realmente a los protagonistas de la historia.

## **Mudas de Tiempo y de Nivel de Realidad**

*El Círculo de las Sombras* no es una narración lineal. En la medida que avanza la historia, María Jimena descubre que tiene poderes para viajar en el tiempo. Puede ir al pasado, y recorrer sus propios pasos; ir al futuro, y anticiparse a los hechos que están por suceder. El manejo de estas mudas temporales entre el presente, el pasado y el futuro, mediante el uso de analepsis y prolepsis, de adelantos y retrasos en la historia, me permitió construir “una ilusión de totalidad cronológica, de autosuficiencia temporal para la historia.” (Vargas Llosa:66)

Dichos viajes en el tiempo suceden en el mundo tal como lo conocemos, es decir, donde la forma en que vivimos, el hoy, es el resultado de una serie de situaciones anteriores. En este orden de ideas, cuando la protagonista hace algún cambio en el pasado, por mínimo que éste sea, sus acciones tienen repercusiones impredecibles en su

vida presente, en el hoy, pues alteran radicalmente su nivel de realidad, y transforman la naturaleza de la historia. “Las mudas que provocan ese cataclismo ontológico —pues cambian el ser del orden narrativo— podemos llamarlas saltos cualitativos” (Vargas Llosa:67)

## **La Música en *El Círculo de las Sombras***

La música juega un papel muy importante en la obra, de una u otra forma siempre está presente en ella. Podría decirse que cumple tres funciones: 1) Densificar las atmósferas construidas, haciéndolas más románticas, inciertas, fúnebres, etc., de acuerdo a las necesidades de la historia. 2) Ayudar a delinear a los personajes, sus gustos, su clase social, y sus estados de ánimo: si están deprimidos, alegres, confundidos. En ese sentido, no es exagerado decir que la música posibilitó la existencia de un personaje como Lila, quien es para la *novella* lo que los violonchelos para las cuerdas: lo más parecido a la voz humana. Ella, sin robarse el show, porque es una entidad metafísica (murió 3 años atrás), lleva la melodía de la historia al habitar en la mente de María Jimena, sigue viva allí, es su contrapunto, su antena a tierra, su ancla a la realidad. 3) Llevar el hilo conductor de la *novella*. Este punto lo desarrollaré detenidamente en los siguientes párrafos:

A manera de una obra sinfónica, *El Círculo de las Sombras* se compone de cuatro partes o movimientos. Cada uno de ellos está dividido en sub-capítulos, y estos, a su vez, en párrafos. Es así que la obra se construye como un todo orgánico, donde la forma y el contenido están en continuo diálogo, le imprimen intensidad y ritmo al texto. Dicha

estructura musical adaptada a la *novella*, me ayudó a imprimirle los cambios de ritmo que la historia necesitaba.

En *El Arte de la Novela*, Milan Kundera, quien además de escritor fue un músico virtuoso, nos habla de la arquitectura de sus ficciones:

A part is a movement. The chapter are measures. These measures may be short or long or quite variable in length. Which brings us to the issue of tempo. Each of the parts in my novels could carry a musical indication: moderato, presto, adagio, and so on. (Kundera:85)

El primer movimiento (Parte I), se compone de 5 sub-capítulos, y está narrado en 34 páginas. Tiene impreso el sentimiento del *Allegro*. Todo transcurre muy rápido, es cambiante: María Jimena echa a perder su vida a causa de una mala decisión.

El segundo de los movimientos (Parte II), se compone de 1 sub-capítulo, narrado en 8 páginas. Se desplomó el castillo de hadas en que vivía la protagonista. Todo parece una broma, tiene impreso el sentimiento del *Scherzo*. ¿Había estado soñando? ¿El cadáver de Lorenzo estaba en su armario, el de Jonathan en el cuarto del servicio? ¿Su novio había golpeado al camionero? ¿Viajaba en el tiempo? ¿Se había enloquecido?

El tercer movimiento (Parte III) está conformado por 9 sub-capítulos, narrados en 70 páginas. Aquí encontramos sentimientos profundos, inherentes al *Adagio*, como la frustración y la melancolía, porque Jimena es un ser enteramente melancólico, en términos de Freud, que reacciona ante la pérdida de su objeto amado, en éste caso, su prima Lila. Ella, además, está idealizada por la protagonista, al extremo que la concibe como su alma gemela. La historia se densifica a través de una serie de viajes en el

tiempo en los que Jimena evita cometer los mismos errores del pasado, pero no lo logra, en cambio sí realiza otros cambios que tienen serias repercusiones en el presente.

La *novella* termina con un movimiento *Recitativo* (Parte IV). La narración transcurre en aquella realidad creada a partir del último viaje en el tiempo de María Jimena, cuando ella va a la fiesta de disfraces y altera el pasado produciendo un gran Salto Cualitativo. Como el movimiento musical que le da el nombre, ésta cuarta parte se caracteriza por ser un diálogo dramático, cínico, en la que cambia la focalización de la voz narrativa, pues ahora se narra desde la perspectiva de Pablo Corsario (muda espacial). Pablo es el mejor testigo de que habitamos otra realidad diferente de la narrada por Jimena. A pesar de lo anterior, él mantiene su esencia, sus ambiciones de extender un tapete rojo que lo lleve al Congreso y posteriormente, a la Presidencia de la República. Se compone de 1 sub-capítulo, narrado en 5 páginas.

### ***El Círculo de las Sombras y la Literatura Policial***

Este trabajo encuentra sus orígenes en la novela policial, como lo mencionaré más adelante en el Ars Poética. Luego de un exhaustivo proceso de depuración, esta *novella* fue perdiendo la mayor parte de las características inherentes a este género, sin embargo aún conserva tres de ellas:

1. Crimen: cinco asesinatos; el de Lorenzo desencadena los demás. Se trata de un accidente, ya que desconociendo las consecuencias de sus actos, María Jimena lo envenena al darle Éxtasis en el whisky. En el segundo asesinato, la intencionalidad es clara: Jonathan no acepta ser cómplice de Jimena y ella no tiene otro camino que eliminarlo. El tercero y el cuarto, son consecuencia de los primeros tres: Jennifer muere

por andar buscando a su hermano, y Gatubela, por cruzarse en el camino de Jimena, en la fiesta de disfraces. El quinto es la muerte de Jimena. Corsario la asesina porque la necesita muerta para cobrar la póliza de vida, y para que su locura no llegue a truncarle su carrera política. Adicionalmente se pone en escena el ataque de Corsario a un camionero que lo cerró en la carretera, y una serie de chantajes por parte de Jimena al portero del edificio, para que guarde silencio acerca de las visitas que ha recibido, así como al recepcionista de la funeraria, para que le venda sin que nadie se entere, el producto para conservar los cadáveres.

2. Detective: María Jimena se delinea como un *amateur detective*, en este caso, como una investigadora de su propia vida, de lo que le está sucediendo, de su propia demencia. A través de sus pesquisas, ella descubre su realidad, y conoce quién es verdaderamente su futuro esposo.

3. Comentario Social: se aborda el tema de las clases sociales en Bogotá. Al respecto, mi interés por la escuela del *hardboiled*, me animó a construir a los personajes partiendo de conductas impuestas por la estratificación social colombiana, poniendo en evidencia la cara más cruda de un tiempo y una sociedad en específico (Cronotopo). Lo anterior se aprecia al considerar la problemática de los personajes, pero también sus gustos y comportamientos, los cuales en gran medida son determinados por su nivel socio-económico. En este sentido, es precisamente el rol que juega cada uno de los personajes dentro de la sociedad, el que define el tipo de relaciones que establecen con los demás. Analicemos brevemente el caso de la protagonista. María Jimena Soler Caicedo pertenece a la clase alta o privilegiada del país. Ella se casará con Pablo porque comparten la misma clase social, y porque él la acepta y valora tal como es, incluso con sus desequilibrios psicológicos. Él está con ella, porque su padre es un político

importante, y lo apoyará en las elecciones al Congreso. María Jimena escoge a Lorenzo Traverso como su regalo de bodas, esto por tres razones: a) También es de su misma clase social, y lo reconoce como un igual. b) Le atrae físicamente, y c) Ella y su prima Lila, siendo adolescentes, hicieron la promesa de que una de las dos tendría sexo con él. Lorenzo acepta la propuesta de amor sin importar que Jimena sea la prometida de su mejor amigo, porque siente atracción por ella, pero especialmente para desquitarse de Corsario, ya que conociendo sus sentimientos, él no tuvo reparos en conquistarla mientras Lorenzo estaba de viaje. María Jimena finge ser amable con Jonathan, el indigente que conoce en El Parque de la Independencia, para que le ayude a deshacerse del cadáver de Lorenzo. Su dinero y su belleza siempre le han bastado para comprar la consciencia de cualquier persona de una clase inferior a la de ella, como los porteros del edificio, el recepcionista de la funeraria, incluso Isabel Paz, la amante de su prometido.

## **Ars Poética**

En el 2004 recibí un regalo muy especial por parte de un querido amigo. Se trataba de *Luna Caliente*, la *novella* de Mempo Giardinelli. Días después comencé su lectura, sentía cierta desconfianza al no haber oído hablar del autor argentino. Bastaron dos páginas para quedar prendado de aquel libro, para leerlo y releerlo con voracidad, y desear escribir una novela capaz de provocar tal efecto en el lector. ¿Qué era aquello tan adictivo que tenía *Luna Caliente*?

Terminé de escribir la novela en la que trabajaba por aquel entonces: *Espérame desnuda entre los alacranes*, y de ahí en adelante invertí mi tiempo en aprender más

sobre literatura policial y cine de horror, dos de mis aficiones. En ese momento comenzó a escribirse *El Círculo de las Sombras*, sí, había identificado el suspenso como el *crack* que hacía tan adictiva *Luna Caliente*.

El diccionario de la *Real Academia de la lengua* define al suspenso como:

Drae: suspense (Del fr. suspense, y este del ingl. suspense).

1. m. Expectación impaciente o ansiosa por el desarrollo de una acción o suceso, especialmente en una película cinematográfica, una obra teatral o un relato.

La definición de suspenso resultaba simple en palabras, el reto estaba en cómo producir aquel efecto en mi novela, tan propio de la literatura policial y la de terror.

Una vez tracé las grandes líneas argumentales y delineé los personajes, me senté a trabajar. Quería escribir un thriller policiaco. No me cohibí de nada, y resultó un primer borrador de más de 300 páginas. Lo leí despacio. Incapaz de corregirlo o de emitir un juicio de valor, me di cuenta que tenía de todo en exceso, menos de suspenso. Por un tiempo me olvidé de aquel ejercicio. En el verano de 2011, dos meses antes de comenzar mi año de tesis, desempolvé aquel archivo. Lo imprimí y lo leí de nuevo: allí estaba la *novella* que hoy presento, pero cargada de toneladas de maquillaje, de tejido adiposo esperando ser extraído. Básicamente sobraba un personaje, nada menos que la fiscal. Limpiar sus huellas dactilares de la novela implicó quitar 250 páginas. Aquel recorte sustancial fue doloroso, pues alucinado por mis lecturas de entonces me había empeinado en construir aquel personaje que definitivamente no funcionaba.

Bastante aliviado de peso y con una historia sólida en términos argumentales, limitada en cuanto a la estrategia narrativa que me permitiera construir el suspenso que



buscaba, le compartí aquel borrador a mi director de tesis. Entre otras consideraciones importantes, él me sugirió focalizar el narrador en el personaje de María Jimena; entrar en su cabeza y acercarme a su mundo interior. ¿Cómo debía hacerlo? Ya hablaré de ello más adelante. Por lo pronto quiero señalar que mientras hacía lo indicado, me di cuenta que comenzaba a pisar terrenos de la literatura fantástica al producir un efecto de ambigüedad en la protagonista y, al mismo tiempo, en el lector.

### Ambigüedad y suspenso en *El Círculo de las Sombras*:

Sigmund Freud emplea la voz alemana *Unheimlich*, para referirse a aquello que crea ambivalencia, que causa espanto, porque enfrenta al lector ante lo desconocido, y lo pone en circunstancias que no resultan naturales. Freud ejemplifica lo anterior en su ensayo *Lo Siniestro*, cuando dice que mientras leemos el cuento *El Arenero*, de E.T.A. Hoffman, la primera incertidumbre que nos sacude como lectores, es la de no saber si el niño se encuentra poseído por la angustia, o en verdad existe aquel hombre de arena que le arranca los ojos a las personas. Un buen ejemplo de lo siniestro en *El Círculo de las Sombras*, lo encontramos en María Jimena, personaje que acostumbrada a tenerlo todo bajo control, comienza a sentirse extraña en su propio apartamento, a aterrorizarse con las cosas que antes le parecían tan normales, porque sabe que algo no anda bien con ella, con su entorno, porque le teme a lo desconocido.

En ese orden de ideas, y partiendo de los postulados definidos por Tzvetan Todorov, mi *novella* se inscribe dentro de la tradición de la literatura fantástica:

En un mundo que es el nuestro, el que conocemos, sin diablos, sálfiles, ni vampiros se produce un acontecimiento imposible de explicar por las leyes de ese mismo mundo familiar. El que percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles: o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de imaginación, y las leyes del mundo siguen siendo lo que son, o bien el acontecimiento se produjo realmente, es parte integrante de la realidad, y entonces esta realidad está regida por leyes que desconocemos. O bien el diablo es una ilusión, un ser imaginario, o bien existe realmente, como los demás seres, con la diferencia de que rara vez se lo encuentra. (Todorov:15).

Precisamente aquella situación de ambigüedad compartida por el lector y la protagonista, fueron los detonantes para imprimirle suspenso a la *novella*. Me había sumergido en lo fantástico con la idea de que el lector, al no tener certezas del terreno que estaba pisando, estaría a la expectativa de cada detalle, deseoso de conocer el rumbo de la historia: ¿Viajes en el tiempo? ¿En el espacio? ¿Sueños? ¿Locura?

### Pilares para provocar ambigüedad en *El Círculo de las Sombras*:

El primero de ellos tiene que ver con el hado fatalista que gobierna a la *novella*. Por más de que la protagonista intenta corregir sus errores a través de sus viajes en el tiempo, el destino resulta implacable con ella. Este principio va en contravía de los postulados de Friedrich Nietzsche, respecto al concepto de la voluntad del poder, que no es otra cosa que la capacidad de los hombres de auto-determinarse al perseguir sus ambiciones. En este sentido la *La Ley de Murphy* juega un papel fundamental: si algo puede salir mal, saldrá mal, sin importar la voluntad de las personas y sus actos. María Jimena no puede solucionar los errores del pasado; no logra cambiar las circunstancias, en cambio sí, las empeora.

El segundo de los aspectos considerados para producir dicha ambigüedad, está ligado a la voz narrativa. Debía alcanzar un balance entre la subjetividad de la protagonista explorada por una voz en tercera persona que se focaliza en María Jimena y la historia propiamente dicha, es decir, el avance argumentativo narrado también en tercera persona pero de manera objetiva.

No fue fácil lograr este balance, para ello tuve que valerme de herramientas narrativas como el discurso indirecto libre (*free indirect speech*) y el fluir de la consciencia (*stream of consciousness*). Los que brevemente voy a abordar:

En el Glosario del libro *Modernism*, Peter Childs define el discurso indirecto libre como la representación del habla o de los pensamientos, sin el empleo de etiquetas como *él dijo*, o *pensó*, incluso sin el uso de comillas. Veamos un ejemplo tomado de *Madame Bovary*:

¿Acaso un hombre no debía conocerlo todo, destacar en actividades múltiples, iniciar a la mujer en las energías de la pasión, en los refinamientos de la vida, en todos los misterios? Pero éste no enseñaba nada, no sabía nada, no deseaba nada. La creía feliz y ella le reprochaba aquella calma tan impasible, aquella pachorra apacible, hasta la felicidad que ella le proporcionaba. (Flaubert:48)

En el fragmento anterior se aprecia la cercanía entre narrador y personaje, para reproducir tanto las acciones que están sucediendo como los pensamientos de Emma Bovary. Este párrafo tan corto, resulta muy efectivo a la luz de que Flaubert valiéndose del estilo indirecto libre abordó la psiquis de la protagonista, se apropió de su voz y de sus pensamientos para mostrarnos a los lectores que ella considera a su esposo un hombre vulgar, un perdedor incapaz de hacerla feliz.

De la misma manera, William James empleó el término de fluir de la consciencia (*stream of thought, of consciousness, or of subjective life*), para referirse a la técnica narrativa que representa el fluir de los pensamientos y de las impresiones tal como se producen en la mente humana. Al respecto el filósofo norteamericano es enfático al decir que la consciencia no aparece cortada a pedazos, por lo tanto palabras como “cadena” o “tren” no la describen. La conciencia fluye como las corrientes de un río, no de manera articulada. Veamos un ejemplo tomado de *La Señora. Dalloway*:

What a lark! What a plunge! For so it had always seemed to her, when, with a little squeak of the hinges, which she could hear now, she had burst open the French windows and plunged at Bourton into the open air. How fresh, how calm, stiller than this of course, the air was in the early morning; like the flap of a wave; the kiss of a wave; chill and sharp and yet (for a girl of eighteen as she then was) solemn, feeling as she did, standing there at the open window, that something awful was about to happen; looking at the flowers, at the trees with the smoke winding off them and the rooks rising, falling; standing and looking until Peter Walsh said, "Musing among the vegetables?"—was that it?—"I prefer men to cauliflowers"—was that it? He must have said it at breakfast one morning when she had gone out on to the terrace—Peter Walsh. He would be back from India one of these days, June or July, she forgot which, for his letters were awfully dull; it was his sayings one remembered; his eyes, his pocket-knife, his smile, his grumpiness and, when millions of things had utterly vanished—how strange it was!—a few sayings like this about cabbages. (Woolf:3)

El fragmento anterior nos atrapa en el fluir de la consciencia de Clarissa Dalloway, una mujer encantadora, que se distrae con facilidad, cuyos pensamientos fluyen con mucha rapidez, desaparecen y vuelven a emerger de forma natural. De la misma manera apreciamos la saturación de sus sentidos, la afectación que le produce el aire, los árboles, el crujir de las bisagras de las puertas. Sus pensamientos la llevan al pasado, la hacen cuestionarse de la verosimilitud de lo vivido, tiene un presentimiento.

En resumen, los anteriores recursos narrativos jugaron un papel importante a lo largo de la novela. Me ayudaron a generar ambigüedad y suspenso, a estrechar los vínculos entre el narrador y la protagonista. Asimismo me ayudaron a lograr la densidad psicológica de los personajes, y a mantener la extensión de la *novella*, siendo más efectivo en el uso del lenguaje.

## Anexo

Circunstancias como el lugar en el que se nace, el género, la apariencia física y la clase social a la que se pertenece, marcan a las personas, definen su rol dentro de una sociedad, así como las posibilidades que tendrá en la vida. Desde esta perspectiva comentaré las novelas: *Kindred*, *The Conjure-man dies* y *The Stain*, de tres autores norteamericanos.

***Kindred***, de Octavia Butler.

Esta novela aborda el tema de la esclavitud a principios del siglo XIX en los Estados Unidos (Maryland), y hace algunas sugerencias a las repercusiones de este periodo en la vida contemporánea. En términos escriturales, podríamos decir que son varios los aciertos de la autora. Uno de ellos, el más interesante para mí como novelista, tiene que ver con la escogencia de un narrador-personaje, ya que a pesar de los artilugios del viaje en el tiempo, el narrador en primera persona le posibilitó crear en los lectores la ilusión de estar leyendo las memorias de una joven que padeció los horrores de aquel momento de la historia norteamericana.

Dana Franklin es una joven de raza negra que, como cualquier otra persona en la California de finales del siglo XXI, tiene acceso a la educación y al trabajo; puede luchar por sus metas (ser escritora), decidir lo que quiere, y a quién quiere: su novio es un hombre blanco. Por lo anterior, resulta muy efectiva la idea de llevar a la protagonista a una plantación de maíz trabajada por esclavos (1815). En este punto, *Kindred* es una obra postmoderna, ya que Dana cuestiona la artificialidad de aquel pasado que hizo

posible que ella sea lo que es en el futuro, y pone en tela de juicio la historia que desde niña le han vendido sobre la esclavitud. Me explico, contrario a lo que le enseñaron en la escuela y había leído en los libros de historia, los esclavos de aquellas plantaciones también tenían derecho a divertirse, y los patrulleros blancos que perseguían a los fugitivos, eran mucho más despiadados que en las películas de Hollywood.

Sobre el tema en cuestión, la novela pone el dedo en la llaga al tocar algunas fibras sensibles, entre ellas: el mercado de esclavos como un negocio lucrativo, el abuso físico, las mujeres afroamericanas como propiedad sexual de los blancos, la educación como una forma de sublevarse al liberar las mentes de los esclavos. Las cicatrices de esta época en la vida moderna, resulta apreciable a través de Kevin, el novio de Dana. Mientras él se sumerge en aquella realidad, su comportamiento, su forma de pensar, incluso de hablar, comienza a asimilarse al del hombre-blanco de entonces.

“The convergence of these two white men in Dana’s life (Rufus y Kevin) not only dramatizes the ease with which even a ‘progressive’ white man falls into the cultural pattern of dominance, but suggest as well an uncanny synonymy of the words ‘husband’ and ‘master’.” (Crossley 1988, xix)

Lo anterior se hace aún más evidente cuando Dana y Kevin están de regreso al presente, y él ya no es el mismo, algo en su interior ha cambiado.

***The Conjure-man dies***, de Rudolph Fisher.

Es la primer novela detectivesca escrita por un afroamericano. Sucede en el barrio neoyorquino de Harlem, en los años 30. A falta de uno, tiene cuatro detectives

afroamericanos (innovación en el género), y sus personajes son, también, afroamericanos. Situación que en sí misma constituye una denuncia a la marcada división racial de la época que dentro de una misma ciudad, hizo surgir universos completamente independientes: el de los blancos y el de los negros.

*The Conjure-man dies*, va más allá y explora las diferencias sociales dentro del universo de los afrodescendientes; evidencia las consecuencias del racismo en esta cultura, donde se reproducen formas de discriminación en las que la intensidad del color de la piel define las preferencias y los roles sociales. Me explico, la piel de Dr. Archer es un poco más clara, y su lenguaje más elaborado; es un médico que representa la clase alta afroamericana. Perry Dart, es el primero de los diez policías de Harlem en ser promovido a detective, y el color oscuro de su piel es sinónimo de autoridad; todos lo respetan porque saben que fue elegido para servir a la comunidad afro-descendiente de Harlem. Bubber y Jinx, tienen la piel mucho más oscura que Dart; ellos representan a la clase trabajadora. Todo el tiempo se están insultando, y jugando con las palabras. En sus conversaciones siempre se llaman simios:

“The reference to ancestors as ‘apes’ strikes two chords and suggest a third. Apes and monkeys by context suggest the antecedent trickster figure of the signifying on white racist imagery blacks as beasts. The third meaning suggests blacks’s pure thirst for their African heritage, which has been degraded, distorted, or erased by white control of their history.” (Soitos 1996, 112)

El autor fotografía la sociedad del Harlem de entonces, en particular la dualidad entre las raíces africanas y el mencionado racismo entre ellos mismos. En este sentido, los pobladores prefieren al chamán africano para que los cure (N’Gana Frimbo), en lugar de acudir al Dr. Archer (medicina convencional), quien tiene su consultorio frente



al del brujo. En parte esto se debe a que a pesar de tantos años de sometimiento y discriminación, persisten las manifestaciones de sus creencias.

Quiero terminar esta aproximación crítica, mencionando que N’Gana Frimbo, el rey de Buwongo (Africa), es una suerte de alter-ego del autor. No lo digo por su color de piel, sino porque tanto Frimbo, como Rudolph Fisher, se graduaron en una universidad norteamericana, tienen una buena cultura (Fisher es una figura emblemática del *Harlem Renaissance*), y un amplio conocimiento de las ciencias y de la filosofía. El autor, Frimbo y Dr. Archer, rompen los estereotipos, y contribuyen a redefinir la forma en que el mundo percibía a la población afroamericana.

***The Stain***, de Rikki Ducornet.

Es una pieza hermosamente escrita, que fundamenta su poética surrealista en la belleza del horror, en la fealdad y la violencia del mundo. Entre las problemáticas sociales que aborda, quiero referirme concretamente a dos: la discriminación y la religiosidad.

La discriminación a las personas diferentes, es decir, a aquellos que poseen un “defecto” físico o un gusto en particular: los hermanos Téton son considerados engendros de Satán, por el hecho de ser gemelos; Pere Poupin, el cazador, es discriminado por tener problemas de alcoholismo, y Charlotte, la protagonista, por haber nacido con una mancha en la mejilla que tiene la forma de un peludo conejo (*the stain*). Me referiré más detenidamente al caso de este último personaje.

La gente rumora que aquella mancha representa el pecado de sus padres, ya que la niña fue concebida por fuera del matrimonio. Esta creencia se encuentra tan arraigada

en la obra, que incluso el nacimiento de Charlotte (su madre murió en el parto), es descrito como si hubiera llegado al mundo el mismísimo Satán:

“Her crazed eyes shone white, her spread thighs, the ravine of her sex and the heaving mound of her belly formed a monstrous landscape, not human, not of this world, the pit of Hell itself. And then she saw him. And she saw, dripping blood by his side, the dead hare.” (Ducornet 1995, 12)

La novela registra la difícil niñez de Charlotte, quien es abusada por todos, en especial por su tía Edma. Representa a aquella niña que de manera precoz pierde la candidez inherente a su edad y se ve forzada a volverse madura, al tener que lidiar con los seres sombríos que la rodean, y que le obstruyen su tortuoso camino hacia la santidad. Charlotte termina aceptando su vida y sus defectos físicos, sus temores de convertirse en una joven como cualquier otra.

2. Crítica a la religiosidad (instituciones religiosas, figuras más representativas de la iglesia, y feligreses). La novela sucede en pleno siglo XIX, en la aldea francesa de La Folie. La hipocresía y las depravaciones de los representantes de Dios en la tierra, así como de sus seguidores, producen la ilusión de que los hechos estuvieran ocurriendo en el medioevo. En ese sentido, *The Stain* evidencia que los asuntos de la religión no siempre son lo que parecen, esa es la justificación de personajes tan oscuros como el Exorcista, quien para tener sexo con la Madre Superiora, entra al convento donde Charlotte está internada disfrazado de monja. Todas las religiosas encuentran muy atractiva a la “*Visiting Sister*”. Él es una suerte de monstruo que construye extrañas teorías para servirle a Satán y sembrar por su camino. El convento termina convertido en un templo de brujería, de sadismo y de deseo.

Pero incluso en este mundo donde el bien ha sido vencido por lo demoniaco, donde las personas se discriminan unas a otras por ser lo que son, encontramos la esperanza en dos personajes bondadosos. El primero es Emile, el tío de Charlotte; un hombre que ama la jardinería y le enseña a ella sobre la naturaleza, y el segundo es Pere Poupin, el también discriminado cazador. Gracias a él, la niña puede alcanzar su destino.

## Bibliografía

Butler, Octavia. *Kindred*. Beacon Press Book. Boston. United States of America, 1988

Chandler, Raymond. *The Simple Art of Murder*. New York. Random House. 1977.

Childs, Peter. *Modernism*, London. Routledge, 2000.

Cortázar, Julio. *Diez años de la revista Casa de las Américas*. La Habana.

No. 60, julio 1970.

Crossley, Robert. "Introduction" *Kindred*. Beacon Press Book. Boston. United

States of America, 1988

Ducornet, Rikki. *The Stain*. Dalkey Archive Press. Illinois State University.

United States of America, 1995.

Flaubert, Gustave. *Madame Bovary*. Barcelona. Planeta. 1999.

Freud, Sigmund. *The Uncanny*. London. Penguin Books. 2001.

Freud, Sigmund. *On Murder, Mourning and Melancholia*. London. Penguin

Books. 2005.

Fisher, Rudolph. *The Conjure-man dies*. Ann Arbor. The University of Michigan

Press. United States of America, 1992.

Giardinelli, Mempo. *Luna Caliente*, México D.F. Editorial Oasis. 1983.

James, William. *The Principles of Psychology*. New York. Dover Publications,

Inc. 1950.

Kundera, Milan. *The Art of the Novel*. New York. Editions Gallimard. 1988.

Mata, Óscar. *La novela corta mexicana*, México D.F. Editorial Al siglo XIX.

Ida y Regreso. 2003

Soitos, Stephen F. *The Blues Detective: A Study of African American*

- Detective Fiction*. Univ of Massachusetts Press, 1996.
- Trejo, Ignacio. *Las batallas en el desierto y la novela corta*. Editorial Al siglo XIX.
- Ida y Regreso. 2003
- Tzvetan, Todorov. *Introducción a la Literatura Fantástica*. México D.F. 1980.
- Vargas Llosa, Mario. *Cartas a un Joven Novelista*. Barcelona. Editorial  
Planeta. 1997.
- Woolf, Virginia. *Mrs. Dalloway*. United Kingdom. Random House. 2009.

# ***El Círculo de las Sombras***

Rubén Varona

***Allegro***

*Bruno siempre dice que, por desgracia, la vida la hacemos en borrador. Un escritor puede rehacer algo imperfecto o tirarlo a la basura. La vida, no: lo que se ha vivido no hay forma de arreglarlo, ni de limpiarlo, ni de tirarlo. ¿Te das cuenta qué tremendo?*

Ernesto Sábato  
*Sobre Héroes y Tumbas*



María Jimena despertó agitada. Tenía los brazos estirados y una sensación de vacío en el estómago. En sueños había oído *Sad Brothers*, una de las melodías de *Los Caballeros del Zodiaco*. ¿Cómo no recordarla si era la favorita de su prima Lila? Había ambientado la escena en que Seiya a punto de morir a manos del Caballero del Oso recuerda las enseñanzas de su maestra: “Si tu adversario da patadas fuertes, rómpete las piernas; si es bueno con los puños, fractúrale las manos”. ¡Tan bella, Lila! Su mirada seguía siendo la de una niña alejada de los afanes del mundo.

Las gotas de lluvia se trenzaban en el ventanal como hilos de plata. Debía darse prisa porque en menos de una hora llegaría su invitado. Se desnudó frente al espejo del tocador, su pelo negro le acarició los hombros, le cubrió la mitad de la espalda. ¡Estaba radiante! En sus ojos asomaba un espíritu hambriento por explorarse a sí mismo.

Luego de probarse medio ropero buscando un vestido que le acentuara el busto, se decidió por uno gris con encajes negros. Conectó la plancha para el cabello. A esa hora Pablo Corsario también se debía estar alistando para su despedida de soltero: el viernes siguiente sería el matrimonio. Creyó ver una sombra en la pared. Todavía no había pasado nada, y ya se sentía culpable. Miró a su alrededor. Una enorme mariposa detuvo su vuelo sobre el portarretrato con la foto de su prometido que estaba sobre la mesa de noche.

Tomó del armario una pañoleta y en puntas de pies se acercó al repugnante insecto: sus alas grisáceas cubrían completamente la fotografía. Su abuela solía decir

que las mariposas que vagaban por las casas eran espíritus visitando a sus seres queridos. ¡Ojalá fuera cierto!

Apuntó y disparó su arma de seda. El insecto aleteó para escapar, pero ya era demasiado tarde.

—*Sorry, mate, you can't stay here. This is a private party!*

Le dio dos vueltas a la pañoleta, y le anudó las puntas. Hizo con ella una pelota.

—¡Vuela bonita! ¡Vuela!

La lanzó al cesto de la ropa sucia. Ésta pegó en uno de los bordes y se ancló en el fondo.

—¡Hey, *kid*, tú tampoco estás invitado!

Alzó el portarretratos y besó a su novio; lo aprisionó en el cajón de la mesa de noche, debajo de las argollas de matrimonio. Allí también guardaba una docena de veladoras y dos pastillas de éxtasis empaquetadas en una diminuta bolsa plástica.

Encendió una veladora, el aroma a sándalo se afincó en sus pulmones. Todo lo que ocurriera esa noche sería en honor de su prima querida. Lila, donde se encontrara, debía estar feliz por aquella fiesta. Su invitado era Lorenzo Traverso, lo habían conocido juntas en las piscinas del Centro de Alto Rendimiento. Les pareció tan apuesto que sólo por verlo entrenar se inscribieron en clases de natación: prima, está buenísimo, mírale la cola, y Jimena que qué abdomen, y que no era Photoshop, y Lila que al menos una de las dos tenía que llevárselo a la cama, y que la una se sacrificaba, y que la otra también lo hacía, ¡tan sufridas!, y que cualquiera, ¿qué importaba? Todo quedaría en familia.

Lo cierto es que Lorenzo y Jimena salieron un par de veces, pero jamás hicieron el amor. Cuando ella estaba lista para hacerle ese regalo, él terminó el colegio y viajó a Escocia de intercambio estudiantil.

María Jimena terminó de alisarse el pelo y colgó de su cuello un hilo de oro blanco con una pequeña llave que perteneció a su bisabuela. Se acercó al ventanal de la sala. Las luces de Bogotá se distorsionaban por la danza de la lluvia. ¡Qué ironía! Había resultado cierto aquello de que nadie sabía para quién trabajaba: gracias a Lorenzo, su regalo de bodas, había conocido a Pablo, su futuro esposo.

Se aplicó brillo en los labios, los realzó y les dio volumen; los hizo más provocativos. Encendió la chimenea. Su mirada ardió con la combustión del gas en la cavidad cilíndrica, se fundió con el humo que ascendía por el metal celeste incrustado en el techo como una columna. *¿Cómo seducir al mejor amigo de tu novio sin sentirte culpable?* Debió conservar la revista para quinceañeras en la que leyó aquel estúpido artículo. Lo importante era que no estaba siendo injusta con Pablo al regalarse aquel antojito antes de la boda. Él la amaba, y haría cualquier cosa por ella, pero también amaba el respaldo político que el Senador Ignacio Soler, el padre de Jimena, le daba en su campaña a la Cámara de Representantes.

*Sweetie, you've earned my betrayal!*

Era un interesado, de eso tampoco tenía la menor duda. El citófono interrumpió sus pensamientos. Se aplicó Poison, de Dior, y salió de la habitación.

En la mesa de centro de la sala, sobre una bandeja de plata, estaba la corteza del árbol de caucho que esa mañana había recogido en el cementerio cuando fue a visitar a su prima. Al día siguiente se cumpliría el tercer aniversario de su muerte. ¿Y si Lorenzo la rechazaba? Debió llamar a Carla, nunca estaban de más los consejos de la zorra de la clase. ¡No la rechazaría! Levantó el auricular.

—Señorita Jimena. La busca el joven Lorenzo Traverso.

—Gracias. Por favor dígame que suba.

## 2

Jimena respiró profundo y abrió la puerta. Su regalo de bodas salía del ascensor empapado por el aguacero. ¡Qué bien se veía de traje formal y sin corbata! Aquella banda negra en el pelo lo hacía ver como un futbolista argentino, mentiras, como uno de esos modelos de Vogue que tanto le gustaban.

Se saludaron con un beso en la mejilla.

—¡Mira cómo me volví, y sólo tardé unos segundos en bajarme del taxi!

—¿Y tu carro?

—Hoy quiero tomarme unos tragos en la fiesta de Pablo, ya sabes, no todos los días es la despedida de soltero de tu mejor amigo, ¿verdad?

Ella retuvo en sus pulmones el aroma a madera del recién llegado.

—¡Tienes toda la razón! —le brillaron los ojos— Ven, sigue, estás en tu casa.

El comedor, la sala y las habitaciones se encontraban separados por ligeros desniveles en el piso, así como por la chimenea y algunos muebles. María Jimena, estudiante de último semestre de arquitectura, se había encargado de imprimirle al lugar un estilo *loft* minimalista en el que reinaban los colores neutros, la luz natural y las maderas poco tratadas.

Lorenzo siguió al baño para secarse. Ella le alcanzó dos ganchos de ropa y un suéter de su prometido; era una descarada, pero quizá el hecho de ver a su amante vestido de Pablo Corsario la haría sentir menos pecadora.

¿Qué tal un Caipiriña para subir los ánimos? ¡A Lorenzo siempre le había interesado la cultura brasilera! Mala idea, era una bebida muy sensual que pondría al descubierto sus intenciones de embriagarlo. Comenzaría con algo más clásico.

Sirvió dos whiskies, el suyo en las rocas y el de él, puro.

Lorenzo regresó a la sala: el pecho y los bíceps se le marcaban en el suéter de Corsario. Todo era propicio para el amor: llovía a cántaros y él andaba sin carro, viernes en la noche + lluvia + ropas húmedas = imposible conseguir un taxi en Bogotá, estaban solos en un apartamento con una de las mejores vistas de la ciudad, tenían cualquier cantidad de gigabytes de música en el iPod, el bar a reventar de licores, Corsario en su propia fiesta de despedida, una pagina escrita entre los dos con tinta indeleble, y otra por escribir y olvidar. ¿Qué podría salir mal?

Él recibió su trago y alzó el cristal.

—*Wait a minute!* Siempre que brindes recuerda mirar a los ojos. Ya sabes, por aquello que dicen de los siete años de mal sexo.

Su amiga Carla era quien lo decía. ¡Vaya si había tomado en serio su papel de zorrita! Sólo le faltaba una foto de alcoba en su perfil de Facebook, tomada con su teléfono frente al espejo. Ojalá enseñara un moretón en el muslo tan grande como la China y abrazara un peluche de Winnie-the-Pooh.

—¡Por ustedes!

Lorenzo clavó la mirada en los ojos de Jimena, verdes y alargados como la carne de las aceitunas. Chocaron las copas. ¿La miraba de la misma forma en que lo hacía cuando se conocieron? Se sonrojó; ella sí lo debía estar haciendo.

Tomaron asiento en el sofá. María Jimena acomodó los pensamientos del florero de la mesa de centro. Éste se lo había traído su madre desde el África. Según le dijo, aquella piedra verde tenía propiedades curativas y le traería paz a su hogar.

—¿Y en dónde piensan vivir cuando se casen?

—Aquí, al menos mientras crece la familia.

—Veo que ya están pensando en hijos.

—Por supuesto que sí, con decirte que la semana pasada soñé que me acariciaba la barriga, y mientras lo hacía cantaba *La Llorona* a dúo con Chavela Vargas: ¡Chistosísimo!

—¿Y ya gugliaste el significado? Te lo pregunto porque sé lo supersticiosa que eres.

—*Of course!* Soñarse en embarazo equivale a problemas que como un niño empiezan a gestarse en el vientre.

—¿Y soñarse cantando con Chavela Vargas?

Lorenzo soltó una carcajada.

¡Qué tonto era! ¡Dizque burlándose de ella! ¡Aunque se veía tan lindo al reír! De estar en sus manos obviaría todo ese bla-bla-bla y saltaría en sus brazos. Cuánto habría deseado que los chinos-japoneses, como les decía a todos los ojirasgados, se hubieran inventado una tecla *Skip*, que con sólo presionar revolucionara el presente para dejarse de aburridores preámbulos. ¿Qué tal una *Slow*, para los buenos momentos?

—¿Oye, esa pintura es del maestro Garcés?

Se refería al único cuadro de la sala, en el que una criatura se derretía como la cera de un cirio ardiente.

—Sí, se llama *La Eternidad del Engaño*.

—Me impresiona la tragedia que encierra esa mujer, pero no me hagas caso, no sé cómo explicarte lo que digo.

—Por algo estudiaste economía, ¿no?

A lo lejos se escucharon las sirenas de un carro de bomberos. Jimena encendió un cigarrillo. Lorenzo sorbió impaciente su trago, se le hacía tarde para ir a la fiesta de su amigo.

—Me inquietó tu llamada, ¿pasó algo?

Había llegado la hora de la verdad, el momento de romperle las cintas a su regalo. Ella se levantó del sofá y se acercó al ventanal: trancón en la séptima, llovía a chuzos, la torre Colpatria hacía de tripas por respirar empaquetada en un corsé patriótico de luces amarillas, azules y rojas.

—Te hice venir, porque necesitaba hablar contigo antes de la boda —mediría cada una de sus palabras, les sacaría filo—. Ya sabes, todo el mundo dice que casarse tan joven es una locura...

—¿No estarás pensando en plantar a Pablo en la iglesia?

—¡¿Cómo se te ocurre?! Lo amo con toda mi alma y me muero por envejecer a su lado, por ayudarlo a realizar sus sueños, incluso aquellos tan vanidosos como hacerme la primera dama de este país.

—¿Entonces qué sucede?

Lorenzo apoyó el vaso sobre la mesa. Ella apagó el cigarrillo en el cenicero y sirvió más whisky, programó música de Leila Pinheiro. Sabía que a él le encantaba el Bossa Nova. ¡Bien hecho! ¡Era un momento dramático! Él se veía ansioso, desesperado por descubrir el tesoro al final del arco iris.



*A primeira vez que eu te encontrei, alimentei a ilusão de ser feliz. Eu era triste, sorri; peguei no pinho e cantei.*

—Es el último que bebo. A las 10:30, tengo que pasar por las bailarinas del show. No me mires así, será una danza erótica y nada más.

—No te apures que esas mujerzuelas no se irán para ninguna parte, en cambio, sí se pondrán bien traviesas; además tu ropa sigue húmeda.

En sus ojos leyó que comenzaba a habitarlo, que en él no existían pensamientos ajenos al beso de sus pupilas, a los caprichos de su voluntad. Sólo hacía falta presionar el botón *Skip*. Abrir la boca para tragarse tanta palabrería.

Alzó su vaso: chocaron las pupilas, los cristales. ¡Lo conquistaría a cualquier precio!

*Muitos versos eu fiz, em meu peito guardei.*

—Tú sabes que siempre has sido una persona muy especial para mí.

*Um dia você partiu, meu pinho emudeceu e a minha voz na garganta morreu.*

—Quiero proponerte un juego.

—¿Un juego? —él arrugó el ceño.

—Sí, el único e irrepetible juego de La Máquina del Tiempo.

¡A cazar dinosaurios a la prehistoria! ¿Quién iba a pensar que aquella obsesión de su prima con los viajes en el tiempo sería su estrategia para conquistar a Lorenzo? Así le cumpliría a ella la promesa de adolescentes: ¡Tan sacrificada! No necesitaría de los ineptos de Time Safari Inc., como en *A Sound of Thunder*, el relato de Ray Bradbury que Lila le compartió antes de morir, y del que ella ahora tomaba la idea.

—¿La Máquina del Tiempo?

—Ya deja de repetir todo lo que digo, que me pones nerviosa —agachó la mirada—. Antes de explicártelo, quiero saber si recuerdas cuando nos conocimos en las piscinas.

—Por supuesto, si más de una vez el entrenador me regañó por tu culpa, bueno, y la de Lila.

—¿Y por qué nuestra?

—Porque me distraían. ¿No te parece perverso que cada que salía a respirar, me estuvieran haciendo muecas desde las graderías?

—¡Ah, la víctima! Pero tú eras peor, porque me espiabas en los camerinos, y ni siquiera eras capaz de saludarme —sorbió su whisky—. ¿Recuerdas que nuestro primer beso fue en el baño de mujeres?

—Sí, claro. Me vi obligado a entrar, porque alguien cortó el agua en las duchas de los hombres, justo cuando me enjabonaba.

—Extraño, ¿verdad?

Se rieron. María Jimena tomó a Lorenzo de las manos, temblaba como si no tuviera experiencia en el amor. ¡No señorita! Todo menos dejarse intimidar.

—Quiero confesarte que siempre soñé que mi primera vez sería contigo en aquellas piscinas, pero te fuiste del país cuando me sentía lista.

—¿Por qué me dices esto ahora? Si cuando regresé, lo primero que hice fue preguntar por ti, y me enteré de que salías con mi mejor amigo.

Ella le puso el dedo índice en los labios.

—¡Aún estoy soltera! Quiero que viajemos al pasado y nos regalemos una noche del 2003. No te preocupes, que nadie tiene por qué enterarse. Lo que ocurra entre los dos será un recuerdo de adolescentes, la prolongación de aquel beso en las duchas de las piscinas.

Se aproximaron los labios. María Jimena sintió su aliento, lo saboreó y se acercó más; le acarició el rostro. Él levantó la cabeza y pidió prestado el baño. ¡¿Qué?! Ella tembló de la rabia. ¡¿Quién se creía ese imbécil para rechazarla?! Apretó el puño

aquello no podía estar pasando Lorenzo era su regalo de bodas el semental que le había deparado la fortuna para dejar atrás su vida de soltera ¡Nadie! ¡No había forma de que se resistiera a sus encantos! ¡Nadie! ¡A ella NADIE la despreciaba!

Tomó un cuchillo de la cocina. Trituró las dos pastillas de éxtasis color violeta marcadas con la palabra *Love*, que guardaba en su mesa de noche. Las hizo polvo. Las diluyó en el whisky de su invitado.

### 3

Un trueno dejó a oscuras el apartamento. Lorenzo regresó del baño, y tomó a María Jimena de las manos. Por la forma de hacerlo ella supo que él había comprado un boleto en primera clase para acompañarla en La Máquina del Tiempo.

La energía los encontró besándose

el éxtasis no había sido necesario obvio que no y la lluvia sería la excusa perfecta para justificar su tardanza Un hombre que se preciara de serlo jamás se resistiría a sus encantos y ella salió primero con él y a su novio Corsario no le había importado conquistarla en ausencia de Lorenzo y era amigo de él y no lo respetó y entonces tampoco merecía sus respetos y sería sospechoso cambiarle el whisky y se lo dejaría Y qué dicha un torito salvaje

María Jimena puso a sonar a Armin van Buuren.

Lorenzo sorbió su trago y comenzó a bailar. ¡Qué piernas! ¡Qué buenas nalgas tenía! Respiró el aroma de su piel bronceada, lo encapsuló en su memoria: un zambullido en aquel almizcle haría llevadera la vida monógama que le esperaba.

—Nuestra primera vez debió ser en las piscinas. ¿Qué te parece si nos bañamos en las mismas aguas del 2003?

Él hizo una expresión de sorpresa, la besó apasionadamente.

—Voy a preparar La Máquina del Tiempo.

—¡No tardes!

Jimena fue a llenar el *jacuzzi*, en el baño de su habitación. Era circular y estaba empotrado en el piso de madera. Lo hizo construir a imagen y semejanza de la plaza de

toros La Santamaría, edificación que desde la ventana de aquel piso treinta, parecía flotar como el arca de Noé al antojo del aguacero.

Encendió algunas veladoras y las puso alrededor del *jacuzzi*, delineó el cuerpo de un caracol. En el lugar correspondiente a la cabeza, colocó un candelabro de nueve brazos y la bandeja de plata con la corteza del árbol que recogió en la mañana. Apagó las luces. En la pared se reflejó la sombra de un molusco cornudo provisto de varias antenas.

Su mirada se consumió en el palpar de las veladoras y en los chorros de agua del *jacuzzi* que mascaban el jabón y lo convertían en espuma. Estaba feliz por su fiesta, Lila también debía estarlo. Ella habitaba en su memoria, seguía viva allí: ¡Esa noche estaría de festejo en el cielo de los suicidas!

Se desnudó y llamó a su invitado.

Cuando Lorenzo entró al baño, el cuerpo de Jimena estaba cubierto de espuma. La rodilla izquierda sobresalía del agua como la punta de un iceberg.

—*Wow! Pero si aquí es la party!*

Quiso aplastar con las manos el caracol reflejado en la pared, pero la sombra se arrastró hacia la ventana como atraída por el aguacero. Estaba *high*, tenía los ojos vidriosos. Las pastillas y el whisky habían surtido sus efectos. ¿Qué importaba? ¡Ni un trago más para Lorenzo!

Jimena sacó un pie del agua y estiró el empeine en dirección a él, capturó su mirada, la trinchó; finalmente le habían servido para algo las clases de tango.

—*Welcome to the lovely past!*

—Hey, me quedé esperándote en la sala; mira como me dejaste.

Se puso las manos en medio de las piernas para enseñarle el bulto que se le marcaba en el pantalón.

—Te dije que estaría aquí, preparándolo todo.

—Ajá, pero ¿y los besos que fuiste a darme hace un momento?

—¿De qué hablas?

—Olvidalo: ¡Ya me embriagué!

Se quitó el suéter y lo tiró al piso. Se llevó la mano derecha a la boca, chifló como si tuviera un silbato en una fiesta electrónica.

—¡Por el 2003!

Subió y bajó varias veces el brazo izquierdo, el movimiento pareció esponjar la barba del vikingo tatuado en su deltoides. Se soltó el pantalón y los zapatos: hizo un *striptease* antes de quitarse la ropa interior, de sacudirse el pene para que terminara de curvarse.

Ella admiró la amplitud de los hombros de Lorenzo, la profundidad de los canales que le delineaban el abdomen, aquella piel que como una fina capa de mantequilla lo vestía de etiqueta.

Su miembro viril le recordaba las bestias de la hacienda de su padre. Lo agarró entre las manos y lo acarició, se lo llevó a la boca excitada de no poderlo abarcar completamente.

Lorenzo entró en el *jacuzzi*.

Una corriente de agua fría estremeció a María Jimena, le puso la piel de gallina. Miró alrededor: la encandilaron los reflectores de la piscina olímpica del centro deportivo. ¿Era Lorenzo? Lo vio clavar desnudo en la alberca

unas manos grandes le presionaron los tobillos y luego la cintura y eran fuertes ¡Y cómo apretaban! Y la sumergieron hasta el fondo para besarla bajo el agua y ella relajó las piernas y él la penetró con torpeza y ella gimió ¡Y qué ardor! Y la estaba lacerando y abrió los ojos y él respiraba sobre ella en el *jacuzzi*

Ya no sentía dolor, ni virgen que fuera; exhaló, sólo el inmenso placer de las envestidas de Lorenzo.

Él se detuvo para cambiar de posición. Un ciempiés de espumas patinó sobre sus hombros, se desbandó por sus omoplatos y se escurrió en la bañera. A su paso dejó un aroma a manzanas verdes, a cepa de *Chardonnay* de clima frío.

—Ven acá.

Lorenzo le dio la mano, y la ayudó a levantar. Jimena sintió el cloro de la piscina respirar en su piel; curioso, jamás imaginó que llegaría a sugestionarse con aquel juego que se inventó para seducir a su amante, que semejante placer tuviera el poder de llevarla al pasado, y le hiciera perder la noción de la realidad.

Él la hizo inclinar, le atenazó las caderas. ¿Se habría asfixiado ya la mariposa que aprisionó en la pañoleta? ¡Qué tonterías pensaba! Apretó los labios y gimió. Los chorros del *jacuzzi* masajearon sus pantorrillas; los de la piscina, su espalda. Minúsculas burbujas acariciaron sus cuerpos en el agua. Ella sintió un hormigueo en el abdomen que como una mancha de tinta se fue regando por su pecho y le invadió los pulmones. Gritó.

—¡Jimena!

La voz de Lorenzo la llevó de regreso al baño, puso a llorar las velas; las desparramó.

Sintió un líquido caliente en su espalda. Se dio la vuelta, su amante se balanceaba de un lado al otro, vomitaba. Lo agarró por los hombros.

—¡Loreeenzo! ¿Estás bien?

Le fue imposible impedir que se desplomara. Lo acostó boca arriba y puso a vaciar el *jacuzzi*.

—¡Maja, no sé qué me pasa! ¡Perdóname!

—¡No te preocupes, vas a estar bien! ¡Vas a estar bien!

¿Se le habría pasado la mano con el éxtasis? Pero sólo habían sido dos pastillas. ¿Qué diablos había hecho? Corrió por agua a la cocina.

—Te intoxicaste, pero vas a estar bien. ¡Vas a estar bien!

Lorenzo había comenzado a decir incoherencias. Le levantó la cabeza para darle de beber. ¿Qué debía hacer? ¿Dónde estaba Lila para ayudarlo? Ella siempre fue más práctica.

Un líquido amarillento, casi verdoso, le brotó a Lorenzo por la nariz. La rueda de la fortuna había girado: era el fin de su vida, de su reputación. Su familia sería el hazmerreír de todo el mundo, los enemigos políticos de su padre le sacarían los ojos.

Debía darse prisa y llamar a una ambulancia, no tenía otra opción. En el momento en que se disponía a marcar, recibió una llamada de Pablo Corsario.

—¿Aló? ¿Aló?, Maja, ¿estás allí?

—Sí, mi amor, aquí estoy.

—¿Qué haces?

Ella apretó la llave de la abuela que le pendía del cuello. Guardó silencio sin saber qué responder.

—Bebé, ¿estás allí?



—Sí, aquí estoy.

—Estás muy rara, ¿te pasó algo?

—¡Nooo!, sólo estoy escuchando música y tomándome una copa. ¿Cómo está la fiesta?

—Entretenida, aunque Lorenzo todavía no aparece y se supone que es el organizador. ¡Siempre tan incumplido!

—Ah, dijeron en las noticias que la ciudad está hecha un caos por el aguacero. ¿Y mi papá ya llegó?

—No, pero viene en camino. Llamó para decirme que trae las capitulaciones que quiere que firme antes del matrimonio. ¿Por qué no me habías dicho nada de esto?

—Mi amor, porque no tenía ni la menor idea, pero ya se me hacía extraño que don Soler no hubiera salido con algo así, ¿te molesta?

—No, él está en todo su derecho de proteger el patrimonio familiar, y nuestro matrimonio será para siempre.

—Por supuesto que sí, tú eres lo más bello que me ha pasado en la vida.

—Amor, me llaman de la fiesta. Debe ser para el brindis; ahora te marco.

—Mejor llámame mañana, porque ya me voy a dormir.

María Jimena colgó el teléfono y regresó al baño sin haber llamado a la ambulancia. El molusco danzaba en torno al *jacuzzi*.

—¡Lorenzo!

Estaba pálido. Lo cacheteó varias veces, había dejado de respirar.

María Jimena encendió un cigarrillo, le costaba trabajo controlar el temblor de las manos. El cielo chispeaba ante sus ojos, expulsaba sus entrañas sobre la tierra.

El celular de Lorenzo vibraba sobre la mesa de la sala. Tenía nueve llamadas sin responder y tres mensajes de voz. Lo apagó y regresó al baño. Una procesión de sombras en la pared parecía velar el cadáver. Inhaló el humo hasta consumir el cigarrillo, tiró la colilla a la papelera. El rostro de Lorenzo se iluminaba, tenía una expresión de serenidad. ¿No estaría tomando una siesta? Se acercó al *jacuzzi* para cerciorarse que no respirara

el lugar olía a flores a tarde de junio en la hacienda de su padre Si Lila estuviera allí ya tendría un plan ella siempre tenía uno *Mírale las alas ¿Se cayó del nido?* Se veía hermosa de rodillas junto al árbol de caucho sabanero *Préstame tu suéter* arrullaba a un azulejo de pecho amarillo *Hay que abrigarlo mientras buscamos un veterinario* ¿Qué habría hecho Lila en esas circunstancias? Lo correcto Eran almas gemelas debía haber un error ella no podía ser una asesina

Se golpeó la frente contra el ventanal del baño. Su cabello enmarañado le cayó sobre el rostro, sus pezones se batieron en duelo con los reflejados en el vidrio

era injusto que tuvieran que pasarle esas cosas a ella ¿Por qué Lorenzo había ido a morir a su apartamento? No había sido decisión suya Ella lo había llevado lo había drogado para tener sexo lo había matado la bomba de éxtasis y whisky rompió los resortes de su cabeza ¿Y su padre Y Corsario Y la Policía? ¿Cómo les explicaría? Asesina Así quisiera no podría cambiar las cosas y terminaría tras la rejas

¿Qué iba a hacer? Maldita sea Necesitaba un trago. Se dio la vuelta para salir del baño, y pisó el vaso del que Lorenzo bebió el licor envenenado. Cayó al suelo en medio de las velas, se golpeó la cabeza Se vio a sí misma atravesando un cielo coloreado con crayones, volaba sobre una alfombra mágica, una gaviota graznaba entre las nubes, paría una gaviota, decenas de gaviotas de plumajes cenicientos, un relámpago erizó el cielo, un rayo se precipitó sobre la nube de pájaros, y mordió el tapete alado de Jimena. Ella sintió el vacío y cosquillas en las piernas, y estaba dentro del *jacuzzi*, y los vellos de las pantorrillas de Lorenzo la rozaban, ¡qué asco! Se acurrucó para no tocar al cadáver.

*Vai, minha tristeza, e diz a ela que sem ela não pode ser. Diz lhe numa prece que ela regresse, porque eu não posso mais sofrer.*

¿Quién estaba cantando?

*Chega de saudade, a realidade. É que sem ela não há paz, não há beleza, é só tristeza, e a melancolia, que não sai de mim, não sai de mim, não sai.*

Lorenzo levantó la cabeza y enmudeció.

—¡Hey! ¡Sí que me diste un buen susto! —Jimena tragó saliva—. ¿Te sientes bien?

Él estiró los brazos y le acarició a ella los pies, los presionó lentamente.

—Me mataste.

—¿De qué hablas?

—¿No tenías suficiente con Corsario?

Los dedos de Lorenzo se enterraron en los tobillos de Jimena, en el filo de sus labios se congelaron sus gritos. Un calambre le templó los muslos y el abdomen. La paralizó por completo. Volvió en sí gritando: el Parque de la

Independencia se enmarcaba en la ventana como una postal; tenía las piernas recogidas sobre el sofá de la sala

la estremeció una punzada en la cabeza ¿Y Lorenzo? No se veía por ninguna parte, tampoco las gaviotas ni la alfombra voladora ¡Una pesadilla! Lo último que recordaba era estar junto al ventanal del baño debió perder el sentido cuando se golpeó contra el suelo De alguna manera había llegado hasta la sala ¡Nunca había sido sonámbula! ¿Qué? Tenía moretones en sus tobillos tenía que comprobar si Lorenzo estaba muerto de lo contrario no la esperaba una cárcel sino un manicomio el de Montserrat el mismo en que internaron a la tía Susanita la pobre sufría de alucinaciones desde el suicidio de Lila

El baño estaba completamente a oscuras. Se espantó al encender la luz. No era nada, sólo su propia imagen. Lorenzo seguía en el *jacuzzi*, flotaba en su vomito, ¿dónde más? Las veladoras se habían consumido, el vaso estaba en el suelo. No estaba loca. Era la asesina de su amante.

Estrelló el vaso contra la pared. Los vidrios cayeron sobre el cadáver de Lorenzo, reventaron las pompas de jabón que se arremolinaban en el desagüe.

Tendría que alzar todo ese desorden antes de deshacerse del cadáver. De alguna manera saldría de aquel problema.

Recogió el candelabro y lo llevó al comedor. Maldita sea, Alfonsina, ¿dónde había puesto los guantes de hacer limpieza? Los encontró en el cuarto del servicio

jugaba a su favor que nadie sabía de la visita de Lorenzo Menos mal cuando lo llamó le hizo prometer que aquella conversación quedaría entre los dos Ojalá no hubiera abierto la bocota si lo hizo ahí tenía por chismoso

A pesar de sus esfuerzos por quitar del piso la cera de las veladoras, quedaron manchas en la madera lacada. No importaba, la empleada lo dejaría todo reluciente como los zapatos del Senador.

Limpió el vómito y trapeó con desinfectante. Recogió los vidrios que estaban en el *jacuzzi* y los tiró a la basura, esa sí que era una despedida de soltera. Escurrió el trapeador y soltó una carcajada. Le aterraba la frialdad de sus actos, el no haber entrado en un episodio de histeria como le ocurría en situaciones de estrés.

Abrió la ducha y enjuagó el cadáver con agua tibia. Lo restregó con estropajo y jabón líquido

seguramente para cuando terminara el aguacero aquella piel bronceada ya se habría marchitado ¡La descubrirían maldita sea! Si la Policía encontraba el cadáver sabría que ellos tuvieron sexo borraría su ADN no habría forma de relacionarla con el crimen ¿Estaba disfrutando del baño? (El pene de Lorenzo seguía en posición de batalla tenía diminutos puntos rojos en la cabeza y en el tronco como si le hubieran esparcido tinta con un cepillo de dientes) ¿Era sangre? Agua y no parecía herido Ardor y la sangre debía ser de ella Ya se preguntaba por qué le había dolido tanto Venía mejor dotado que Corsario Era un burro Muerto estaba muerto Corsario era más violento en la cama y nunca la había lastimado ella lo mató y ni que hubieran tirado toda la noche ¿Qué importaba aquella sangre en esos momentos?

Lo secó con toallas desechables y con gran esfuerzo lo arrastró fuera del *jacuzzi*, lo llevó a la habitación. Necesitaría ayuda para subirlo en la camioneta y arrojarlo en algún caño. ¿Adónde iría a parar él? Deshizo la cama para meterlo entre las cobijas, ¿adónde ella? Le acomodó el cabello detrás de las orejas y le cerró los ojos.

En minutos serían las once y sólo se le ocurría destajarlo, deshacerse de él por partes.

Empacó las ropas de Lorenzo en una bolsa plástica y las guardó en el cuarto del servicio. Terminó de arreglar la sala. Se duchó estremecida por la certeza de que así como no lograba retener el agua que corría por su cuerpo y seguía su camino hasta el sifón, tampoco podría evitar su destino.

## 5

María Jimena terminó de ponerse las botas y salió del apartamento, subió al ascensor

56 segundos le tomaría llegar al primer piso 8 minutos a la cacharrería sobre la 26A otros 10 en volver con los plásticos genial que consiguiera un hacha o al menos un serrucho Estaría abierta cómo no si todas las noches allí vendían arepas y empanadas ¡Bien por el rebusque! Bogotá era la ciudad más pintoresca que conocía todos los barrios independiente del estrato social tenían un mini-mercado un puesto de comidas rápidas un salón de belleza y una panadería atendida por su propietario ¿por quién más? Ni idea cuánto le tomaría desmembrar a Traverso Comenzaría por decapitarlo por quitarse de encima su mirada acusatoria Lo desfiguraría para que los ineptos de medicina legal tardaran varios meses en identificarlo pero no lo encontrarían le amputaría los brazos y las piernas echaría todo en una maleta también la cabeza La sangre la vaciaría por el sanitario ¿Y el tronco? No le alcanzaría el tiempo para el siguiente día su carne descompuesta comenzaría a apestar era muy grandote no le cabría en el refrigerador en la Colonia conservaban la carne en tinajas de sal ¡Excelente idea! Cuando fuera a deshacerse de la cabeza los brazos y las piernas del cadáver pasaría comprando sal necesitaba un bulto ya se las arreglaría para subirlo hasta el apartamento ¿Y el pene? (Se abrieron las compuertas del ascensor) Una vez saliera del problema su vida no tendría que cambiar No señorita Al cielo gracias por su memoria selectiva sepultaría los malos recuerdos en toneladas de ilusiones edificaría sobre ellos gigantescos castillos

Un moreno y dos rubias entraban al edificio tomados de gancho. Él vestía de smoking negro; ellas se las ingeniaban para exhibir la habilidad de su cirujano plástico a través de las pieles de sus abrigos. Atesoraban una botella de absenta. María Jimena

traspasó la puerta. El mundo no detendría su marcha, a pesar de ella misma, sus problemas en nada alterarían las leyes del universo. *Manan los hombres de la ciudad hacia el Río.* Sería una larga noche, tan larga que unos minutos más no harían diferencia. *Se vierten por las escalinatas como una lava lenta y escabrosa.* Saltó algunos charcos, descendió por los escalones de Jorge Zalamea que la llevarían al Quiosco de la Luz en el Parque de la Independencia. *Extraviado cada uno en un sobresaltado ensueño de viandas humeantes y divinos visajes.* Avanzó por uno de los senderos rodeado de inmensos eucaliptos. Quería deleitarse con aquella obra del florentino Pietro Cantini. Su belleza arquitectónica solía regalarle la paz interior que tantas veces buscaba. Aquel lugar se había convertido en su oráculo y psiquiatra, en su cómplice y consejero; al punto que decisiones trascendentales como sus estudios universitarios, incluso su matrimonio con Corsario, habían sido tomadas estando allí.

Cuando pasaba junto al carrusel escuchó unos pasos acercarse. Miró para todas partes, y se preparó a correr. Sería mejor que regresara de inmediato, había recordado las circulares de la policía recomendando a los vecinos del sector abstenerse de visitar el parque después de las seis de la tarde. Aquel lugar, en apariencia tan tranquilo, se había convertido en un hervidero de maleantes. Si hasta Marujita, la solterona del piso de abajo, había tenido que indemnizar a su empleada doméstica, porque la mandó a comprar pan y terminó violada por dos hombres: ¡Y esto a plena luz del día! ¿De dónde salía tanta rata?

—¡Una monedita pa' este muerto de hambre!

Entre los caballos del carrusel apareció un joven de raza negra estiraba la mano e inclinaba la cabeza en posición teatral. Jimena lo miró directo a los ojos. ¿En verdad pensaba que podría conmoverta? Aquella expresión de orfandad le resultó tan falsa



como la conversación con su novio mientras Lorenzo agonizaba. Se dio la vuelta para regresar y retomar sus planes iniciales.

—No me ignore, monita: pille que hay que hacer el bien y no mirar a quién.

¿Qué había dicho ese puto drogadicto? Su prima solía repetirle ese refrán *Of course!* Lila NO la dejaría sola era una Santa le había enviado a aquel tipejo para deshacerse del cadáver ¡Bien hecho! Él sería su cómplice algo así como su ángel de la guarda

—Señor, ¿en serio tiene hambre? —el verde de sus ojos apagó la oscuridad—  
Vamos a comer algo. Lo invito.

—Claro que sí, reinita, con usted pa'las que sea.

—¿Quiere un cigarrillo?

Salieron del parque, y se fueron adentrando en el barrio La Macarena. Ojalá no se encontraran con nadie conocido. Sería una vergüenza que la vieran con semejante espantapájaros que decía llamarse Jonathan, pero ni modos, era el enviado de su prima y merecía sus respetos.

En la esquina de la Calle 27 y la Carrera 5, se detuvo el indigente y se quedó mirando a dos hombres recostados contra el muro de la Plaza de Toros, una cuadra más abajo.

—¡Pepe! ¡Edison! A ver si dejan algoito, ¿no?

—¡Quiubo mi perro cojo! ¡Venga y presente a su hembra que se ve bien buena!

—¡Cállese y camine rápido, si no quiere que me vaya!

—No mamita, no se ponga celosa. Es que tenía un compromiso con esas ñámpiras. Más vale párchese aquí un segundito, y yo voy a decirles que me esperen, que ya vuelvo.

Jonathan corrió a donde sus amigos, ellos le hicieron bulla al verlo llegar. Cruzaron un par de palabras; lo despidieron con algunas palmaditas en la espalda.

—Listo mi reina, ¿en qué íbamos? —le pasó la mano por los hombros y la abrazó.

Los amigos silbaron. Jimena lo empujó.

—¡Donde me vuelva a poner un dedo encima, le juro que llamo a la policía!

—¡Ay, qué susto! Además usted tranquilita que sólo fue una broma.

Media cuadra después se detuvieron en la pizzería Provenza. Tomaron asiento en una de las mesas del fondo. Debía fingir interés por él, antes de pedirle ayuda. ¿Lila no había podido encontrar a alguien menos desagradable?

—¿Y qué hacían sus amigos allí parados afuera de la Plaza de Toros?

—Pues raspar ladrillo para el susto, ¿qué más van a hacer esas Biblias?

—¿El susto?

—Usted si resultó ser toda una santurrona, ¿no? Pues el surungo, el sustagen, el paco, la mantequilla, el basuco para que me comprenda.

La mesera llegó con el menú. María Jimena se sonrojó con la mirada de la joven.

—¿Qué les provoca para beber?

—A mí tráigame una Poker bien fría.

—¿Y para usted señorita?

—Agua mineral está bien.

Jonathan sacó del bolsillo una tapa de gaseosa que tenía incrustado un lapicero.

—A ver la instruígo: sólo tiene que echar aquí el susto y el ladrillo, y darle un buen chupón; para irse de pachanga al anillo ocho de Saturno, ¿quiere que se la preste?

—Guarde esa vaina que no quiero meterme en problemas.

—¿Cuál vaina? Respete que esto tiene nombre; es una cazoleta de las buenas, mire que está toda forradita en aluminio.

—¿Y para qué sirve el ladrillo?

—Para rendir el sustagen y darle el sabor acarameladito; eso descontando el favor que le hacemos a la ciudad al fumarnos la plaza-e-toros, a ver si acabamos esa canallada, ¿me entiende?

La mesera regresó con las bebidas y tomó el pedido. El drogadicto ordenó una pizza de carnes de tamaño personal y otra cerveza. Jimena no pidió nada. Él podía ser muy su salvador, pero ella no perdería la línea cenando a esas horas, menos con semejante compañía.

—¡Dios es amor, Cristo es mi guía!

—¿Qué dice?

—Estoy leyendo ese letrero de allá, ¿sí lo pilla? Aquí donde me ve, negrito y drogo, pero también le pego a la lectura.

Soltó una carcajada. Tenía los dientes en desorden y le faltaban varias muelas.

María Jimena se excusó para ir al baño. En lugar de hacerlo salió a fumar.

Al regresar a la mesa, Jonathan le contó que alguna vez fue estudiante de medicina, y por el estrés de la carrera comenzó a consumir anfetaminas, cómo no, y echó su vida a perder. En esos momentos vivía con una de sus hermanas, a quien le había hecho la promesa de rehabilitarse. Mientras él hablaba, ella se limitó a asentir con la cabeza, no le creía una sola palabra.

Llevaron la orden. Él enterró sus uñas largas y sucias en la pizza. La mordió. El pepperoni y el queso se le escurrieron por la boca. Le mancharon la camisa.

—Jonathan —María Jimena sonrió, no tenía nada que perder—. ¿Le gustaría trabajar para mí en algo muy importante?

—Uy, cómo le digo —masticó con la boca abierta y alzó la voz para cantar—: *A mí me llaman el negrito del batey, porque el trabajo para mí es un enemigo, el trabajar yo se lo dejo todo al buey, porque el trabajo lo hizo Dios como castigo.*

—Vea que puede ganarse una platica extra, y haríamos una buena pareja, ¿no es así?

—Eso sí pa'qué decir mentiras.

Él arrimó su pierna a la de ella, la rozó: Jimena sintió escalofrío.

Pagaron la cuenta, y salieron de la pizzería. En el apartamento le explicaría el trabajo.

Los amigos de Jonathan estaban en la esquina, ella se adelantó.

—¡Uy mi perro cojo, usted todavía con esa ricura! ¡Mire a ver si comparte!

—Dejen a Milady quieta, que vamos pa'su apartacho allá en Las Torres —se sobó las manos—. Mejor dicho-hora les cuento-un-cuento.

—Vean a este otro tan saladito. Más vale póngase trucha, a ver si controla a la fiera de su hermana que anda como loca buscándolo.

—Sisas, que dizque hace tres días usted no le va a calentarle las enaguas, y dizque mañana tienen un compromiso infaltable. Nosotros sólo cumplimos con decirle, usted verá.

—Sí vuelve a pasar esa jeva, díganle que nada de nervios, que yo mañana aparezco bien tempranito. Y abríles porque llegó mayo, y no quiero que me espanten a la hembra —salió a correr.

El portero del edificio señaló a Jonathan.

—Disculpe señorita Jimena, ¿el señor viene con usted?

—Sí, voy a regalarle unas chaquetas de Pablo. No vaya a ser cosa que con esta manera de llover se termine de enfermar.

Jonathan arrugó la frente, hizo pucheros. ¡Qué pendejo era! Por más de que exagerara sus gestos, con esa cara de degenerado que tenía, no lograría convencer a nadie.

—¿Quiere que los acompañe?

—No será necesario. Muchísimas gracias.

—¡Ah, es verdad! En su apartamento está el joven... —el portero hizo una pausa para revisar el registro de ingreso en el computador— Traverso, sí, Lorenzo Traverso, el amigo del doctor Corsarito. ¿Cuál es su nombre señor?

—Jonathan, así como suena pero con th, como los gringos.

Jimena hizo cara de sorpresa y llamó aparte al portero.

—Disculpe señor, ¿me recuerda su nombre?

—Gilberto Avellana, señorita.

—A ver don Gilberto; necesito que me haga un favor muy especial.

—Sí, dígame; ¿en qué le puedo colaborar?

—Borre de su registro la visita de Lorenzo —ella le entregó un billete de cincuenta mil pesos—, y de paso la de Jonathan.

—Con el mayor de los gustos, señorita. La cosa es que son dos visitas, y usted sabe lo engorroso que es ese trabajo: ¡Todo un camello!

—¡Sí, todo un camello! ¡Lo sé perfectamente! —le entregó otro billete de los mismos.

—Y si por esas cosas de la vida, el doctor Corsarito llegara a preguntar si alguien vino a visitarla, ¿qué quiere que le diga?

—Se queda callado, don Gilberto. Usted no tiene que decirle nada a nadie, ¿me oyó? ¡A nadie! —le pasó otro billete.

—Por supuesto señorita Jimena. Aquí no ha entrado nadie y usted ha estado todo el tiempo en su apartamento, juiciosa, como siempre.

Hasta los pasillos llegaba la música Chill Out que escuchaban en uno de los apartamentos del primer piso. Jimena llamó el ascensor. La vida era injusta con ella. Mientras pasaba vergüenzas con ese maldito drogadicto que no hacía más que morbosearla, el moreno que se había topado al salir del edificio debía estar disolviendo en agua helada terrones de azúcar para mezclarlos en la absenta lechosa de las rubias.

Un olor a cebolla se apoderó del ascensor. Jimena respiró profundo, contendría la respiración durante los 56 segundos que les tomaría llegar al piso 30.

Jonathan se metió la camisa por dentro del pantalón, con la lengua limpió sus dientes dispares, les sacó brillo. Se acomodó el rasta del cabello. ¿Qué estaría pasando por su cabeza? Sería mejor no imaginarlo. Se detuvo el ascensor y entró aire fresco, ella estaba a punto de mandarlo todo al traste.

—Quiero que recuerde que voy a pagarle muy bien por su trabajo.

—¡Lo que sea, mamacita! ¡Por usted lo que sea! Ya veremos cómo más me paga.

Jimena introdujo la llave en la cerradura. Jonathan le agarró un mechón de cabello, y se lo llevó a la nariz. Ella abrió la puerta asqueada. Era una maldita rata. Se tragó sus palabras. Eso sí, donde llegara a sobrepasarse, lo empujaría por la ventana. Un drogadicto más, uno menos, ¿qué más daba? Podría alegar suicidio, accidente, intento de violación, cualquier cosa. La ley siempre estaría de su parte.

—Siga, está en su casa.

En el bar de la sala seguía abierta la botella de whisky de la que bebió Lorenzo.

—¡Uy mamita, no vaya a ser cosa que se evapore! Y con lo cariñoso que está dizque por esa joda de la inflación —se llevó la botella a la boca.

—¡Espere! —gritó Jimena— ¡Ya le sirvo en un vaso!

¡Qué estúpido era! ¿No se daba cuenta que era un Glenfiddich Ancient de 18 años? Jimena le sirvió un vaso de whisky puro. Una vez hablaran de negocios lo acompañaría en un trago.

Jonathan se bogó el licor de un sorbo y agitó la cabeza.

—Está como rica esta güevonada. Ahora sí dígame pa'qué soy bueno.

—Dijo que por plata está dispuesto a hacer lo que fuera, ¿no?

—También voy a necesitar una motivación extra, ¿sí me entiende?

Se abrió los dos primeros botones de su camisa.

—Primero quiero que sepa lo que tiene que hacer; luego acordaremos la tarifa, ¿le parece?

Él asintió con la cabeza y le guiñó el ojo.

—Acompáñeme a la habitación.

—Uy, cosita rica, ¿quiere que primero me eche un bañaíto, así sea-e-gato?

Lila no se había equivocado en su escogencia: su ángel tenía que ser un drogadicto como Jonathan, porque si intentaba chantajearla fácilmente lo borraría del mapa.

Entraron en la habitación, María Jimena encendió las luces: el cadáver de Lorenzo estaba entre las cobijas.

—Jonathan, venga un momento.

—Buenas noches, patrón —soltó una carcajada—. ¡No me digan que lo que quieren es un trío!

—Él no puede oírte porque está muerto.

El ángel de la guarda descolgó su mandíbula.

—Yo no le jalo al sexo con muertos, eso sí que no; ahí si dispénseme —Jonathan dio tres zancadas en dirección a la sala.

—¡Escúcheme!

—¡Ya le dije que no me acuesto con muertos! —él se detuvo en seco, y regresó—  
¡Déjeme quieto!

—¡Por favor, cálmase, que voy a explicarle lo que tiene que hacer!

Él la tomó por los hombros y la sacudió:

—Ya le dije que con muertos no, ¿qué parte no entiende? Déjeme quieto que yo me abro del parche.

—¡Suélteme, idiota! ¡Que me hace daño!

María Jimena logró zafarse.

—No es lo que está pensando.

Ella se quitó la chaqueta y le enseñó los hombros delicados, su piel tersa.

El drogadicto la tiró al piso de un empujón. Se dio media vuelta para salir del apartamento.

¡La delataría! ¡Maldita sea! ¡Él la delataría! Se levantó como pudo y agarró la botella de whisky. Se la quebró en la cabeza. No podía permitirse un cabo suelto.

Jonathan dio un pequeño alarido, y se sostuvo de las paredes para no caerse. Gritó desesperado. ¡Cállate maldito idiota! Le clavó el pico de la botella en la espalda y lo apuñaló dos veces más. Él se dio la vuelta dando manotazos: la angustia se había



apoderado de sus ojos, como hizo con los de Lorenzo agonizante. Jimena lo golpeó con el florero en piedra, lo tumbó al piso y siguió pegándole hasta que sus manos comenzaron a temblar.

## 6

El cuero cabelludo de Jonathan se había levantado como papel de colgadura, de su cráneo astillado brotaba un chorro de sangre. A esas alturas de la vida y ella dizque creyendo en ángeles negros, y en inmundos floreros que llenarían su hogar de armonía. Era una tonta, nada más que eso. Se acercó al ventanal atraída por las luces de la ciudad. ¡Qué pesadilla era esa! Sintió vértigo y se alejó de allí

no era el momento de recriminarse nada Ese infeliz debía morir quería morir merecía morir Ella sólo había escuchado la voz del universo y se había dejado llevar por sus propios instintos ¡Pendeja! No debió haber ido a cenar con ese apestoso ni llevarlo al apartamento ¿Qué le estaba pasando? Sola se había metido en aquel problema y sola tendría que salir de él Así le tocara llevarse por delante al que fuera (la sangre de Jonathan se regaba en el piso) ¿Y si se rasgaba la ropa con las manos del indigente y luego lo tiraba por la ventana? Podría decir que él trató de sobrepasarse y ella actuó en defensa propia La policía querría entrar a su apartamento para reconstruir la escena del crimen Rastrearía con sus lámparas la sangre en las baldosas Descubrirían a Lorenzo maldita sea

Le quitó a Jonathan los zapatos y los pantalones: ¡Qué asquerosidad! En ellos le envolvió la cabeza como si fuera un turbante. Vaya parecido al negro del *Álgebra de Baldor*, con el que tuvo tantas pesadillas en la secundaria. Lo arrastró de los pies. Lo dejó en la mitad de la sala, debajo del cuadro de la criatura de rostro derretido. Sobre el pecho del cadáver apoyó la bandeja con la corteza del árbol. Cambió las velas del

candelabro y las encendió; éstas alumbraron al indigente e iluminaron la pintura de Garcés.

De la canasta de la ropa sucia recogió la pañoleta en la que había emparedado a la mariposa. La desanudó para extenderla sobre el estómago del drogadicto

¿Qué se había hecho el puto insecto? Aleteó en la seda antes de arrojarla en la ropa sucia *So weird!* Aleteó en sus pensamientos justo antes de que Lorenzo se desplomara ¿Y el olor a piscina mientras hacían el amor? A metros reconocería el olor a cloro ¿Había tenido sexo en el pasado? ¡Bradbury! El cazador pisó una mariposa prehistórica Su error se multiplicó por seis millones de años ¿Por qué perdía el tiempo en pensamientos absurdos? Alteró el reino de los insectos algunas flores no se reprodujeron algunos pájaros ¿Era un reino? El presente y el futuro había cambiado ¡Necesitaba un plan! El viaje a las piscinas fue mental la excusa perfecta para una noche romántica NADA MÁS QUE ESO Ya estaba bueno de seguir perdiendo el tiempo Necesitaba un plan para deshacerse de los cadáveres un PLAN Ya eran dos ¿Y el de la mariposa?

Apagó las luces del apartamento y subió la temperatura a la chimenea. Se arrodilló frente al cadáver. La fémina exhibía sus garras de arpía en el cuadro de la pared. Humedeció la pañoleta en la sangre que le escurría al drogadicto por el cuello. Cerró los ojos. El peso sobre sus hombros se hacía cada vez más insoportable. ¿Qué esperaba Lila para apiadarse de ella y señalarle el camino?

—¡Nuestro destino es estar juntas! ¡Ahora sácame de una vez por todas de este problema!

Se acarició el vientre con la pañoleta, su piel se tiñó de rojo.

Encendió un cigarrillo. Llenó de humo sus pulmones y abrió la palma de la mano izquierda. Lo apagó en ella y gritó, acosada por la sangre en la mirada de Jonathan, por su piel ampollada.

Entre sus dedos trituró la corteza del árbol del cementerio, la arrojó en las llamas de la chimenea.

Se vendó la mano y se puso los guantes del aseo, arrastró el cuerpo hasta la habitación del servicio. Jonathan era un cobarde. Su mugrienta carne daría de tragar a las ratas.

Terminó de desvestirlo. Tuvo el impulso de quemar sus ropas en la chimenea. Se cohibió de hacerlo por el temor de provocar una humareda que pudiera activar la alarma contra incendios. Las empacó en una bolsa de basura, y las dejó junto a las de Lorenzo.

El amanecer estaba próximo. En el cuarto del servicio bañó el cadáver, lo restregó con el jabón de lavar la ropa, y lo secó con toallas desechables. Lo ocultó bajo la cama.

Limpió el piso de la sala, se esmeró para dejarlo reluciente. Lo mismo debía hacer con su vida. Claro que sí, volvería a ser la envidia de quienes la rodeaban. Entró en su habitación. Lorenzo parecía dormir plácidamente en su cama. Ella se sentía tan cansada, que por un segundo deseó acostarse junto a él. ¡Qué locura! Corsario podría llegar en cualquier momento.

Arrastró aquel cadáver hasta el clóset: ¡Allí estaba la mariposa! Trató de aplastarla con las manos, pero ésta voló en dirección al ventanal. ¡No escaparía! Enrolló una toalla de manera tal que hizo de ella un látigo, persiguió al insecto. Éste se aproximó al vidrio, su reflejo se hizo más grande. Los bordes dorados de sus alas se convirtieron en filosos cuernos, los círculos marrones encarnaron la mirada de una bestia de rostro alargado que traspasó el cristal y se difuminó en los primeros rayos del día.

Ahora sí era cierto que se había enloquecido. Se recostó en la cama sin quitarse las botas. Bostezó. La mariposa debía estar muerta, bien muerta la mariposa. Cerró los ojos. Se despertaría siendo la *princesinha do mar* de Gal Costa, la niña linda que conformaría un hogar maravilloso con el más adorable de los hombres.

Todo le dio vueltas. Se agarró la cabeza y se dio cuenta que sangraba por la nariz. Se sentó en la cama y gritó al oír la bocina de un carro. Ya no estaba en su apartamento, sino en medio de una autopista frente a una estación de gasolina. Su reloj marcaba las 6:33 p.m., traía puesta la ropa con que se había ido a la cama, y la venda en la palma de la mano. No podía estar dormida, debía haber otra explicación, porque en sus sueños jamás tuvo tanta consciencia, ¿alucinaba? Todo parecía suceder en tiempo real, de manera cronológica, secuencial. Nada simultáneo ni borroso.

*Wait a minute!* En la gasolinera estaba Pablo, también Lorenzo y su novia Ana Cardenal. Se acercó despacio. Antes de hablar con ellos, trataría de averiguar qué estaba haciendo ella en ese lugar.

Un camionero gordo y barbudo descendió de una tractomula. Se acercó a ellos, de un empujón tiró a Corsario al piso. Dos patadas le bastaron para doblar una de las puertas de su Mercedes Benz. Se marchó maldiciendo en dirección a los baños.

Ana y Lorenzo corrieron a auxiliar a Pablo.

—¡Estoy bien, no se preocupen!

—¿De verdad?

—No fue nada y lo material tiene arreglo —sacudió su ropa—. Voy por agua al mini-mercado. ¿Se les ofrece algo?

—Te acompañamos.

—Espérenme aquí; así le echan un ojito al carro. No vaya a ser cosa que a ese psicópata le de por estrellarnos.

María Jimena fue al mini-mercado para encontrarse con su prometido, pero él no estaba allí. Detrás de los baños escuchó el silbido de la *Danza Macabra*, de Saint Saëns, que Corsario solía hacer cuando realizaba algo que demandaba concentración.

De algo si estaba segura, y era de que él no era Jesucristo y jamás pondría la otra mejilla. Obvio que no.

Se asomó en puntas de pies: el camionero, en estado de inconsciencia, tenía las piernas atadas con una manguera. Corsario lo terminaba de colgar de cabeza de las ramas de un árbol.

Jimena sintió un chorro de sangre correrle por la nariz, parpadeó. Estaba en su habitación, sentada al filo de la cama.

## ***Scherzo***



Ludwing van Beethoven  
*Sinfonía n.º 5*



## **11:13 a.m. - Día dos**

María Jimena sintió que le acariciaban el cabello, abrió los ojos: Pablo sonreía, tenía una docena de rosas azules en la mano.

—¿Cómo está mi princesita dormilona?

Ella recibió las flores. Era medio día y llevaba puesta la ropa del día anterior, incluidas las botas. Abrazó a su prometido y lo besó.

—¡Están divinas!

—¿Te acuerdas de la leyenda japonesa de que me hablaste la otra vez?

—¡La rosa azul concederá un deseo al que la posea, por imposible que éste parezca!

—Anda, pide el tuyo en voz alta.

Jimena olió las flores. No había estado soñando, tenía una venda sobre la quemadura del cigarrillo, el cuerpo de Lorenzo se pudría en el armario, y el del indigente en el cuarto del servicio.

—Deseo que estemos juntos en las buenas y en las malas, en todo momento.

—¡Así será, mi bonito!

—Ahora tú, pide uno.

Corsario recibió una de las rosas y se sentó al borde de la cama.

—¡Deseo llegar al Congreso y que juntos le sirvamos a este país!

—Llegarás a la Cámara de Representantes y al Senado y a la Presidencia de la República, y yo siempre estaré allí. Seré la primera dama de Colombia, tu primera y única dama.

Se besaron. Él se quitó los zapatos.

—Vine a dormir la siesta contigo, me estoy cayendo del sueño. ¿Quieres que ponga las rosas en el florero de la sala?

—¡No, en el florero, no! Yo las acomodo ahora, no te preocupes. Mejor acuéstate aquí conmigo.

—¿Y cómo estuvo la fiesta? —él se metió entre las cobijas—. Te habrás portado juicioso, ¿no?

—Sí, de hecho pensé mucho en ti. Estuvimos en el club hasta las dos de la mañana, pero hoy me tocó madrugar para ir a la dichosa entrevista en RCN Radio. ¡Tenía un dolor de cabeza terrible!

—¿Y qué tal?

—Excelente, ¿adivina quién era el otro invitado?

—Salazar, el cabrón de Salazar.

—Sí, el senador. Se armó una polémica que ni te imaginas. El muy pendejo sigue creyendo que el problema de la violencia en Colombia se resuelve endureciendo las penas contra el porte de armas y no legalizándolas.

—¡Eres el mejor, siempre lo has sido!

—¡Pobre iluso, lo volví ropa de trabajo!

—No esperaba menos de ti. Ahora sí cuéntame qué tal estuvo la fiesta.

—Bien, aunque Lorenzo nunca llegó, tampoco llamó para excusarse, y ni siquiera contesta el celular. Supuestamente él iba a recoger a las bailarinas del show. ¿Te sientes bien?

—Estoy un poco mareada, debió ser el champán.

—¡Así habrás bebido, porque ni siquiera te pusiste el pijama para dormir!

—Sólo fueron un par de copas, y no empieces porque también era mi despedida de soltera. ¿Y lo llamaste a la casa?

—Fue lo primero que hice, pero anoche no fue a dormir. Ana y Catalina pensaban que estaba conmigo —hizo una pausa—. ¿Qué te ocurrió en la mano?

—¿Lo dices por la venda? Ah, me corté lavando una copa. Sólo fue un rasguño, ya sabes como soy de exagerada.

—Sí que lo sé, pero tienes sangre en el cuello y en la blusa.

—¡Ah, tuve un sueño re-frito! Te lo cuento pero prométeme que no te vas a reír — trató de limpiarse la sangre, pero ésta ya estaba seca.

—Te lo prometo.

—Soñé que viajaba en el tiempo, pero por el esfuerzo o algo así, se me reventaba algo por dentro, y me brotaba sangre por la nariz y por las orejas: ¡Rarísimo!

—Sí que lo fue, si no mírate como estás.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Pablo. ¡Qué tonta había sido! Él no merecía aquella infidelidad, nada de lo que estaba pasando. Le hizo caricias en el pecho y en los brazos; éstas ejercieron en él un efecto barbitúrico, pues a los pocos minutos se quedó dormido.

Jimena se levantó sin hacer ruido. Salió de la habitación una vez se aseguró de que el clóset se encontraba bien cerrado.

Trazó una cruz en el tallo de las flores con la punta de un cuchillo; llenó el florero de piedra con agua tibia y glicerina, y puso en él las rosas. El florero seguía intacto, sin una sola grieta ni mancha de sangre.

Regresó a la alcoba. Se sentía fuerte, muy fuerte: esa misma tarde se desharía de los cadáveres y de toda evidencia que pudiera comprometerla.

—Amor, voy a darme una ducha. Quedé de encontrarme con mi mamá para recoger el vestido de novia.

—¡Mmm-hmm! —Corsario no abrió los ojos.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Dormir, bueno... A las cuatro tengo que estar en la Sergio Arboleda.

—¡El dichoso foro!

Se escucharon los ronquidos de Pablo.

El celular de María Jimena anunció la llegada de un email. Al abrirlo, ella se dio cuenta que había sido enviado desde su propio correo electrónico, a las 3:23 a.m. Aunque tenía su firma, ella no se había mandado nada, claro que no. ¿Y por qué apenas lo recibía?

De: [majasoler@uniandes.edu.co](mailto:majasoler@uniandes.edu.co)  
Para: [majasoler@uniandes.edu.co](mailto:majasoler@uniandes.edu.co)  
Asunto: humillación.

El cerdo de Corsario y la zorra de Isabel Paz son amantes, revisa las fotos adjunto. Pero no hagas nada, ya llegará el momento de cobrar venganza. Por ahora manipula a ese hp para que nos saque de nuestros problemas.

M.J.

En la primera de las dos fotografías, Pablo Corsario le hacía el amor a una mujer de cabello negro, al tiempo que besaba a su prima Isabel Paz. En la segunda, se invertían los papeles: él tenía sexo con Isabel, y ella acariciaba a la pelinegra.

Miró una y otra vez las fotografías, definitivamente no parecían un montaje. Entró a la ducha. Las revisaría en su laptop, reconocería el bisturí del Photoshop. ¡Maldito Corsario! Abrió el agua fría, y cerró la caliente

no se dejaría llevar por la rabia Un paparazzi NO le enviaría esas fotos a ella Primero chantajearía a Corsario luego las negociaría con sus enemigos políticos Salazar incluso con alguna revista de chismes Tenía que actuar con cabeza fría A las 3:23 a.m. ella estaba limpiando el reguero de su despedida de soltera ¿Por qué apenas había recibido el email? ¡Qué desagradable haber sentido el vómito de Lorenzo escurrirle por la espalda! (Se restregó la piel con estropajo) Habría hecho cualquier cosa por limpiar su consciencia ¿Quién carajos le había hackeado la cuenta? Obvio que no había sido su novio A él NO le convenía ser descubierto sinvergüenza durante meses le había estado viendo la cara de idiota lo haría pagar bien caro ¿cómo no? Lo de ella y Lorenzo fue circunstancial Él se la pasaba metido donde la supuesta prima ¡Descarado! Por eso jamas salían los tres a ninguna parte ¿Se tragaría los celos? ¿La humillación? Al fin de cuentas no era descabellado lo que decía el email ya tendría tiempo de vengarse de Corsario primero tendría que hacerlo su aliado ¿Quién se había hecho pasar por ella? Tan pendejo como si fuera una loca que no recordaba lo que hacía *Anyway* Montaje o no tenía las fotos y sabía lo del camionero ¿El camionero? Eso sí era muy extraño había sido todo tan real Corsario era capaz de hacer cualquier cosa Ponzoñoso así lo amaba Hizo despedir a un corredor de bolsa dos semanas atrás porque le sonrió a ella más de la cuenta dizque por culpa de él había perdido unos cuantos pesos ¡Qué va!

Salió de la ducha envenenada por aquellas fotos.

—Llamó Catalina, la mamá de Lorenzo.

—¿Y eso?

—Lorenzo aún no aparece; llamó a preguntar si aquí sabían algo de su paradero. Tu número quedó registrado en el identificador de llamadas. ¿Por qué no me dijiste que ayer hablaste con él?

—Ah, fue una conversación sin importancia. Lo llamé para averiguar sobre tu despedida de soltero. Quería asegurarme que no habría *after party* con alguna enfermerita sexy salida del pastel.

—¿Y qué te dijo?

—Que solamente sería una danza erótica y ya —ella dejó caer la toalla; de alguna manera tenía que cambiar de tema. Se acercó a la ventana—. ¿Y si le pasó algo por andar recogiendo a esas fufas? Quizá hasta le dio por comenzar la fiesta solito.

Corsario se desanudó la camisa.

—Dices que tu esposa debe ser una dama y una puta en la cama. ¡Hazme el amor aquí mismo! ¡Quiero que el mundo se entere que me tienes loca! ¡Que soy tu mujer! ¡Tu hembra! ¡Tu PUTICA!

Él corrió uno de los cuerpos del ventanal y terminó de desnudarse. Ella pensó en Isabel y en la pelinegra, en el pene de Lorenzo, en los ojos del drogadicto.

—¡Eres una perra!

Corsario la agarró de las piernas y la sacó por la ventana.

—¡Una cualquiera!

La penetró con la mitad del cuerpo pendiendo en el vacío.

***Adagio***

*De tanto llorar está entumecido mi rostro y se han cubierto  
de tinieblas las pupilas de mis ojos.*

Libro de Job  
*Antiguo Testamento*



## **12:03 p.m. - Día dos**

Un orgasmo encontró a María Jimena con las tres cuartas partes de su cuerpo suspendidas en el aire, acalló los gemidos de Lorenzo que rechinaban en sus recuerdos como una rueda sin aceitar. Ella arqueó la espalda, y descolgó los brazos y la cabeza: los árboles del Parque de la Independencia quedaron suspendidos de un cielo pastoso, sus ramas como buchones de agua bebieron de la superficie diamantina.

Corsario le ayudó a entrar por la ventana. Ella se tendió sobre el piso, trató de normalizar su respiración. Tenía las piernas encalambradas.

En la mirada de su prometido develó las intenciones de acostarse junto a ella, de abrazarla, y así arruinarle el placer que sentía. Apoyó la espalda contra la pared, respiró hondo y se puso de pié. Por la entrepierna le escurrió el semen de Corsario. Lo recogió en la palma de la mano y lo esparció sobre su vientre.

¿Dónde estaba la levantadora? Se acostó en la cama boca abajo. Pablo debería mirar el reloj, se le hacía tarde para ir al foro. A diferencia de otras ocasiones en que buscaba ternura después de hacer el amor, esta vez quería dormir, despertar y seguir durmiendo, anticiparse al golpe de dados que decidía su fortuna.

Corsario cerró las cortinas y salió de la habitación. Minutos después regresó con dos tragos de aguardiente. ¡Qué delicia!, de alguna manera le había leído la mente.

—¡Por nuestro futuro!

Estrellaron las copas. El licor le ardió en la garganta, y en sus pensamientos cuanto antes debía deshacerse de los cadáveres tirarlos en la basura desmembrarlos derretirlos con algún ácido lo que fuera que Alfonsina hiciera tamales un bistec de hígado ¡Qué asquerosidad! (Tomó a su prometido de las manos y las besó)

Su *daddy* hundiría a Corsario si viera aquellas fotos siendo infiel pisoteando la honra de la familia lo haría perder las elecciones pasaría a ser un fantasma una gardenia que nunca germinó en los jardines de la política

—Pablo, tengo que contarte algo.

—Vamos a bañarnos y mientras tanto me cuentas, se me está haciendo tarde para ir al foro.

—No te preocupes, corazón, no es nada importante. Ya sabes cómo me pongo de cursi cuando me haces el amor. Mejor ve a ponerte bien lindo.

—Esta noche paso por ti para que vayamos a cenar y hablamos con calma. Te tengo una sorpresa.

Corsario entró a la ducha. Jimena se agarró el pelo con una liga, luego se lavó las manos y el rostro. Se aplicó talcos en el cuerpo. ¡Había sido un orgasmo monumental! Se puso una camisa blanca y un bluyín. Reemplazó el collar con la llave de la bisabuela por uno largo de piedras semipreciosas. Se sentó en la cama con su *laptop* sobre las piernas, y abrió el email con las fotos; efectivamente no se trataba de ningún montaje. Ya se encargaría de ese asunto, por lo pronto debía encontrar información para deshacerse de los cadáveres.

María Jimena (M.J.): *proceso de descomposicion.*

En 0.31 segundos, su buscador favorito le dio 125 mil respuestas.

Che Google (C.G.): *Cerrá el espectro, tenés que ser más específica, o querés que te enseñe tratados de microbiología forense en el antiguo Egipto, o videos de zombis jugando pelota en Haití contra las gallinas del River. ¡Y recordá que descomposición es una palabra aguda que termina en n, y por tanto lleva tilde! Respetá el lenguaje, boluda, y poné todo entre comillas, mejorá tu búsqueda.*

M.J.: *“¿Cuándo comienza el proceso de descomposición de un cuerpo?”*

C.G.: *Sólo terminá de morirte, colgá los guayos, para que empecés a amamantar la flora de este mundo y la fauna cadavérica del otro.*

M.J.: *“¿Hay forma de retrasar este proceso?”*

C.G.: *¿Y en qué quilombo te metiste, che?*

M.J.: *Ahora no te puedo contar con detalles, pero confórmate con saber que estoy cuidando mi trasero.*

C.G.: *¡Ah!, si es para ese propósito, llevalo a un anfiteatro; allá lo meterán en una pileta de formol o en una de esas neveras especiales. ¿Querés ver cómo quedaría? Porque tengo algunas fotitos y videos que puedo enseñarte.*

M.J.: *¿Y no hay nada más al alcance de mi mano?*

C.G.: *¡Claro que sí, mi morocha! ¡Para vos todo! Pasáte por una funeraria y deciles que necesitás un conservante de materia orgánica para tu trasero. ¡Lo dejarán cero kilómetros, che, como el de Mumm-Ra El Inmortal!*

M.J.: *¿Alguno en especial?*

C.G.: *¡El COMPLUCAD es de puta madre! —Jimena anotó en una libreta—. Con D al final, se escribe como suena.*

En ese momento llamaron a la puerta. Pablo salió de la ducha.

C.G.: *Debe ser la boluda de la vecina para que te chupés los dedos con sus exquisiteces y le digás lo bien que cocina. Hace un rato le soplé una receta de bacalao a la vizcaína; ojalá le haya cambiado el agua tres veces, para que no le quede salado.*

M.J.: *¡Gracias, Che, por la info!*

C.G.: *¡Aquí estaré para vos siempre que se te ofrezca!*

—Yo voy, amor, no te preocupes.

María Jimena arrancó la hoja en que escribió el nombre del producto y la guardó en la cartera, fue a abrir la puerta. Se trataba de una mujer elegante de raza negra, iba acompañada por uno de los porteros del edificio. ¿Quién se había creído ese tipo para no anunciar la visita por el citófono?

—Señorita, disculpe las molestias. Mi nombre es Jennifer Acosta, y vine a preguntarle por mi hermano Jonathan.

—¿Jonathan?

Pablo se acercó a la puerta, pasó su mano por la espalda de María Jimena. La abrazó.

—Sí, el joven con el que usted estuvo cenando en la pizzería de la esquina; él está desde anoche desaparecido.

—No entiendo —se le borró la sonrisa de los labios—, ¿en serio piensa que yo sé dónde está su hermano?

—Por supuesto que sí, porque además lo trajo hasta su apartamento.

—Aunque no tengo por qué darle explicaciones —los malditos drogos raspa ladrillo la habían delatado—, la verdad es que anoche no podía dormir y salí a caminar; su hermano estaba afuera del edificio, y me pidió limosna. Como recomiendan no darle plata a la gente de la calle porque la usan para comprar vicio, le gasté una porción de pizza. En agradecimiento, él me acompañó de regreso hasta la puerta del edificio, y yo le pedí esperarme un momento mientras le bajaba la chaqueta de cuero café —miró a Corsario—, la que me diste para regalarle a los pobres, y eso fue todo. ¡Su hermano tenía mucho frío y se veía muy enfermo!

—Déjeme decirle que mi hermano no es ningún pordiosero para aceptar sus sobras, yo le doy todo lo que necesita.

María Jimena no pudo contener la risa.

—¡Ahora resulta que le compré un pedazo de pizza al príncipe Segismundo de Polonia!

—¡Señorita, respete!

—¡Respete usted, que está en mi casa! —María Jimena sintió una fuerte jaqueca—. Y créame que no tengo ni idea en qué hueco se metió el drogadicto de su hermano. Yo le entregué la chaqueta y él se largó de inmediato.

Jimena miró al portero; Corsario le acarició a ella la espalda.

—¡Oiga usted, señor, como quiera que se llame! Vaya y le enseña a ésta señora los registros de visitas, para que compruebe que su hermano no estuvo por aquí. Y usted y yo vamos a tener que hablar después...

—Mire señor Méndez —agregó Corsario leyendo el apellido en el pecho del portero—, ponga a la señora en contacto con el administrador del edificio, para que la autorice a ver los videos de seguridad. De pronto allí encuentre alguna pista que le sirva para localizar a su hermano.

¡Los videos! ¡Qué bruta! ¡Los había olvidado! Pero encontrar al administrador era casi tan difícil como al Alcalde de la ciudad; esa noche lo arreglaría todo cuando estuviera de turno el otro portero. ¿Cómo era que se llamaba? ¿Guillermo?

—Mire, señorita, usted no me está diciendo toda la verdad —Jennifer la miró de arriba abajo—. Entiéndame, necesito encontrar a Jonathan, es urgente; lo están esperando en la clínica de rehabilitación.

—¡Basta! —el grito de María Jimena se amplificó en su propia mente, se degradó en un concierto de murmullos y zumbidos.

—¡No le creo una sola palabra! Mi hermano me prometió que hoy se internaría en la clínica, y anoche usted estuvo con él. ¿Dónde está?

—¡Cállese vieja loca! —se agarró la cabeza con ambas manos—. ¡Cállense todos ustedes! —¿De dónde venían aquellas voces?, ¿aquellos cánticos en latín que estaba escuchando?

—¿Dónde está mi hermano?!

—¡Noo-seé-naaa-da! ¡Caraajo!

El rostro de Jimena enrojeció; se le nubló la vista. Se abalanzó sobre Jennifer. Le arañó el cuello y comenzó a asfixiarla.

Corsario la agarró por la espalda, y a rastras la entró al apartamento.

—¡Le juro niñita que esto le saldrá bien caro! —Jennifer estaba sangrando por la boca— ¡Por Dios Santísimo que me las pagará! ¡Lo juro! ¡Me las pagará!

—¡Sáquela de aquí! ¡Y asegúrese de que esta señora no vuelva a pisar el edificio!

—¡Como diga, doctor! —Pablo cerró la puerta.

—¡Vieja hijueputa! ¿Quién se cree para venir a amenazarme aquí, a mi propia casa? ¡Maldita loca! ¡Cómo quisiera verla muerta!

Él la miró a los ojos, la abrazó inmediatamente después.

## 1:13 p.m. - Día dos

Una brisa húmeda se colaba en la habitación para robarle un suspiro a las cortinas. María Jimena cerró el ventanal, y se metió entre las cobijas; se cubrió el rostro. Había escuchado coros justo antes de golpear a la loca de Jennifer Acosta. Nadie más pareció oírlos

Pablo se había marchado sin hacerle ningún tipo de reproche al menor de ellos le habría contado todo Se necesitaba ser muy idiota como para no darse cuenta que algo andaba mal con ella de lo contrario no se habría agarrado de las mechas con una aparecida mucho menos habría cenado con un indigente en un lugar público ¡Su espíritu caritativo no le daba para tanto! ¿Y si quería evitarle más disgustos?

La culpa le comprimió el pecho, la asfixió en una lata de sardinas de supermercado.

Del cajón de la mesa de noche sacó el portarretratos con la fotografía de su novio, y le escribió un mensaje por el Messenger de su BlackBerry:

*Te amo mi niño lindo. No veo la hora de estar contigo en Río de Janeiro. ¡Suerte en el foro! :)*

Eso sí, el silencio de Corsario no era sinónimo de comprensión; debía ser cuidadosa si no quería terminar como el camionero en la estación de gasolina.

—Anita, ¿cómo estás? —iera una hipócrita!— Te llamo para preguntarte por Lorenzo.

—¡Maja! ¡Gracias por llamar! —la saludó la novia de Traverso—. Te cuento que aún no aparece, y nos estamos volviendo locos.

—No sé si sabes, pero ayer por la tarde hablé con él; lo llamé para preguntarle por la fiesta de Pablo. Me da pena confesarlo, pero me sentía celosa, ya sabes, por lo del *striptease*.

—¿Y qué te dijo?

—Me aseguró que sólo sería una baile de esos.

—¿Y no te comentó nada más?

—Nada, ahí mismo nos despedimos. Se escuchaba de afán.

—Ya avisamos a la policía, y estamos llamando a todas las clínicas y hospitales de la ciudad.

—¡Dios permita que aparezca sano y salvo!

—En verdad, muchas gracias por tu interés.

—Oye, quería preguntarte algo, pero es obvio que no es el mejor momento. Te llamo después, una vez Lorenzo haya aparecido.

—No, dime de una vez: no hay problema.

—En realidad es una bobada. Quería saber si en diciembre, cuando ustedes acompañaron a Pablo a Villavicencio, él tuvo una discusión con alguien en una estación de gasolina.

Ana guardó silencio unos segundos.

—Así es. Veníamos de regreso a Bogotá, y Pablo adelantó en curva a una tractomula. ¡Qué susto!, ésta por poco se sale de la carretera. Varios kilómetros después, nos detuvimos a poner gasolina. Cuando ya nos íbamos, el hombre de la tractomula se estacionó delante de nosotros, y se bajó a insultarnos, ¿Pablo no te contó?

—¡No me dijo nada! ¿De casualidad sabes algo de ese camionero?



—¿En serio no te dijo nada? Maja, tenemos que hablar con calma. Ojalá pudiéramos vernos esta semana, antes de tu boda, pero todo tiene que quedar entre los dos.

—¡Te lo prometo! Quedo pendiente de cualquier noticia de Lorenzo.

—Claro que sí, cualquier cosa te llamo.

¿Una visión? En sueños había visto a Corsario colgar al camionero del árbol lo había oído silbar la *Danse Macabre* ¡Absurdo! Había hecho el amor con Traverso en el *jacuzzi* pero también en las piscinas ¿Al mismo tiempo? Todo fue muy real estuvo en el pasado Jamás habría podido adivinar lo del camionero Corsario nunca se lo dijo ¡No lo hizo! ¡No lo hizo! Ni siquiera tenía sospechas Su prima ¿quién más? ¡La máquina del tiempo! Lila la había llevado al pasado desde otro pasado más cercano le envió las fotos que le cambiarían su pasado al diablo el pasado

Sonó el teléfono.

—Mi chinita, ¿cómo te trata la vida? ¿A mí? Bien, gracias por NO preguntar. Esta mañana nos cansamos de esperarte en la iglesia, caray.

Ese día se había celebrado la misa de aniversario por los tres años de la desaparición de Lila.

—¡Mamá, es que amanecí deprimida! Ayer estuve en el cementerio y no me sentí bien.

—Eso mismo le dije a tu papito para que se calmara, porque ya comenzaba a hacer sus carotas, ya lo conoces. Llámale sexto sentido o intuición de madre, pero algo me decía que tú no debías ir a la misa, sentirte triste a tan pocos días de tu boda. Por eso no te llamé, y te dejé tranquila, ojalá durmiendo, porque Dios consiente a sus angelitos

mientras duermen. Eso sí, te excusé con Augustito, ya sabes lo sensible que se pone con toda esa parafernalia de las misas, y primero la decencia antes que cualquier cosa.

—¿Y mi tía estuvo en la iglesia?

María Jimena tragó saliva, sentía molestias en la garganta. A diferencia de otras ocasiones en que le sacaba el cuerpo a los largos monólogos de su madre, esta vez deseaba escucharla, que le contara cosas, chismes, que la hiciera olvidar de sus propios dramas.

—Tu tía está más loca que una cabra, ahora sí fue cierto que la pobre se nos deschavetó: ¡Toca madera, mi chinita! ¡Toca madera! —Jimena golpeó duro la mesa de noche para que su madre escuchara—. En hora buena Augustito y tu padre decidieron internarla en la clínica esa, y así evitarle un mal rato, porque para entristecerse sí que sobra tiempo. ¡Ay, carachas, se me hizo tarde! Tengo que pasar por tu hermanita donde los Luna; últimamente se la pasa de arriba abajo con la mayorcita de las hijas, con la tal Valentina, y cada vez está más rebelde: ¡Esa juventud de hoy está perdida! ¡Perdida! ¡Dios nos encuentre confesados! Si esa niñita sigue así, me veré obligada a hablar con tu papito, a lavarme las manos como Pilatos, faltaba más; que él tome las riendas en este asunto, porque no podemos permitirnos otra oveja negra en la familia, no, no, no, nooo, con tu tía y con la loca de su hijita, ya tuvimos suficiente.

—¡Tú si no cambias, mamá! Pero bueno, ¿nos encontramos en la boutique?

*¿Sabes menina que haría cualquier cosa por ti?*

—Sí, a las cuatro, para eso llamaba, pero en puntico mi chinita, hora reina Isabel

II...

La voz de Jimena y la de su madre se escucharon al unísono:

—¡Ni un minuto más, ni uno menos! ¡Lo justo!

—Fenomenal que me conozcas. Nos vemos al rato, porque me dijo un pajarito, que tu vestido quedó de infarto. ¡De infarto! No, no, no, nooo, si es que me muero de ganas de vértelo puesto.

—Un besito mamá. Bye.

María Jimena leyó una vez más el mensaje de su novio en el Messenger del celular.

*¿Cualquier cosa?*

Ya llegaría el momento de ocuparse de los cadáveres. Le escribió de regreso, y entró a Facebook, mientras él le contestaba.

Liliana había publicado la foto de su gata enferma. Manuela bronceaba sus siliconas en Galápagos. El flaco engrosaba su colección fotográfica de botellas de aguardiente, y Gutiérrez, siempre Gutiérrez, escribía cautiverio con b larga, posaba de intelectual con sus gafas de marco grueso, y su peinado de tomo II de *Las Mil y Una Noches*, en edición de Aguilar.

*Eres lo más bello que tengo en el mundo y haría lo que fuera por ti, y por nuestra relación. Ya va a comenzar el foro. Piensa en lo que te digo y ponme a prueba.*

Jimena relajó los músculos de las manos, del cuello y de los hombros.

*Acaba con los demás candidatos. Y sí, te pondré una prueba, espérala ansioso :)*

En la bandeja de entrada de su email encontró el mensaje que ponía al descubierto la traición de su prometido. No le dio importancia. Llenó de aire su estómago, y sus pulmones; imaginó un mundo en el que pudiera viajar al pasado y al futuro, recorrer sus pasos, borrarlos, y volver sobre ellos a su antojo. Exhaló e inhaló una vez más, sintió el cada vez más pausado discurrir de sus pensamientos. Normalizó su respiración y se quedó dormida.

## 7:53 p.m. - Día dos

—¿Se siente bien, señorita?

Un hombre de saco y corbata sostenía la cabeza de María Jimena.

—¿Qué me ocurrió? —ella se incorporó de inmediato.

Era de noche y las nubes bajas anunciaban otro aguacero. Se encontraba en el estacionamiento de la funeraria El Recuerdo, lo leía en un gigantesco anuncio.

—Se desmayó cuando se estaba subiendo a la camioneta.

El hombre le acercó la cartera y una bolsa plástica. Jimena por poco se cae de nuevo al darse cuenta que allí estaba el químico recomendado por Che Google para conservar los cadáveres. Se pellizcó un brazo para ver si estaba soñando, se despellejó la piel en lugar de despertarse.

Subió al carro. En la parte trasera encontró varios paquetes

y no recordaba haberse hecho el *manicure* y era más de púrpuras y de fucsias que de rosas y no estaba soñando y era todo tan real como el viaje a Villavicencio y el sexo con Lorenzo en las piscinas y era el futuro y tenía en su poder el químico milagroso

Dejó la bolsa en el asiento del copiloto.

—Señor, ¿le debo algo por su ayuda?

—No se preocupe, usted y yo ya arreglamos.

¿De qué hablaba ese gordo que le decía adiós?

El espejo retrovisor no la dejaba mentir qué ojeras tan pavorosas tenía Suerte que el vestido de novia estaba entre los paquetes de atrás y no se encontraría con su madre

para ir a recogerlo una manera sus críticas ¿Cómo llegó todo eso allí? ¿Y ese bouquet tan horroroso? Nada que ver con el que escogió para su boda La banda sonora de *La Profecía* No parecían sus compras jamás había visto aquella película y desde que tenía iTunes no oía CD's A las 5:33 de la tarde 2 horas 33 minutos atrás pagó con su tarjeta ahí estaba la factura ¡Viajaba en el tiempo no había otra respuesta! Lo último que recordaba era hablar por teléfono con su madre metida en la cama chatear con Pablo ¿Sería la primera persona con ese poder? (en el reproductor del carro puso a sonar el CD) ¿Y por qué ella? *Sanguis bibimus* Era especial lo sabía desde niña cuando descubrió que las tontas del colegio envidiaban su belleza su inteligencia su naturalidad al vestir y al caminar *Corpus edimus* ¿No eran esos los cánticos que taladraron su mente segundos antes de golpear a la hermana del drogadicto? *Tolle corpus Satani* (encendió el motor de la camioneta y arrancó despacio) Su prima le había concedido aquel don para cambiar lo ocurrido *Ave versus cristus Ave Satani* había logrado sorprenderla sí que lo hizo (apagó la música para estar consigo misma y sumergirse en sus pensamientos) Lila debía estar revolcándose de la risa en su risa contagiosa ella no se había vuelto a reír con tantas ganas desde aquella vez que vieron juntas *Futurama* La tripulación viajó al pasado una alteración mínima modificaría el futuro Fry quién más sino él Asesinó a su abuelo sin querer se acostó con su abuela sin querer engendró a su papá sin querer no dejó de existir Tan bella Lila se agarraba la barriga de la risa mientras le explicaba las teorías de la física en que se basaba aquel capítulo (la calle 72 la llevó directo a la avenida Circunvalar) Aquel poder de controlar el tiempo la había convertido en la criatura más poderosa de la tierra sería cuestión de práctica para aprenderlo a usar (pisó el acelerador y se descolgó por los cerros) ¡Nadie la podría detener! Las luces de la

ciudad cayeron a sus espaldas dibujaron en la carretera la sonrisa de Lila Atravesaría la muerte para reunirse con ella Irían juntas al lugar que desearan

Pablo Corsario conversaba con dos policías en los parqueaderos de las Torres del Parque. No tenía escapatoria, ellos iban a su encuentro. Tomó una bocanada de aire y se estacionó. Si la detenían, quedaría libre en un pestañear de ojos, sólo debía viajar al pasado para enmendar sus errores.

—*Hey sweetie*, ¿cómo te fue? —Corsario le ayudó a abrir la puerta.

—Divinamente. ¿Es mi impresión o me están esperando?

—Amor, los oficiales me informan que hallaron muerta a Jennifer Acosta, ¿la recuerdas? La señora que al medio día vino a preguntar por su hermano, el desaparecido.

—¿Qué?

El policía más joven empezó a narrar los hechos.

Un tirón en el estómago anticipó las náuseas de María Jimena, un sabor amargo se posó debajo de su lengua, se propagó por toda su boca. Se le revolvieron las tripas. Corrió a vomitar detrás de la llanta del carro

si no era Corsario el asesino ¿quién más podría ser? Ella no Había sido el crimen premeditado de un profesional lo dijo el policía ¿qué hizo toda la tarde? Estaba en blanco su mente estaba en blanco completamente en blanco maldita sea

Buscó a su novio para pedirle agua, pero él no estaba por ninguna parte. ¿Qué se había hecho? ¿Y los policías?

Un autobús escolar se detuvo en el paradero frente a ella, ¿cuál paradero si estaba en un estacionamiento subterráneo?

Un niño descendió del autobús, llevaba una mochila en la espalda.

—¡Mamá! ¡Ya llegué! ¡Tío Jonathan, volviste a dejar la puerta abierta!

Entró gritando a la casa de la esquina.

Ya no sentía náuseas. Lo vio tirar el morral sobre el sofá, y desaparecer en el pasillo. Ella traspasó la puerta dándose cuenta que nadie respondía a los llamados del chico. Se acercó a las fotografías de la pared, y de inmediato reconoció al drogadicto, estaba vestido de saco y corbata, y exhibía su diploma de bachiller.

El chico gritó como loco, y salió a correr despavorido. Jimena se escondió detrás del sillón para no ser vista. ¿Qué estaba pasando? En las habitaciones todo parecía estar en completa normalidad, lo mismo en el patio de las matas y en el estudio. En el comedor pisó un charco de sangre, siguió su cause hasta la cocina. Gritó. Jennifer Acosta estaba desnuda, tenía la mano izquierda atada a la ventana; la derecha, al refrigerador. La lengua le salía por el cuello, le colgaba sobre el pecho como una corbata.

—Bebé, bebé, ¿estás bien?

Su prometido la sostenía por la espalda y le acercaba un pañuelo. ¿Corsario la había asesinado? Terminó de desocupar su estómago, y se limpió con el pañuelo, se dio cuenta que tenía sangre en el tacón derecho.

Corsario le guiñó el ojo, y alzó la voz para que lo escucharan los policías:

—¡A mí también me impresionó la noticia! Pero trata de calmarte, por lo de tu embarazo...

Aquel comentario era para justificar el vómito de ella, ¿para qué más? ¡Él era el asesino! Quería eliminar cualquier sospecha que pudiera existir sobre ellos. Eran tal para cual, los Bonnie y Clyde colombianos, los Martha Beck y Raymond Fernández de los Andes. Juntos serían imbatibles, se cubrirían la espalda el uno al otro; llegarían al poder para fumarse el mundo en el mismo cigarro.

El portero le llevó una botella de agua. Qué bien, ya estaba otra vez de turno el hombre que necesitaba; en un rato iría a arreglar el asunto de los videos de seguridad. Aprovechó para limpiar con el agua la sangre del zapato. Al sentirse mejor, regresó donde los agentes; ellos le preguntaron por la discusión con la difunta. Jimena resumió los hechos dejando en claro que se había sentido acosada por Jennifer, al extremo que había decidido ponerle una caución ante la policía, pues aquella víbora la había ido a insultar a su casa, dizque porque ella no conocía el paradero de su hermano, como si ella fuera la niñera de semejante lacra.

Antes de marcharse los agentes les recomendaron estar atentos, porque muy seguramente la fiscalía iba a llamarlos para dar su testimonio sobre la discusión con Jennifer.

María Jimena se despidió con un movimiento de los dedos, una llamada de su *daddy* al fiscal general del Nación, y habrían desaparecido sus problemas.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, aunque tengo gastritis.

—Algo debió caerte mal.

—Pues sí, algo me cayó mal, muy mal, si no mírame como estoy de gorda. ¡A este paso no voy a caber en el vestido de novia!

—¡Tampoco exageres!

Lila le había enviado a Jonathan para solucionar sus problemas y ella lo había arruinado todo. Se la pasó preocupada buscando que nadie la viera. ¡Qué tonta había sido! No se enfocó en Jonathan en comprar su consciencia para que aceptara el trato. ¿Un puto indigente con consciencia? Lila la complementaba a ella y al revés y lo estratégico siempre había sido la especialidad de su prima y algo no cuadraba en todo.



esto Lorenzo había sido su pecadillo de despedida de soltera quién no tenía uno El pago de la promesa de adolescentes a su prima y ella tenía la obligación de protegerla ¿por qué permitía que le ocurrieran tantas desgracias?

Abrazó a Corsario, permaneció aferrada a él hasta que se cerraron las compuertas del elevador.

—¡Gracias por estar conmigo en estos momentos!

Él presionó el botón correspondiente al piso 30, encuelló a María Jimena. La estrelló contra las paredes del ascensor.

—¿Ya vez que no bromeaba al decirte que por ti haría cualquier cosa? —le besó el cuello—. Disfruté la prueba de amor que me pusiste, amarrarme a ti con las tripas de esa asquerosa negra.

Ella jamás le había pedido asesinarla, ¿o sí?

El ascensor se detuvo.

—Lo importante es que esa vieja loca nunca más nos volverá a importunar.

Corsario abrió la puerta del apartamento:

—¿A qué huele?

## 10:43 p.m. - Día dos

María Jimena se lavó los dientes y salió del baño dispuesta a hablar con su novio. Le contaría lo que estaba ocurriendo, NO TODO, sería mejor guardarse para ella lo de los viajes en el tiempo.

Pablo había abierto el ventanal de la sala.

—¡Apesta! ¡Debe haber alguna rata muerta en la azotea!

—No es una rata —ella hizo una expresión de seriedad.

—Ya sé, con ese olor más parece un caballo, aunque a estas alturas tendría que ser pariente de Pegaso. ¿Te sientes mejor? ¿Quieres que te prepare un té?

—No te preocupes, así estoy bien. Mejor escúchame, que tengo algo importante que decirte.

—Sí, mi amor, vine para que hablemos, pero primero déjame darte una sorpresa

—Pablo le pasó un sobre de manila—. Quiero que me disculpes por haber estado tan ocupado, y no haber podido ayudarte en la organización de la boda.

Jimena abrió el sobre, temerosa de encontrar en él malas noticias.

—¡Finalmente imprimiste los boletos!

—Ajá, y también hice todas las reservaciones. ¡Tendremos la luna de miel más romántica del mundo!

Ella se lanzó en sus brazos para besarlo.

—Eso sí, quiero que subamos a pie hasta el Cristo Redentor.

—¿Tú adorando imágenes?

—No precisamente. Voy a contarte una historia cursi de mi familia, pero no quiero que te burles.

—Lo prometo.

—Pocos días antes de que yo naciera, mi abuelo que estaba de vacaciones en Río de Janeiro, caminó durante horas hasta el Corcovado, como ofrenda al Cristo para que naciera un varón que le diera continuidad al apellido Corsario. En ese entonces no era posible determinar el sexo de los bebés en el vientre materno, y él, único hijo, había tenido un solo hombre, mi papá, que ya tenía una niña, y mi madre sólo estaba dispuesta a tener dos hijos.

Si el mundo parecía gravitar al revés, ¿por qué razón ella tenía que estar cuerda? Suficiente gracia era seguir viva, y con la posibilidad de salvar su pellejo.

—Pablo Corsario: ¡Por fin pusiste las cartas sobre la mesa!

—Sí, quiero tener un varón, ¿te gusta la idea?

Un relámpago detrás del Centro Internacional dejó al descubierto las nubes que amenazaban la ciudad. Si esa noche no conseguía viajar en el tiempo para cambiar su pasado, o si el COMPLUCAD no tenía el efecto que esperaba, al día siguiente hablaría con Pablo, para eso tenía cómo chantajearlo.

—¡Me encanta la idea! No veo la hora de estar contigo en el avión, y empezar a trabajar en el heredero. ¿Qué más te gustaría hacer en Brasil?

Él guardó silencio unos segundos antes de contestar. Ella encendió un cigarrillo.

—Tengo una reunión en la Central Nuclear de Angra, al pie de Río de Janeiro.

—¿Esa es tu idea de un viaje romántico? Tú si no cambias, terminarás haciendo de nuestra luna de miel un viaje de trabajo.

—No exageres, que será cuestión de una tarde. Además no puedo desaprovechar esta oportunidad, menos estando tan cerca de allí.

—¿Pero tú qué tienes que ver con una Central de esas?

—Las armas nucleares son una realidad a la que el país no puede seguir dándole la espalda...

—¡Ya párale a ese discurso politiquero, que de todas formas voy a votar por ti!

—¿Pero adivina qué? Te tengo otra sorpresa.

—¿Otra?

—Llamé a mi asesor del banco y compré una póliza de vida. Son temas escabrosos, lo sé, pero con mi paranoia, y como andan las cosas en este país, prefiero que seamos precavidos. Sólo hace falta que firmemos.

—Déjame ver de qué se trata.

En caso de muerte, ella sería la única heredera, y viceversa.

Corsario le acercó su pluma. Jimena sintió que se condenaba a la hoguera, que le metía las capitulaciones por el culo al Senador Soler.

—¿Y tú no la vas firmar, querido?

Aspiró el cigarrillo, y lo apagó en el cenicero.

Corsario hizo lo sugerido, y guardó los papeles en su portafolio. Se disculpó para ir al baño. Tardó algunos minutos en regresar.

—Maja, ¿cambiaste de celular?

—No, ¿por qué?

Él le enseñó el iPhone que traía en la mano. Lo encendió

¡Carajo! ¡Lo había olvidado en el tocador! Seguía siendo la misma torpe de siempre su mundo se caía a pedazos y ella no hacía nada para impedirlo En lugar de hacer cómplice a su novio lo estaba convirtiendo en enemigo si llegaba a descubrirla no tendría compasión ni siquiera le abonaría el haber sido honesta con él ¡Enojarse! Tenía que ponerse furiosa demostrarle que si las cosas se acababan entre ellos él perdería más

porque era un hombre público con aspiraciones políticas y su imagen no resistiría un escándalo como el que se avecinaba con tres muertos encima sin contar al camionero

—¡Dame eso y respeta mi privacidad!

—¿Qué diablos hace aquí una fotografía de Ana? Éste es el celular de Lorenzo, ¡¿dónde se metió ese hijueputa?!

María Jimena retrocedió, sintiendo pánico. Él la tomó por los hombros y volvió a preguntarle por su amigo. La empujó al no obtener respuesta. Mientras caía al suelo ella experimentó una sensación de vacío en el estómago. Cerró los ojos. Una corriente de aire la sacudió, se fraguó en sus oídos acompañada de música de tambores, quenas, guitarras y armónicas. Abrió los ojos. Estaba en una montaña, de noche. Un grupo de indígenas vestidos con máscaras de animales bailaban y cantaban, ascendían portando antorchas.

Una ráfaga de viento le alborotó el cabello, sembró hielo en los poros de su piel. ¡Qué frío tan espantoso!, pero cualquier cosa sería mejor que enfrentarse con Corsario. Se ocultó detrás de un árbol para protegerse del viento. Sólo sería cuestión de tiempo para entender el porqué estaba allí, debía ser paciente, eso sí, ojalá el frío no la congelara primero.

Dos niñas bailaban de la mano de un indígena vestido de blanco que lucía la máscara de toro. ¿Era ella? ¿Lila, la de al lado? Se vio a sí misma de 8 años, a su prima de 10. Era la noche del solsticio de verano de 1994, aquel recuerdo lo traía atorado en la memoria:

El 20 de junio, el senador Ignacio Soler y su familia llegaron a Otavalo para disfrutar de las fiestas del Inti Raymi, y para impulsar un hermanamiento entre esta ciudad ecuatoriana y otra del sur de Colombia. Se hospedaron en un hotel a las afueras

del pueblo. La noche siguiente, el senador y su esposa asistieron a una cena invitados por el alcalde. Samuel, el hermano mayor de María Jimena, quedó a cargo de las niñas. El día anterior, él había estado de fiesta, y se quedó dormido en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Ni siquiera se enteró cuando las pequeñas, aburridas de jugar en el balcón, salieron del hotel para seguir a un grupo de indígenas que bailaban disfrazados.

María Jimena le dio una palmada al árbol. Una anciana de rostro pintarrajeado como una guacamaya les daba a las niñas de beber guayusa en una bota de cuero. Ellas sorbían y bailaban, tocaban los tambores y seguían el ritmo de la música. Se veían felices, ebrias por el licor, y por el placer de estar juntas viviendo aquella aventura

estaba allí para salvar a su prima para salvarse a sí misma nada había sido igual sin ella CADA MINUTO LA EXTRAÑABA MÁS Los hierros ardientes de esa maldita noche habían templado sus destinos la reviviría Cambiaría el curso de la historia la reviviría Clavaría los colmillos en la carne de su propio pasado la reviviría Trituraría el presente lo convertiría en polvo de fugaces estrellas

Desde la cima caían las aguas de la cascada de Peguche, zigzagueaban hasta desaparecer en la montaña. Eran las mismas aguas que creyó habían sepultado el recuerdo de esa noche, aquellas que empapaban las ropas de las niñas a orillas del río, aquellas que el soplo de los indígenas escurría a través de los cuernos de animales.

El hombre con la máscara de toro se desnudó y entró a la cascada, lo siguieron otros bailarines. Los demás prendieron piras de heno y tocaron con más fuerza sus tambores.

Jimena recogió una roca y corrió en dirección a los indígenas que comenzaban a azotarse con ortiga

la reviviría le partiría la cabeza al hombre de la máscara Sacaría a las niñas del infierno la reviviría No tendría que deshacerse de los cadáveres Era un ángel Desaparecería sin dar explicaciones la reviviría Se desharía del cínico de Corsario buscaría a Lorenzo para casarse con él Su vida y la de Lila estarían ligadas para siempre

Pisó un charco y resbaló cuesta abajo, el abismo se sacudió a sus espaldas.

—¡Suéltelas!

Para cuando logró ponerse de pie los tambores repicaban con violencia, los indígenas decapitaban gallinas con las manos, los rayos de la luna sangraban en el río Peguche.

—¡iiiLila!!!

Dos hombres agarraron a las niñas por la espalda y las metieron en la cascada. El toro les hizo una cortada en el brazo, y mezcló su sangre virgen con la de las gallinas.

María Jimena se golpeó la cabeza contra el piso, su mirada se estrelló contra la madera del cielorraso de su apartamento. La cicatriz enquistada del solsticio de verano le ardió en el brazo izquierdo.

—¿Dónde está Lorenzo?!

En ese instante timbró el celular de Corsario. Él pasó por encima de ella y entró en la habitación para atender la llamada

le falló a Lila Aquel ritual indígena había terminado la niñez de las dos le falló sembró en ellas un destino trágico ¿Por qué? Se falló a sí misma ¿Por qué Lila había sido tan egoísta y se quitó la vida y faltó a su palabra y la dejó sola en ese mundo de mierda? ¿POR QUÉ? Le falló Dos veces le hizo vivir aquella maldita noche le falló y ni siquiera le ayudó a cambiar el pasado y era su obligación INJUSTO Habría sido un futuro diferente

Prima, estaremos juntas para siempre, y Lila que desde el maldito ritual a los dioses precolombinos sus vidas estaban unidas, y Jimena que eran almas gemelas, y que para la una no habría nadie más importante que la otra, y que para la otra no habría nadie más importante que la una, y que se abrazaran, y que ni siquiera muertas dejarían de amarse.

Corsario regresó a la sala, María Jimena lloraba en el suelo. Él llenó de agua un vaso y le arrojó el contenido en la cara:

—Ana viene en camino. Localizó al taxista que trajo a Lorenzo hasta aquí. Quiere hacerte algunas preguntas. Ve a darte una ducha con agua caliente, porque estás helada, y cámbiate esas ropas sucias. Maquíllate un poco y ensaya esa carita de yo no fui que tenías esta mañana. Yo abriré la ventana y prenderé algunas velas para disimular este olor a podredumbre. ¿Dónde lo tienes? ¿Y el drogadicto? Mejor no me cuentes nada.



## 12:33 a.m. - Día tres

Jimena terminaba de aplicarse rubor en las mejillas cuando sonó el citófono. Se había recogido el pelo y puesto un vestido oscuro, de cuello alto, y unas botas hasta las rodillas. Respiró más tranquila y abrazó a su prometido. Tomados de la mano descendieron al primer piso; no se cruzaron palabra. Se dejaría llevar por él, finalmente era su cómplice, su *sidekick*, el hacker que llevaría el software de su vida de regreso a una versión previa.

Ana los esperaba en el lobby del primer piso; caminaba en círculos. Se saludaron de beso en la mejilla. Afortunadamente Corsario se las había ingeniado para que la novia de Traverso no subiera al apartamento, aunque las ventanas estaban abiertas y varias velas aromatizantes encendidas, el olor a mortecina se había tornado insoportable, pondría sus crímenes en evidencia. ¿Qué tanto podría saber Pablo?

—¡Qué pena molestarlos a esta hora, pero es que Lorenzo no aparece!

—Ven, siéntate —Corsario señaló el sofá—. Anoche él vino por unos papeles que queríamos entregarle al alcalde, ya sabes, aprovechando que estaría en la fiesta.

—Pero se fue casi de inmediato —complementó Jimena—. Como te conté hace un rato, tenía afán por ir a recoger a las bailarinas del show de media noche.

—Sí, pero creí que ustedes dos sólo habían hablado por teléfono.

María Jimena la tomó de las manos, agachó la cabeza incapaz de mirarla a los ojos.

—Lo llamé para avisarle que viniera por los papeles, aquí le pregunté por el *striptease*.

—Pero el taxista que trajo a Lorenzo dice que se quedó esperando su llamada para ir a recoger a las bailarinas, y luego llevarlas al club; de hecho andaba en una minivan. El señor Enríquez ha trabajado por años con la familia Traverso, es el taxista de confianza.

—¡No sabía que Lorenzo andaba en taxi!

—Quería tomarse unos tragos. Aquí hay algo muy raro, que espero ustedes me ayuden a entender, y es que Lorenzo no se le subiría a un taxista desconocido, además, así quisiera, no conseguiría uno, con ese aguacero de los mil demonios que estaba cayendo.

—Justamente por lo que dices, me tomé el trabajo de revisar los videos de seguridad —respondió Pablo en un tono de voz mesurado—. Lorenzo tardó 11 minutos desde que entró al edificio hasta que salió; a eso quítale dos, subiendo y bajando por el ascensor. El problema es que las cámaras sólo registran lo que ocurre adentro, y Lorenzo desapareció al traspasar la portería. Ana, no sé, pero me da la impresión de que alguien lo estaba esperando, y no creo que precisamente fuera un taxista.

—¿Pero quién? Maja, por favor, necesito que hagas memoria: ¿Estás segurísima de que Lorenzo no dijo algo que te llamara la atención? ¿No notaste algún comportamiento extraño?

María Jimena cerró los ojos unos segundos. Ese Corsario sí que sabía cómo hacerle el quite a los problemas, su agilidad mental era impresionante, dizque 11 minutos, dizque había visto los videos de seguridad. En cuanto Ana se marchara hablaría con el portero para desaparecerlos de una vez por todas. Lo bueno era que tenía en las manos a Corsario, el muy estúpido se había puesto la soga al cuello asesinando a

Jennifer Acosta, jamás se habría imaginado que esa verdulera sería su pasaporte a la libertad.

—La verdad es que no recuerdo nada inusual; él simplemente recogió los papeles y se marchó, creo que hablando por teléfono.

Corsario se levantó del sofá.

—Maja y yo íbamos de salida para La Alberca, el lugar donde Lorenzo recogería a las bailarinas. Ana, deberías acompañarnos a ver qué averiguamos.

—¡Claro que sí, vamos!

—Amor, ya que Ana viene con nosotros, ¿no será mejor que tú te quedes y llames a tu papá como dijimos?

—¡Por supuesto que no!

—Explícale la situación, y dile que por favor nos ayude a conseguir más colaboración por parte de la policía; que ponga a trabajar a esos burócratas de antisequestros. No quiero decir que éste sea el caso, de ninguna manera.

—¡Ya mismo lo llamo! Vayan tranquilos y cualquier cosa me avisan.

Minutos después, Ana y Pablo se marcharon. Él le guiñó el ojo antes de partir.

—¿Cómo le va señorita Jimena? ¿Si se enteró de la desaparición del joven Traverso? Y qué tal de ese otro, ¿el hermano de la señora esa que ajusticiaron por allá en las casas del Parque Nacional? Tenaz esa vaina, ¿no?

—Don Guillermo, ¿cómo le va?

—Gilberto, señorita, Gilberto.

—Disculpe usted, don Gilberto. Pero sí, claro que me enteré; definitivamente este país se ha vuelto invivible.

—¡Sí, es una lástima! Oiga niña Jimenita, cambiando de tema. Le cuento que por aquí me la estuvieron preguntando; imagínese, que dizque si yo sabía quién tanto es que me la viene a visitar y todo eso.

—¿A mí? ¿Y quién?

—Pues el doctor Corsarito; pero no me haga esa cara, que yo no le dije nada. ¿No ve que aquí entra y sale tanta gente? Y como todo queda en los registros del computador, y si allí dice que naides vino, pues naides vino, ¿cierto?

—Hizo bien, don Guillermo.

—¡Gil-ber-to!

—¿Sabe que por ser tan buen trabajador, hasta estoy pensando en ir al apartamento y traerle una propinita adicional? Ahí como para que le compre un detalle a su mujer, y a sus niños, porque debe tener familia, y seguro que les gustan los regalitos, a quién no. También quisiera pedirle que revisemos los videos de las cámaras de seguridad, quisiera editar ciertas imágenes, cositas sin importancia, ¿si me entiende don Gilberto?

—¡Niña Jimenita, claro que tengo familia! En verdad aplaudo lo de la propina para comprarle un detallito a la Mariela, para que se ponga bien cari-contenta; porque no me gustaría que yo mientras me parto el lomo aquí trabajando, ella se las pase de lista con otro que sí la consienta; a nadie le gustaría, ¿no es cierto? Eso sí, le agradecería si va ahora mismo por la propina, porque mañana apenas salga de aquí, tengo que ir a comprarle al Jason los útiles escolares. Él es el menorcito de los cinco, y con lo caro que se han puesto los colores. El muy sinvergüenza los quiere con punta espiralada y no sé qué más cosas.

—Claro, claro, ya mismo subo. ¿Y qué me dice de los videos?

—Ahí sí me va a tener que dispensar, niña Jimenita, porque eso sí no se va a poder. ¿No ve que el doctor Corsarito se le adelantó? ¿Y como usted y yo no hablamos de eso? Él estuvo haciendo yo no sé qué cosas en el computador, y le metió un virus o un gusano de varias cabezas que despelotó toditas las cámaras. Mírelas, prácticamente las dejó de adorno, ni siquiera les quedó alumbrando el bombillito.

—Dígame una cosa, ¿y usted sabe si él hizo alguna copia de los videos?

—Eso sí no se lo puedo decir, ¿como uno no es estudiado? Mañana voy a tener que llamar al administrador para que mande un técnico que las repare.

—¡Entiendo! Don Guillermo ahora regreso con la propina.

—¡Gil-ber-to!

—¡No vaya a ser cosa que la señora Mariela se ponga de traviesa sin sus regalos, y el Jason se haga pintor pero de brocha gorda porque su papá no le compró unos colores!

Corsario había visto los videos y lo sabía todo Obvio que tenía una copia para él y trataría de chantajearla A nadie le gustaría que lo traicionaran ¡Ese portero era una lacra! Menos con su mejor amigo ¿Quién tenía a quién en las manos? Esa noche resolvería el asunto de los cadáveres Si no había conseguido cambiar el pasado entonces cambiaría el presente volvería a sus planes iniciales desmembraría a Lorenzo y al drogadicto Putas cámaras ¿La noche anterior cómo pudo olvidarse de ellas? Era preferible que Corsario tuviera el video a que lo tuviera el administrador del edificio o la policía A ninguno de los dos les convendría un escándalo Se harían pasito El crimen de Lorenzo fue un accidente el del negro no importaba Ya no necesitaría sal para conservar los cadáveres les aplicaría la sustancia de la funeraria los arrojaría por partes en los basureros de la ciudad Podría colgar una cabeza a cada lado del cuadro de Garcés ¡Arte en 3D! Sus tripas alimentarían a los perros de la plaza de mercado

—¡Muchas gracias por su generosidad, niña Jimenita! Y no se preocupe que nadie ha venido por aquí.

—Ahora, don Gil-ber-to, por favor haga una nota que diga que no estoy para nadie, ni siquiera para Pablo Corsario. Que nadie suba a mi apartamento, ¿me entendió?

—¡Como guste, señorita!

María Jimena fue al parqueadero. Sacó el vestido de novia de la camioneta, y los paquetes con las compras que aún no recordaba haber hecho. Regresó al apartamento y cerró la puerta con llave. Se tomó dos aspirinas y apagó todas las luces. Se recostó en el sofá.

Las llamas de la chimenea se devoraban unas a otras, parían sombras de lenguas alargadas que lamían las paredes. ¡¿Qué?! ¡¿Se había movido la fémina de la pintura?! La vio fracturar los óleos con sus garras de arpía, descolgar la carne amorfa de sus piernas, romper el lienzo y salir del cuadro. Estalló el florero de piedra. María Jimena cayó al suelo; las dos sanguijuelas del rostro de la criatura le habían succionado los ojos.

## 2:33 p.m. - Día dos

Algunos rayos de sol se enredaban entre las cortinas y coloreaban en el piso un arco iris. Jimena revisó la fecha en la agenda de su BlackBerry, ya no le extrañaba estar de vuelta en el pasado. Quizá para cuando durmiera y volviera a despertar, la fémina del cuadro la estaría atacando, o mejor aún, Lorenzo estaría saliendo del ascensor empapado por la lluvia. Era un papasito, besaba delicioso, de estar en sus manos lo volvería a escoger para su fiesta de despedida, pero ésta vez confiaría en sus encantos.

Se acercó al tocador; sus caderas reflejadas en el espejo eran delicadas como las uvas dulces. Se mordió el labio inferior y se desabotonó el bluyín; pasó la yema de los dedos por su sexo, sus recuerdos desencapsularon el aroma de su amante

¡Qué interesante! ¡Corsario aún no había encontrado el iPhone de Lorenzo! (Estaba junto a la pasta de dientes) Le contaría toda la verdad antes de que él mismo la descubriera de inmediato lo llamaría (tenía apagado el celular) Debía estar en el foro *Of course!* Por eso no contestaba ¿Cómo le habría ido con Ana Cardenal en La Alberca? ¡Qué pregunta más retórica! Aquello todavía no había ocurrido y en todo caso no les darían razón de Lorenzo en semejante prostíbulo igual tendría que hablar con el portero para deshacerse de los videos de seguridad Esa también se la ganaría a Corsario

Cambio la venda de la mano por una cura; disimuló sus ojeras con ayuda del corrector de ojos. Terminó de maquillarse, se subió en unos tacones aguja de 10 centímetros, se puso una chaqueta de cuero negro, y salió del apartamento con las bolsas plásticas en las que guardó las ropas de sus víctimas.

—Buenas tardes, señorita. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Ando buscando al portero que estaba de turno anoche, ¿no lo ha visto?

—¡Ah, don Gilberto! Debe estar descansando, porque a las 6, le entrego el turno.  
¿Quiere dejarle algún razón?

—No, muchas gracias. Yo vuelvo ahora.

Gilberto ya estaba listo Sólo era enrollarle un billetico Esperaría No era conveniente involucrar más personas en aquel asunto en su *Great Matter* Debía regresar antes de las 6 para hablar con él antes que lo hiciera Corsario antes que los policías fueran a preguntarle a ella por la discusión del medio día con la hermana del indigente

Se subió en su camioneta y arrancó. Hizo el pare en la puerta del estacionamiento para que pasara un motociclista. Una mujer que caminaba por la acera le pegó una palmada al capó del carro. ¡Vieja estúpida! Reconoció a Jennifer Acosta, venía acompañada de un hombre de traje negro y corbata amarilla; llevaba un portafolio en la mano.

—¡Mire, niñita, vine con mi abogado! Si en este preciso momento usted no me dice dónde está mi hermano Jonathan, le juro que voy a demandarla por lesiones personales —le enseñó los rasguños que tenía en el cuello.

—¡Haga lo que se le venga en gana! ¡Vieja loca!

En pocas horas ella sería carne para los buitres, ¿qué podía importarle?

Apretó el acelerador y soltó el embrague, chillaron las ruedas de su BMW.

El abogado soltó el portafolio, abrazó a la hermana del indigente y la quitó del camino.

María Jimena pasó por encima de la maleta, y dobló en la esquina. Condujo en dirección a la boutique de Amelia Toro, en la Zona T. Se detuvo unos minutos en los



basureros sobre la avenida 38, para deshacerse de las ropas de sus víctimas. El olor que expelía la basura le hizo sentir repugnancia

¡Qué bruta! Una vez más había olvidado el teléfono de Lorenzo Parecía inevitable que Corsario lo descubriera a menos que que que que que nada No importaba No en vano la familia Soler-Caicedo lo llevaría al Congreso de la República y en pocos años lo sentaría en la Casa de Nariño Sería el presidente más joven de la historia Jamás lo conseguiría sin ella

### 3:23 p.m. - Día dos

Su madre y su hermana menor la esperaban en la boutique. Había llegado la hora de probarse el vestido y verse como la princesa que era. Amelia le entregó su creación. El velo de motivos florales cayó sobre sus hombros en una cascada de luz, le hizo sentir que resbalaba por la madriguera del conejo en el País de las Maravillas. Su mundo suspiró en texturas, lentejuelas, y escarchas celestiales.

Salieron de la tienda con una sonrisa en los labios y fueron directo al parqueadero. Dejaron los paquetes en la camioneta y entraron al Café Juan Valdés del Centro Comercial Andino. Tomaron asiento en una de las mesas de la terraza. Bianca ordenó un *brownie* con helado de caramelo, Yolanda un capuchino y María Jimena una malteada de café.

—Acabo de hablar con Arturito, ¿y adivina qué? —Yolanda acarició la mano de su hija mayor— Necesitará mil setecientas ochenta y seis flores, mil setecientas ochenta y seis, para dejar la Catedral de Santa Catalina como un jardín primaveral. ¡Qué maravilla!, ¿verdad mi chinita? Ay, pero mírame esta cara que traigo, no, no, no, no nooo, si es que me la pasé toda la noche revisando cada uno de los diseños florales; pero ya los aprobé todos, TODOS. Arturito no cabía en la ropa esta mañana cuando le di mi autorización para ponerse manos a la obra. Obviamente lo felicité en tu nombre y en el de tu papito, por el empeño que le ha puesto a su trabajo.

María Jimena golpeó por debajo de la mesa a Bianca, le hizo tragar un bostezo. Se rieron.

—¿Les pasa algo mis chinitas? —Yolanda elevó una ceja— ¡Caray!, Ustedes sí definitivamente no cambian, se ríen de ver pasar una mosca.

—Mamá, ¿no te parece un poquitín exagerado tantas flores?

—¡Faltaba más! Es lo menos que se merece una boda de alguien de tu clase, claro está, y de la de Pablito, un descendiente directo del poeta-soldado Julito Arboleda. Cada detalle será de ataque, chirriadísimo. De lejos será el evento social más sonado del año, de eso puedes estar segura, o me dejo de llamar Yolanda Caicedo de Soler. Eso sí, de los Caicedo de aquí de Bogotá, no me canso de repetirlo, porque ni de riesgos quiero que nos confundan con esos provincianos del Valle.

—Her-ma-ni-ta, ¿y-to-do-es-tá-lis-to-pa-ra-la-lu-na-de-miel? ¿O con tantas flores en la iglesia las abejas ya no te darán miel para esa luna?

¿Por qué Bianca estaba hablando así, como una tonta? Yolanda se puso de todos los colores.

—Criaturita de la Santísima Trinidad, tú si no aprendes... Cuántas veces te he dicho que no interrumpas las conversaciones de los mayores, que calladita te ves más linda. Mejor cómete el *brownie*, que se te está enfriando, y déjanos hablar, ala, porque yo si tengo cosas importantes que contarle a tu hermana, como que ya confirmé el menú de la fiesta y que será todo un manjar: ¡Un pecadito gastronómico! Los comensales se chuparán los dedos, ya lo verás, mi tesorito.

—Mamá, no te olvides que queremos comida caribeña.

—¡Te encantará! ¡Tema clausurado! ¡Te encantará! Por cierto, la Revista Posh tiene la exclusiva de tu matri. Palabras más, palabras menos, el reportaje se llamará *La boda del año*. No hagas esa cara que ya todo está arreglado, enviarán a un fotógrafo y a

una periodista. Eso sí, me cercioré de que estuvieran a la altura de los invitados, les hice casting para que no queden como mosco en leche.

En ese momento sonó el teléfono de María Jimena. Era Pablo.

—¡Mi amor, ya recogimos el vestido! ¡Me quedó divino!

—¡Serás la novia más preciosa del planeta entero!

—¡Gracias mi niño lindo! Mi mamá te manda a preguntar por qué no la has llamado para lo de la cita con el arzobispo.

—Dile que he estado muy ocupado, pero que el martes puedo a cualquier hora de la mañana.

—Quiere hablar contigo.

—¡Ahora no!, por favor dile que mañana la llamo para que me confirme la hora.

—Mamá, que mañana te llama segurísimo.

—¿Y qué tal estuvo el foro?

—Medio aburrido, no soporto a esos huevitibios que hablan y hablan y no se comprometen con nada; pero me fue bien, creo que les quedó claro quién realmente tiene pantalones para gobernar este país.

—No esperaba menos de ti; ahora demuéstrame cuánto me amas.

—Ni te imaginas lo que me dispongo a hacer: ¡Te pondrás feliz cuando te enteres!

—Por eso te amo, porque siempre me sorprendes y porque somos cómplices. ¡No sabes cuánto tenemos en común!

—¡Sí que lo sé! Amor, Lorenzo aún no aparece, algo debió pasarle.

—Mi chinita, pregúntale si el maestro Botero finalmente le confirmó su asistencia, tenemos que...

—¡Mamá, déjame hablar que me está contando que Lorenzo está desaparecido desde ayer, que no fue a la fiesta, ni a dormir a la casa.

Yolanda se persignó.

—¿Por qué no pasas por donde Lorenzo cuando te desocupes? Quizá puedas ayudarles en algo, ¿no?

Debía ganar tiempo para comprar el silencio del portero, eso sería simple, pero también para organizar sus ideas y encontrar la mejor forma de contarle a Pablo toda la verdad.

—¡Pobre Cata y Albertico! No quisiera estar en sus pantalones, caray. ¿Dónde se habrá metido ese muchacho?

—¿Y por qué no me acompañas?

—Me encantaría, pero ya sabes como son las cosas con mi mamá.

—¡Eternas!

—Por eso mejor dale mis saludos a Ana y a Catalina. ¡Te llamo en cuanto me desocupe!

—Me parece bien.

Cortaron la llamada.

—Esperemos que Lorenzo esté de juerga por ahí con alguna de esas casquiflojas que tanto les fascinan a los hombres y con el favor de Dios aparezca prontico, bien bañado y oliendo a jabón chiquito. Pero no hablemos más de ese tema.

Jimena fingió una sonrisa, escuchaba cada vez más lejana la voz de su madre.

—Más bien cuéntanos cómo le fue a Pablito en su despedida de soltero, ala. Tu papi estuvo por allá, le hizo firmar esos papeles de las capitulaciones, pero con tanto alboroto no hemos podido ni hablar.

Ella hizo un esfuerzo por recordar lo que Pablo le dijo sobre la fiesta, pero no logró concentrarse.

—Qué pena poner a Pablito en estas, porque lo quiero como a otro hijo, pero confianza, sólo en Dios.

Un zumbido terminó por tragarse la voz chillona de su madre.

Alguien llamó a la puerta. ¿La puerta? Si estaban en la terraza. ¿Quién demonios se reía? Encontró a dos muchachas en *babydoll*. No conocía a la pelirroja, pero la rubia era Isabel Paz, la supuesta prima de Corsario. Se escondió detrás de las cortinas de encajes rosa. Aquel lugar era un monumento al mal gusto.

Pablo Corsario entró a la casa. Isabel lo recibió con un beso en la boca, y le quitó el abrigo. La pelirroja le aflojó el nudo de la corbata. ¡Y ella dizque pensando que tendría una despedida de soltera bestial! Miserable, pero nada de lo que sucediera tenía por qué afectarle. Su padre alguna vez le enseñó que la venganza era como el vino blanco que para disfrutarse debía servirse lo suficientemente frío: ya habría tiempo de pasarle a él la cuenta de cobro. Alistó la cámara del teléfono y se dispuso a disparar. Le aseguraría un cómplice a la María Jimena del presente, también a la del pasado, ¿cuántas eran? De lo único que estaba segura era de que ella, la viajera del tiempo, era la del futuro.

Sobre la mesa de la sala había una botella de ron y otra de Coca-Cola. Pablo mezcló en un vaso ambas bebidas y se sentó en una de las poltronas, junto a la chimenea. Y decía que el ron era para las putas y los maricas. Las dos mujeres comenzaron a besarse. Sus *babydoll* cayeron sobre la alfombra, el rojo mordió al negro; lo desangró. Corsario se puso un condón, y penetró a la pelirroja en posición de gatear. La agarró del pelo y la tiró al piso. Se quitó el preservativo. Le hizo el amor a su prima lentamente, tuvieron un orgasmo conjunto.

María Jimena terminó de hacer las fotografías, redactó el email y se lo envió a sí misma, absurdo. Recogió del suelo las tangas brasileras y las ligas de la supuesta prima de Corsario. No era la prima, obvio que él no estaba emparentado con esa loba venida a menos, además prima sólo había una: Lila, la misma que la torturaba con el dichoso don de viajar en el tiempo.

—¡Hija, te estoy hablando!

Teniendo en su poder aquellas fotos, Corsario ya no podría recriminarle su infidelidad, tampoco los asesinatos: en esos momentos él debía estar ajusticiando a la hermana del drogadicto. Era tiempo de hablar con Pablo, de resolver como marido y mujer aquellos problemitas que se iban presentando en el camino.

—¿De qué te ríes, mi chinita?

En las manos tenía la ropa interior de Isabel, humedecida en los jugos de su cuerpo.

—Francamente no te entiendo. A veces pienso que vives en otro mundo, en una galaxia por allá desconocida. Te preguntaba cómo le fue a Pablito en el club.

—Muy bien, mamá, muy bien, la fiesta estuvo increíble, pero luego te cuento. Tengo que irme, voy a hacerme arreglar las uñas antes de encontrarme con Pablo.

Guardó la ropa interior en el bolso y se levantó de la mesa

recordaba cada instante con profunda lucidez los bostezos de Bianca el parloteo de su madre los insultos de Corsario a la pelirroja los besos a Isabel ¿por qué la besaba tanto? Todo lo recordaba incluso la lengua de Jennifer colgando como un péndulo de su propio cuello los detectives que irían a preguntarle por la discusión del medio día la cornuda de Ana en el lobby del edificio

—¡Qué cambio de ánimo tan salvaje! ¡Y con lo sabroso que estábamos conversando! Ve con Dios, hija querida, y no olvides que mañana tienes una cita en el SPA. Ojalá te acuestes a dormir bien tempranito, y te pongas unas rodajas de pepino alrededor de los ojos, porque no había querido decírtelo, pero no, no, no, nooo, qué ojeras tan pavorosas traes. Ni yo, caray, que te llevo más de veinte años de vida, y anoche si fue cierto que no dormí nadita.

—Sí mamá.

—Ahh, y guarda bien el vestido, no vaya a ser cosa que los amigos de lo ajeno se den un banquete con él. ¿O prefieres que te lo guarde yo? Ya sabes que esta ciudad está plagada de maleantes, sino fíjate lo que le pasó a Bertica Vargas la semana pasada, y eso que andaba con los escoltas de su marido.

—No te preocupes, mamá.

—Maneja con cuidado, mi tesorito.

María Jimena se despidió de ellas con un beso en la mejilla.

En el segundo piso del centro comercial se tropezó con una niña, ésta cayó al piso. Mientras la ayudaba a levantar, experimentó el deseo de arrojarla por la baranda. Espantada por sus pensamientos, pasó la mano por el cabello de la niña que en caracolas le caía sobre el rostro; le limpió las lágrimas y siguió su camino. En las vitrinas de una floristería vio un bouquet de rosas violeta y lirios blancos: ¡Como de novia de notaría en Chapinero! Lo compró imaginando los comentarios de su madre, igual ya lo había visto en el asiento trasero de su camioneta. Por algo debía estar allí, ¿qué le faltaba? Entró al salón de belleza para hacerse el *manicure*. Se pintó las uñas de rosa pálido, mejor dicho, para reina de pueblo sólo le faltaba cambiarse el nombre por el de Wendy Vanessa.



De camino al parqueadero escuchó la risa de Lila. Miró para todas partes, y creyó verla ojeando discos en las estanterías de Tower Records. Entró a la tienda: ¡Era ella! Abrió los brazos. ¡Su prima finalmente había ido en su auxilio!

—¡No me toques!

Lila se dio la vuelta, destellaron sus ojos color avellana.

—¿Por qué tardaste tanto en venir?

—Aléjate que no vine por ti.

—¿Qué te pasa?

—¡Vaya, al fin te diste cuenta que me pasa algo!

—¿De qué hablas?

—De que no estuviste cuando más te necesitaba: ¡Te olvidaste de mí, de nuestro juramento! ¡Tu egoísmo te hará arder en el infierno!

María Jimena se arrojó en sus brazos, pero sus manos traspasaron aquel cuerpo angélico, golpearon las estanterías. Un CD cayó al piso, se astilló la caja.

¿La banda sonora de *La Profecía*? El futuro se repetía de manera inevitable. Lo compró con la tentación de preguntar si alguien más había visto a su prima.

Se sentó en una de las bancas del centro comercial y se echó a llorar

la noche en que Lila se quitó la vida Ella no le contestó el teléfono por andar con Corsario maldito loco aparte de todo la engañaba ¿desde hacía cuánto tiempo? ¡Era una egoísta! Su prima tenía razón si hubieran hablado quizá Ella seguiría viva Había faltado a su palabra y no había NADA más importante que Ella Le falló No regresaría al pasado para salvarla el mundo estaba vuelto mierda nadie las apreciaba por lo que eran Debía respetar su voluntad aprovechar los viajes en el tiempo para vengarse y lograr el perdón de Ella y de Ella misma Eso era lo que tenía que hacer

Abrió el bolso y agarró la ropa interior de Isabel Paz, la apretó en sus manos.  
Todo se oscureció.

Un Angora Turco de ojos dispares se enredó entre sus piernas y maulló.

## 5:13 p.m. - Día dos

La puerta del garaje de Isabel Paz se recogió como un corbatín *No se fíe de una rubia que sea además oxigenada* sus deseos habían sido escuchados *no le dé nunca la espalda que a la mínima le clava* controlaba el poder de viajar en el tiempo *una estaca así de larga* tenía servida en bandeja de plata a la muñequita de cabellos claros y ojos pincelados de azul *y le traspasa el corazón* con que su futuro esposo la engañaba (colisionaron los delfines del móvil colgado en el marco de la puerta que comunicaba el garaje con la casa) *No se fíe que es mejor conservar el esqueleto* el desorden del estudio era la prueba de que Isabel había encerrado allí a la mugrosa gata *aunque sea bien escueto* mientras hacía de las suyas con Corsario y la pelirroja todos esos libros de psicología psiquiatría y del cerebro humano *se enamoró ya se ha expuesto* que estaban en los anaqueles del estudio eran de Pablo y no de la rubia cabeza hueca él estudiaba la conducta humana *dése por muerto* dizque para abrirse camino más fácilmente en el mundo de la política *vaya diciendo el último adiós*

—¡Poppy, ya llegué!

Isabel encendió la luz de la sala, y sacó del bolso su celular. Después de todo la pelos de trapero, no se veía tan mal cuando fingía ser gente; aquel pantalón negro le hacía ver las piernas más largas de lo que en realidad las tenía.

El felino se encontraba tendido en el pasillo como un tapete persa.

—¡Poppy! ¡Levántate y ven a saludarme!

La gata no alzó la cabeza ni batió la cola; un cordón rojo se enredaba de su cuello.

—¿Qué hiciste mi niña? ¿Otra vez dañándome la ropa?

Se arrodilló para ver qué le ocurría a la gata; pasó la mano por el cordón que le colgaba del cuello, pero ésta siguió derecho, y se untó de sangre. Dio un alarido. Su grito fue acallado por las delicadas manos de Jimena que la estrangularon, y la estrellaron contra la pared.

—¡Llegas tarde a la fiesta, zorrita!

Isabel cayó al piso, reconociendo los ojos verdes y achinados de su atacante.

María Jimena le dio un pisón en la pierna derecha, la puso a revolcarse. De otro taconazo le partió el teléfono que se le había soltado de las manos. Le lanzó el felino en el rostro y la salpicó de sangre. Del pelo la arrastró al estudio.

—¡Déjeme en paz, maldita loca!

—Un grito más, querida, y te parto tu naricita afrancesada.

La ató con cinta adhesiva a una de las sillas del escritorio. En él se encontraba clavado el cuchillo con el que había apuñado a la gata.

—¡No me haga daño! —los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas—. Haré lo que me pida; le diré lo que quiera escuchar, pero no me haga daño.

Jimena se quitó los tacones, y dejó uno de ellos sobre el escritorio. Sus labios dibujaron una sonrisa de almanaque. ¿Aquello sobre la repisa eran bailarinas de porcelana? Qué boleta, una de ellas parecía tener los dedos partidos, y vueltos a fijar con algún pegante milagroso. Definitivamente la decoración de aquel lugar aullaba de la lobería. Así Isabel tuviera algo de dinero, jamás podría comprarse un *shoot* de buen gusto. Tendría que morir y reencarnar varias veces para dejar de ser una levantada.

De la cava de la sala sacó una botella de vino, y sirvió una copa.

—Puedes comenzar hablándome de tu primito, de nuestro Pablito del alma.

—Él no es mi primo, y usted ya lo sabe, ¿qué más quiere que le diga?

—Todo y con detalles; por ejemplo, anoche, ¿él qué estaba haciendo aquí?

—¡Vino por su regalo de bodas! —Isabel sonrió—. Invitamos a una amiguita, de esas que a él tanto le gustan... Yo no le niego nada al hombre que me lo ha dado todo en la vida.

—¿Y qué es todo eso que Pablo te ha dado? ¿Plata? ¿Joyas?

—¡No todos nacimos en cuna de oro! Pablo me ha abierto muchas puertas; lo reconozco, gracias a él, y a mi esfuerzo propio, vivo en una casa decente y mi vida está casi resuelta.

—¿Decente? Permítame que me ría. Ni tú, ni este cuchitril, son precisamente decentes. Eres una estúpida resignada a ser la *mistress forever* de nuestro amado Pablito.

Jimena le dio una cachetada, segura de que Isabel no estaba entendiendo sus insultos. Hizo un esfuerzo por calmarse; sorbió el vino. Al fin y al cabo sólo necesitaba sacarle información para poder vengarse de Corsario.

—¿Desde hace cuánto me están viendo la cara de idiota? ¿Dónde se conocieron?

—Mi madre trabajaba en la funeraria Jardines de Paz, en Popayán —la mejilla izquierda de Isabel estaba enrojecida, sus ojos expelían fuego—. Como no tenía con quien dejarme en la casa, me llevaba con ella al trabajo.

—Es verdad lo que dicen, del cielo se están cayendo los ángeles. ¿Cómo te llamas?

—Alguna vez, mientras le ayudaba a servir el té en el velorio de un político, se me acercó un muchacho muy elegante que olía exquisito.

—Isabel.

—¡Jamás me habían dicho algo parecido! Luego supe que él era el hijo del difunto. Me sorprendió que no estuviera llorando como el resto de los familiares.

Ya entendía su mal gusto, si era la hija de una vulgar sirvienta. Una arribista quita maridos.

—¿Quieres tomar algo? Me gustaría conocerte mejor.

—Mucho después comprendí que sufría en silencio y a diario se alimentaba de rencor.

—¡No, pues, la intrusa terminé siendo yo!

—El caso es que empezamos a vernos a escondidas. Él tenía 15 y estaba en décimo, y yo 13, y en séptimo.

—¡Una tortuga! ¡Agarra el hongo! ¡Allí está la vida! ¡Salta! ¡Salta!

—Íbamos a comer helados o a dar una vuelta, pero casi siempre terminábamos en su casa. Veíamos películas o jugábamos Nintendo.

—¡Malditos guerrilleros!

—Estábamos juntos hasta las 6, cuando yo tenía que pasar por mi mamá y él se iba a clases de hapkido. Una tarde de esas hicimos el amor y en adelante no pasó un solo día sin vernos, tampoco sin que él jurara venganza por la muerte de su padre.

—¿Y alguna vez fueron novios?

—¿Te importaría desatarme? Se me durmieron los brazos y me está doliendo la pierna. Ya que empecé a desahogarme, también necesito un vino.

Jimena sirvió otra copa, y rompió con el cuchillo la cinta adhesiva que ataba a la amante de Corsario. La acuchillaría si intentaba el menor truco.

A los dos años de estar juntos, Isabel le contó a su madre que Pablo y ella eran novios. Aunque no era verdad, nunca se preocupó por decir lo contrario: ¡Eran cómplices, amantes, tantas cosas a la vez! Así permanecieron hasta que él se graduó del

colegio y se fue a estudiar economía a Bogotá, y ella se quedó en Popayán terminando el bachillerato.

—¡Cómprate algo! ¡Y cómprale algo a tu hermano, de navidad!

—Pasábamos horas en el teléfono. Vine a buscarlo en cuanto me gradué, pero ustedes dos ya eran novios.

¡No, pues, resultaron las mejores amigas! Sólo faltaba que la pelos de trapero la invitara a otro bacanal con Corsario y la pelirroja, o que la llevara al show de *Laura en América*. ¡Qué pase el desgraciado!

—Perdón que se lo diga, María Jimena, pero mil veces Pablo me ha dicho que la relación con usted es por puro interés, pues así yo sea la mujer de su vida, su papá es el presidente del Senado.

Isabel desocupó la copa.

—Pensaré que soy una pendeja, pero las cosas son más complejas de lo que se imagina. Usted no tiene ni la menor idea con quién se va a casar, en cambio yo sí conozco a Pablo, porque todo será menos una ilusa que vive para arreglarse las uñas en su torre de cristal. Yo sé lo injusto que puede llegar a ser el mundo, y lo que significa perder a un padre. Comprendo sus odios, todos y cada uno de ellos, porque a los dos nos ha tratado mal la vida.

María Jimena se levantó de la silla, y apoyó una mano sobre el hombro de Isabel finalmente no importaba su mal gusto ni el saber que era la otra Ella era feliz estaba conforme con su situación no era esclava de ella y era feliz y no necesitaba un apellido ni una boda en Cartagena ni cláusulas para defender el patrimonio de sus nietos y no era nadie y era feliz y alguien como Corsario podía amarla por lo que era y no era

El cuchillo cayó al suelo sobre el bouquet de rosas violetas y lirios blancos, en uno de los pasillos del centro comercial.



## **6:03 p.m. - Día dos**

La valla publicitaria de la funeraria El Recuerdo estaba allí, sobre la carrera séptima. ¿Y qué si le cerraba los ojos al futuro que ya conocía y construía uno nuevo? Aceleró dispuesta a ignorar aquel anuncio; tenía el tiempo justo para esconder el celular y hablar con Gilberto antes de que lo hiciera Pablo. ¿De cuánto acá se sabía el puto nombre de los putos porteros del edificio y de sus putos turnos de trabajo? Ni siquiera la chismosa de su sirvienta debía sabérselos. Frenó en seco, la goma de las llantas se marcó en el pavimento

por nada del mundo prescindiría de aquel producto milagroso mucho menos dependería de un vulgar portero ¡Necesitaba el químico para retardar la descomposición de los cadáveres! Lo mejor sería que Corsario se deshiciera de los videos de seguridad y se convirtiera en su cómplice no cambiaría esa carta del futuro Él la amaba aunque la pelos de trapero opinara lo contrario debió haberla matado cuando pudo él le cuidaría la espalda y se la cuidaría a sí mismo ya lo haría a media noche cuando Ana Cardenal fuera a visitarla

Descendió de la camioneta.

En la entrada de la funeraria dos señoras y una niña lloraban junto a un ataúd improvisado con tablas y cartones. Las tres mujeres vestían de ruana y botas de caucho; olían a humo. El vigilante estaba de pie frente a ellas. Si María Jimena fuera la gerente de la funeraria, hacía rato las habría hecho correr para que no afearan la imagen de la empresa, obvio que sí.

La recepción era atendida por dos personas: una muchacha pálida que discutía con un anciano de ropas raídas y sombrero de paja, y aquel hombre obeso que le vendería la sustancia y la auxiliaría cuando se desmayara entre las grietas del tiempo. Él asentía con la cabeza las palabras de su compañera. ¿Cómo podía desmayarse si se sentía tan fuerte?

Sacó el papel con el nombre del químico. Ni idea cómo le haría para comprarlo con tanta gente alrededor, porque Che Google fue insistente en que no era de venta libre.

—Señor, tengo que repetirle que si no paga, tendrá que llevarse a la difunta — enfatizó la recepcionista con las manos.

—Mire su persona, háganos la caridad; vea que somos gente del campo, y no hay forma de regresar al pueblo con la Rosaurita pa'darle cristiana sepultura.

El hombre de la recepción miró a María Jimena, y abrió los ojos más de lo normal. Le pidió regalarle un minuto. Ella le sonrió. Había ganado la primera batalla.

—¿Y para qué trajo a Bogotá el cuerpo de su mujer y no lo sepultó allá?

—Yo no la traje hasta aquí, ella se vino de terca. Mire nomás, yo estaba hospitalizado en Kennedy, cuando un sinvergüenza de un carro la levantó y me la dejó así, tiesa y horizontal.

—Ah, entonces no se preocupe. La persona que la atropelló, o el seguro del carro, tendrán que cubrirle los gastos funerarios.

—¿No ve que el muy condenado se voló?

La mujer de la recepción bajó la cabeza.

—Lo entiendo, señor, créame que sí. Ahora trate de entenderme a mí también. Ésta no es una institución de beneficencia, y yo aquí sólo soy una empleada. Si no tiene

cómo pagar los servicios funerarios, con el dolor del alma tengo que repetirle que se marche de inmediato.

—¡Sumercesita, ayúdeme por favor, mire que tengo que volver al hospital!

El anciano se levantó la ruana y le enseñó un brazo amoratado; junto al codo tenía una úlcera apenas protegida por gasa y esparadrapo.

—Tienen que cortármelo, ¿no ve que está ingrangrenado, y esa operación no la hacen puallá en el puesto de salud?

María Jimena regresó por donde había entrado minutos atrás. ¡Pobre gente! En cuanto saliera de sus problemas se vincularía en alguno de esos programas de caridad que Pablo lideraba en su campaña al Congreso. Quizá también regalaría a los pobres parte de su ropero, no era conveniente que de casada luciera igual que de soltera.

El hombre de la funeraria salió detrás de Jimena, la alcanzó en la entrada.

—¿Se encuentra bien señorita?

—Sí, sólo estoy un poco indispuesta.

—La entiendo, a mí también me impresionó ese pobre señor que no tiene ni para pagar el entierro de su esposa; más si pienso que bien pudo ser mi abuelo, bueno, el de cualquiera de nosotros.

Sería el de él, porque jamás el de un Soler-Caicedo.

—¿Y en esas tablas tienen a la señora?

—Allí mismo, triste, ¿verdad? Si tuviera cómo, no dudaría en darle la mano a esa pobre gente...AZZ pero por favor discúlpenos por todo esto, y más vale dígame en qué podemos servirle.

—Necesito un favor inmenso.

—Sí, claro, cuénteme.

—Anoche murió Petunia. Yo la quería mucho; estuvimos juntas 12 años.

—¿Petunia?

—¡Sí, mi perrita!

—¿No me diga que la quiere poner en cámara ardiente?

El recepcionista no pudo contener la risa.

—Perdón, continúe.

—Un amigo taxidermista lo va a disecar, pero él está por fuera de la ciudad, y sólo regresa hasta el lunes. Mientras tanto, me pidió aplicarle una sustancia llamada COMPLUCAD. ¿De casualidad la conoce?

—Por supuesto que sí, aquí la empleamos para preparar los cadáveres. Lastimosamente no somos distribuidores; aunque si quiere, la puedo comunicar con la jefe para que le informe dónde comprar el producto.

—¿Y usted no tendrá un frasquito que pueda venderme?

En ese momento se escucharon sollozos.

—¿Yo? No, señorita, aquí yo sólo atiendo al público, y lo que hay en bodega es de uso exclusivo de la funeraria.

Las tres mujeres y el anciano enfermo atravesaron la puerta cargando el cajón.

—Escúcheme bien —Jimena miró a los ojos al recepcionista—. En este preciso instante voy a ir a pagar los servicios funerarios de esa pobre anciana. Si en verdad usted quiere ayudar a esa familia, lo único que tiene que hacer es conseguirme un frasco de COMPLUCAD. ¿Le parece bien?

El hombre clavó la mirada en el ataúd, dudó al responder.

—¡Trato hecho! Pero una vez cancele la cuenta, quiero que se venga tranquilita a esperarme aquí al estacionamiento, mientras yo me las arreglo allá en bodega.

—¡Espere mi señor! —María Jimena llamó al anciano—. Por accidente escuché su historia, y créame que lo acompaño en su dolor. Le tengo una buena noticia: desde la campaña de Pablo Corsario, a la Cámara de Representantes, hemos decidido ayudarle a sepultar a su esposa dignamente, como se merece.

Jimena sacó del bolso algunos volantes de publicidad con la fotografía de su prometido y el número que tendría en el tarjetón. Se los entregó al anciano.

Él la miró con ternura como si contemplara a un ángel.

—¡Dios la bendiga hija! ¡Que Diosito y la virgen María me la protejan!

—Lo hacemos con el mayor de los gustos y le garantizamos que las cosas van a cambiar con Pablo Corsario en el Congreso de la República. No podemos permitir que la gente de bien como usted, se siga exponiendo a los peligros de la ciudad, tan sólo porque no hay suficientes hospitales en el campo colombiano.

—¡Dios la oiga sumercé!

Jimena no resistió el deseo de mirar a la difunta, una anciana de piel tan arrugada que de poder tocarla de seguro se desvanecería entre sus dedos como un puñado de lentejas.

—¡Y cuente con mi voto y el de mi familia y conocidos allá en Guayabetal! Si usted dice que las cosas van a cambiar, pues van a cambiar: ¡Yo sí le creo! A leguas se nota que usted tiene un corazón bonito, que es todo un angelito del Señor.

Ella asintió con la cabeza. De permanecer allí, el anciano soltaría el ataúd para abrazarla, *disgusting!* Se acercó al vigilante, y le pidió ayudarles a llevar el cadáver a la sala de velación.

Pasó su tarjeta de crédito por el datáfono y firmó el comprobante. Se dio la vuelta y se marchó de inmediato para no despedirse de los deudos, a sus espaldas sintió la

mirada del hombre con el que hizo el trato. Eso sí, todos habían ganado, porque por miserable que fuera la difunta tenía derecho a un entierro digno, Lorenzo y Jonathan, a un baño en COMPLUCAD, el gordo y ella, a una acción ejemplarizante, y Corsario, siempre Corsario, a unos voticos extras.

Caminó por el estacionamiento fumándose un cigarrillo; encendió otro con la colilla del que terminaba. Se recostó contra su camioneta.

El recepcionista salió de la funeraria y se acercó a ella, entre la chaqueta escondía una bolsa plástica con un pequeño frasco.

—Espero no meterme en problemas.

—Cuenta con mi discreción; además fue por una buena causa, ¿no le parece?

—Por supuesto que sí; ese pobre señor ya me ha preguntado como tres veces por usted.

—Lo decía por Petunia —ella sonrió—. ¿Y esto tan poquito si es suficiente?

El frasco tenía 300cc.

—Absolutamente. Sólo tiene que remojar un pañuelo con ese líquido y frotarlo por todo el cuerpo del animal. ¿Qué raza es?

—Gran Danés.

—Póngase guantes y aplique el producto con fuerza. Masajee el cuero cabelludo por cinco minutos. Aunque esos perros no tienen tanto pelo, debe cerciorarse de que la epidermis absorba bien la sustancia.

—¿Y servirá hasta que regrese mi amigo el taxidermista?

—Por supuesto que sí. ¿Cuándo dijo que falleció Amapola?

—¡Petunia, querrá decir! Murió ésta madrugada.

—Entonces dése prisa para que pueda reducir los efectos del *rigor mortis* y logre recuperar el brillo del pelo. Cualquier duda, allí en la etiqueta encontrará el modo de empleo.

Ella le dio la mano, él la sostuvo por unos segundos.

—Señorita, regrese cuando quiera.

María Jimena se dio la vuelta para subir a la camioneta, se le había hecho tarde para llegar a casa antes que Corsario. Abrió el frasco que contenía el agua de la fuente de la eterna juventud y lo llevó a la nariz, todo le dio vueltas. Lo cerró y se sostuvo de la puerta del carro. Sintió un corrientazo entre las sienes, una punzada en los músculos del cuello, una tuerca atorada en la garganta. ¡Qué tonta era! Por más de que se esforzaba, no conseguía redimir sus crímenes, exorcizar las consecuencias de ellos, enderezar su vida.

## 1:43 a.m. - Día tres

María Jimena se encontró a sí misma tendida sobre el tapete de la sala, sentía frío, pero sudaba, y tenía sed, muchísima sed. Bramaron los cielos, un trueno barajaba las cartas, abría las apuestas en la mesa de juego. Todas las luces estaban apagadas, el rostro de la fémina seguía derritiéndose en el cuadro, apestando con su aliento a aguas negras.

Sirvió un trago doble de aguardiente, y de un sorbo desocupó la copa. Bebía napalm en lugar de alcohol destilado. Encendió las nueve velas del candelabro. Todo lo había hecho mal, ni siquiera fue capaz de contarle a Pablo la verdad. Se apuró otro trago doble: la única religión verdadera es la que rinde culto al hombre y a sus más básicos instintos. Abrió de par en par la cortina de la sala, la lluvia difuminaba la Torre Colpatria. Encendió el radio. La emisora de la Universidad Nacional transmitía el *Réquiem* de Mozart interpretado por el coro y la filarmónica de Viena. El diablo había puesto a sonar su iPod. Subió el volumen. Ya lo había dicho Murphy, si algo podía salir mal, saldría mal, y sería susceptible de empeorar, así Pablo aceptara su infidelidad y le ayudara a deshacerse de los cuerpos, no la querría por esposa.

Leyó las instrucciones de uso del químico de la funeraria, y se hizo una cola en el pelo. Antes de entrar al cuarto de servicio, se cubrió la nariz con una pañoleta, y se puso los guantes del aseo. El cadáver de Jonathan estaba bajo la cama. Lo sacó de los pies. Tenía el cuello rígido, la boca abierta y retorcida. La piel estaba rucia, cuarteada como el cuero de unas botas viejas.

—Prepárate *darling* —lo agarró de la mandíbula y le sacudió la cara—, porque esta noche voy a picarte en pedazos y a licuar tus ojitos en el sanitario.



Remojó en el químico cuatro motas de algodón. Se las introdujo al cadáver en los orificios de la nariz y de los oídos. Le ardió la garganta, se le escurrieron las lágrimas, estornudó. Se recostó contra la pared contemplando las marcas rojas en aquel cuerpo desnutrido, los ojos desorbitados, las manos rígidas como cables de acero. Soltó una carcajada: ¡Un zombi! Los algodones le habían agrandado aún más el tamaño de las fosas nasales. La sacudió un dolor en el pecho. Salió corriendo de la habitación y se tendió sobre el sofá. Encendió un cigarro. El locutor de la radio anunciaba que el solo de piano del *Estudio Revolucionario* de Chopin, que se disponía a programar, era interpretado dos veces en la canción *Sonido Bestial*, de Richie Ray & Bobby Cruz.

El humo en sus pulmones le hizo sentir que aquellas largas pero fugaces escalas ejecutadas por Anthony Byrne con la mano izquierda, estaban siendo replicadas magistralmente por la derecha, en las estribaciones de su cerebro. Se sintió llena de energía. Apagó el cigarrillo en el cenicero. Una vez más se puso la pañoleta y los guantes, y volvió al cuarto de servicio. Si en ese estado de putrefacción se encontraba el drogadicto, ¿cómo estaría Lorenzo? Hasta gallinazos debían sobrevolar su ropero.

Le aplicó el producto al cadáver con ayuda de una esponja, lo masajeó con fuerza, como le había recomendado el tipo de la funeraria. Al terminar la tarea, corrió al baño a vomitar.

—¿Por qué tenía que ocurrirte esto a ti? ¿A ti que sólo buscabas un poco de placer?

El espejo dibujó el rostro demacrado de una joven que se alisaba el cabello con la yema de los dedos. Abrió el grifo para echarse agua fría en la cara; el aroma de Lorenzo empapado por la lluvia acarició sus recuerdos. Suspiró. Dio un paso atrás para encender la luz del baño, y se chocó contra la pared. Brincó al darse cuenta que estaba en el

comedor. ¿Lorenzo? Quiso ir a su encuentro, lanzarse en sus brazos; pero se detuvo al verse a sí misma de la mano de su regalo de bodas. ¡Aún no había bebido el éxtasis y el whisky! Se escondió bajo la mesa para no ser descubierta. Estaba en el lugar y en el tiempo indicado. Sus cartas formaban una flor imperial, doblaría las apuestas.

*Eu era triste, sorri; peguei no pinho e cantei. Muitos versos eu fiz. Em meu peito guardei. Um dia você partiu. Meu pinho emudeceu e a minha voz na garganta morreu.*

—Quiero confesarte que siempre soñé que mi primera vez sería contigo en aquellas piscinas, pero te fuiste del país cuando me sentía lista.

La ilusa del pasado invitaba a Lorenzo a subir en La Máquina del Tiempo, a que hicieran nítido el recuerdo de adolescentes cuando se besaron por primera vez en las duchas del centro deportivo. No la juzgaba, ¿cómo? Simplemente no conocía el poder de sus palabras, la maldición que se tatuaba en cada una de ellas. Además lucía radiante, hermosa, enamorada de la vida; nada que ver con ella, una estúpida cucaracha que se mordía las antenas de la envidia debajo de la mesa de su propio comedor

ojalá que esta vez sí se besaran así se libraría de todos sus problemas (Lorenzo agachó la cabeza y pidió prestado el baño) ¡Maldita sea! ¿En serio esperaba que el delantero que acaba de fallar el penalti anotara en la repetición? (María Jimena golpeó el sofá con el puño) Lo salvaría tenía que hacerlo aunque la muerte fuera el precio justo por pendejo ¡¿Quién se creía ese imbécil para rechazarla?! (agarró el cuchillo para triturar las pastillas de éxtasis) Tenía que actuar rápido ¿Y si se advertía a sí misma que Lorenzo moriría envenenado? ¡No había forma de que él se resistiera a sus encantos! Ella no entendería sus razones era una cavernícola él su regalo de bodas y a ella NADIE la despreciaba

¿Y si ella se había deschavetado como su tía, y aquello no era más que una prisión creada por su mente para evadir la realidad?

Un trueno dejó a oscuras el apartamento. Lorenzo regresó del baño, y tomó a María Jimena de las manos, la besó. ¡Era un tonto! No más que ella, quien sentía celos de sí misma al no ser la protagonista de su propio pasado.

Lorenzo sorbió el whisky y comenzó a bailar.

—Quiero que nos bañemos en las mismas aguas del 2003, donde hicimos el amor por primera vez; ¿qué te parece?

¿De qué hablaba María Jimena si su primera vez había sido con Corsario y nunca estuvo con Lorenzo en las piscinas? Ellos se besaron apasionadamente.

—¡Voy a preparar La Máquina del Tiempo!

—¡Cool! ¡Pero esta vez no me culpes si te duele!

fue doloroso había sangrado mientras hacían el amor ¿Cómo pudo ser posible si estaban en el *jacuzzi*? ¡A cazar dinosaurios a la prehistoria! ¿Cómo le habían hecho para viajar a las piscinas? Sólo ella se pudo tele-transportar tenía los poderes de Goku en Dragon Ball Z ¡oh sí! Lorenzo era un inexperto un torpe quinceañero y ella se metió en el cuerpo virgen de ella misma o algo así un orgasmo en dos dimensiones ¿cuándo se había visto eso? Mientras tenía sexo debió viajar a las piscinas su himen roto era la mariposa que pisoteó el cazador del relato de Bradbury la sangre en el pene del cadáver era suya su virginidad entonces Lorenzo también se tele-transportó había cambiado su futuro al alterar su propio pasado ya no sería la mujer más feliz del universo

Se vio pasar rumbo al baño, y se apretó los muslos: para colmo de males se había engordado, también se le había dañado el gusto, pues ya no le parecían terribles sus uñas maquilladas de rosa pálido; de hecho comenzaban a gustarle.

Salió de su escondite, su otro yo debía estar buscando las veladoras para delinear el caracol alrededor de la bañera.

—¡Hey! ¡Volviste!

Él revisaba su teléfono. El maldito whisky se encontraba sobre la mesa de centro; apenas lo había probado.

—Vine a consentirte un ratico, mientras se termina de llenar el *jacuzzi*.

Lo empujó sobre el sofá, y se trepó sobre él, vencida por el aroma de su cuerpo. Sintió en sus muslos las manos grandes y poderosas de Lorenzo. La estremeció un palpito entre las piernas: el pene de su amante comenzaba a endurecerse

ahí estaban pintados los hombres Lorenzo ni siquiera se había dado cuenta que ella no estaba vestida igual que hacía dos minutos no había prisa tenía todo el tiempo del mundo la tecla *Skip* para saltarse los preámbulos la *Slow* para intensificarlos Lorenzo era su primera vez Habitaría en los buenos momentos cuantas veces quisiera Unos pequeños cambios al pasado y manipularía el presente a su antojo ¿y si las cosas se ponían peores? (los ojos del pordiosero alumbraron en sus pensamientos como bombillas de 100 vatios) ¡De infarto! La cavernícola iría a recoger el candelabro y la corteza del árbol del cementerio que estaban en el comedor Ella estaría haciendo el amor en el sillón ¿Y si viajaban al futuro? Allá no habría riesgos de echar a perder nada el futuro era el resultado de las acciones del pasado al menos eso decía la sabionda de Lila Sería el goce perpetuo

Lorenzo estiró la mano para agarrar el licor.

Un frío intenso petrificó el cerebro de Jimena, se desparramó por su frente como una estalactita. Lanzó un manotazo para tumbar el whisky. Lo único que consiguió fue

sacudir las arenas del tiempo y del espacio. ¿Qué mierda era esa? Estaba en los pasillos de una casona colonial, Pepe Grillo le entregaba a Gatúbela un cacho de marihuana.

Se había convertido en una rueda suelta, en un alma en pena. Debía regresar de inmediato al apartamento. ¿No era, pues, la todopoderosa? La estremeció un cosquilleo entre las piernas. ¡Lorenzo sí que tenía el poder de hacerle perder el control!

Gatúbela caminó en dirección al bosque. Una serie de personajes disímiles bebían y bailaban en los pasillos, en el césped, y el interior de la casona. ¡Definitivamente no estaba para fiestecitas! Algo le indicaba que debía seguir a esa mujer. La encontró fumándose el porro recostada en un árbol de guayacán.

—¡Hey, gatita, regálame un plon!

Gatúbela miro a Jimena de arriba abajo, y chupó dos veces más el cigarro. No se veía nada mal en su traje de látex.

—¿Y tú de qué viniste disfrazada? ¿De Barbie Criolla?

Jimena llevó el porro a sus labios. Siempre le había sorprendido la solidaridad de los marihuaneros, el desprendimiento con el que compartían su vicio, como si la yerba fuera a hacer de la Tierra un mejor lugar para vivir.

—¡No, soy una *playmate* colombiana! —dejó al descubierto uno de sus hombros.

—Ya veo, ¿y sos de por acá? Lo digo porque nunca te había visto.

—¿De por acá?

—Sí, payanesa.

Estaba en Popayán, la ciudad natal de Corsario; debía estar fumando la mítica Punto Rojo, de Corinto, Cauca. Meses atrás su novio y Lorenzo habían estado allá en una fiesta de *Halloween*. Se reunieron con empresarios que les ayudarían a financiar la

campaña. ¡A cazar dinosaurios a la prehistoria! ¡Jamás imaginó que ella también los acompañaría!

—No, soy pereirana.

Exhaló el humo muy cerca del rostro de Gatúbela. A través de la máscara escuchó el reír de unos ojos grandes delineados por el trazo de un lápiz negro. Una vez más aspiró el porro y lo arrojó al suelo para pisotearlo. Le pasó el humo a *silly* minina, a través del túnel que formaron sus labios; sintió las garras de ella en su espalda.

Se recostaron contra el árbol.

Jimena la despojó del antifaz y de la capucha: dos trenzas de cabello castaño le cayeron sobre los hombros. Le respiró muy cerca del cuello. “¡Si tu adversario da patadas fuertes, rómpele las piernas! ¡Si es bueno con los puños, fractúrale las manos!” *Juego mi vida. Cambio mi vida.* Le acarició las mejillas. *De todos modos la llevo perdida.* Le estrelló la cabeza contra el guayacán, la clavó en una de las protuberancias del árbol. Le pegó una y otra vez.

La vida era demasiado frágil, ahora estás vivo, ahora muerto: *that's it!*

Gatúbela se desvaneció sobre el piso, aplastó la pata de marihuana, la sensación de calma que terminaba de consumirse en el cigarro. El árbol quedó manchado de sangre: ¿Cuánta sangre más tendría que correr para que Lila la perdonara por haberla dejado sola cuando más la necesitaba? ¿Cuánto tiempo para que estuvieran juntas para siempre?

Le quitó el disfraz y lo limpió con su vestido, se lo puso, sobrecogida por la tibieza de los pantalones. ¡Al mundo le había llegado la hora de conocer a la *Catwoman*! Dejó el cuerpo detrás de unos matorrales, y se abrió paso hasta la fiesta: tiró sus ropas en el platón de una camioneta que se encontraba en el estacionamiento. Nadie la inculparía

por el asesinato de Gatúbela, porque ella estaba bien dormidita en Bogotá. ¿Acaso tenía el don de la ubicuidad?, ¿el de tener dos o más orgasmos al tiempo, y con hombres diferentes? ¡Miau! Arañó el aire con sus garras. ¿Qué tal que mientras hacía el amor con Lorenzo en el *jacuzzi* hubiera pensado en Corsario y no en aquel instante fugaz en las piscinas?

Caminó por los pasillos en dirección a un grupo de personas que bebían y bailaban música electrónica. *Of course!*, allí estaban Lorenzo y Felipe Montoya; éste último era el mejor amigo de infancia de Pablo. Le hablaba al oído a una Cleopatra bastante alucinada. Los reconoció de inmediato, entre otras razones porque ella acompañó a su prometido donde la modista para encargarle los trajes: vestían de blanco, llevaban bastones, botas, sombreros y maquillaje a la usanza de los drugos de *La Naranja Mecánica*. Pablo no se veía por ninguna parte, pero era Alex, el protagonista de la novela de Anthony Burgess, ¿quién otro podía ser?

Se acercó a Lorenzo con la excusa de pedirle un cigarrillo. Él le dio uno, y se apresuró a encenderlo. Ahora sólo debía llevar a su galán de regreso al apartamento.

Salieron a bailar. No había terminado la mezcla y ya se estaban besando. ¿Química? Por supuesto, ella no era una mujer fácil; al menos en la realidad que conocía. ¿Física? Sería cuestión de visualizar el sofá, el whisky sobre la mesa, el bulto entre las piernas del hombre que años atrás le quitó la virginidad en las piscinas, *Wow!* Lo recordaba como si hubiera sido ayer. Abrazó a Lorenzo y cerró los ojos. Sintió que se elevaban, que el viaje de regreso a casa había comenzado.

—¡Hey, se nota que me extrañaban!

La voz de Corsario los atornilló al suelo. El perro asqueroso venía acompañado de una Guerrera Espartana, y eso que las *parties* de la provincia eran aburridísimas. Él le

sonreía más de la cuenta: ¿habría recordado a la idiota de su novia en Bogotá que construía castillos en el aire, mientras él se revolcaba con cualquier aparecida?

Corsario agarró dos Manhattan de la bandeja de una Conejita Playboy, y le acercó uno a la Guerrera Espartana.

—¿Y qué tal estuvo la reunión? —Felipe le preguntó.

—¡Tenemos financiación y si todo sigue su rumbo, no será ningún problema llegar al Congreso!

Las miradas de Jimena y de Corsario se estrellaron, sacaron chispas. ¡Todos brindaron! Ana Cardenal y ella eran unas ilusas, dizque orgullosas de sus noviazgos. ¿Y qué si la descubría besándose con Lorenzo? Un ataque kamikaze, qué buena idea. La única forma en que él podría saldar aquella humillación sería asesinándola enfrente de todos.

—Vengan conmigo que quiero enseñarles algo.

Lorenzo abrazó a Jimena. Todos siguieron a Corsario y a la Guerrera Espartana.

El carruaje tirado por seis caballos que contrataron para que los llevara a la Hacienda Belalcázar, los esperaba en el estacionamiento. El efecto de la marihuana ya comenzaba a desaparecer, y ella sólo quería disfrutar de aquella noche, de los astros en el cielo, y los besos de Lorenzo. Sería suya al aire libre. El rocío espacial haría sanar las úlceras abiertas de su pasado, sembraría una nueva realidad.

El carruaje se detuvo en una planicie rodeada de árboles coloridos. Corsario les contó una leyenda sobre un tesoro enterrado en aquella hacienda por el cacique Payán, cuando los conquistadores dirigidos por Ampudia y Belalcázar llegaron al Valle de Pubenza. Les aseguró que sólo en noches estrelladas como aquella era posible encontrar el botín precolombino. Mientas proponía que se dividieran en tres grupos y salieran en



su búsqueda, sonó su teléfono móvil. A María Jimena le hirvió la sangre: era ella quien llamaba, lo supo por el *ringtone*, y porque en toda la noche él no le había contestado.

—¡Es Lila, tengo que marcar tarjeta! —Pablo besó a la Guerrera Espartana—. ¡Mi amor! ¡Qué rico oírte! ¡Todo salió de acuerdo a lo planeado!

¿Cuál Lila? ¿Cuál mi amor?! ¿Cómo que su prima lo estaba llamando? Gritó con todas sus fuerzas, y saltó del carruaje sobre Corsario.

Se estrelló contra el espejo del baño de su apartamento, éste reflejaba el rostro de una histérica vestida de gata.

Pateó el frasco de COMPLUCAD TANAS.

Se quitó la máscara y se recostó en la cama, rompió en llanto

no podía seguir sosteniendo sobre sus hombros el pesado andamiaje de La Máquina del Tiempo (escuchó un trueno) ¡El diluvio universal! Lila estaba viva ¿Viva Lila? Corsario le había quitado lo que más quería el recuerdo de Ella era lo único que le quedaba ¿Y entonces? Lo mejor sería que la declararan loca así no la condenarían por asesinato Maldito Corsario El senador diría en su defensa que cometió los crímenes fuera de sus cabales había sido manipulada todo el tiempo por su prometido o el de Lila ¿Qué importaba? ¡Sería su muerte política! Hablaría con Ella estaba viva Viva *Daddy* movería el cielo y la tierra para limpiar su imagen la de la familia al fin y al cabo Ella siempre sería la niña de sus ojos

## 4:23 a.m. - Día tres

—En el momento no puedo contestar la llamada. Si me dejas tu nombre, y tu número, te llamaré de vuelta tan pronto pueda. *Bye!*

¡Era su voz! ¡El mismo número de teléfono! ¡Lila estaba viva! ¡No importaba que fuera la novia de Corsario! ¡Estaba VIVA!

—¡Prima querida! ¡Lláname apenas te despiertes! ¡Necesito hablar contigo urgente!

Sería perfecto que Lorenzo también estuviera vivo y que además fueran novios. Abrió el armario. ¿Qué más le pediría a la vida? La envolvió un aroma a jabón de extracto de jazmines. Su víctima lucía fresco, como si los gusanos no llevaran tantas horas de festejo.

Lo sacó del clóset, y lo tendió sobre la cama. Lorenzo había traspasado el inframundo con su pene erecto, como aquellos sadomasoquistas de quienes había oído decir, morían ahorcados mientras se masturbaban en busca del orgasmo perfecto

Una carcajada la hizo brincar del susto. La inmunda mariposa contraatacaba, salía del baño para posarse sobre el pecho de Lorenzo. Movía las alas con fuerza, como si quisiera provocar una tormenta de arena en El Paso, Texas. Su aleteo trajo consigo una voz que no reconoció de inmediato, pero que le pareció familiar:

—¡Prima, es hora de estar juntas para siempre!

De los círculos de sus alas brotó una llamarada azul que redujo el insecto a cenizas.

¿Se había llamado prima a sí misma? Era su propia voz, de eso no tenía la menor duda. Se quitó los zapatos. *Of course!*, todo ese tiempo la había estado persiguiendo su consciencia en forma de mariposa; al menos ésta era gris con bordes dorados, y no una vulgar polilla.

Se metió entre las cobijas y arropó al cadáver. En la yema de los dedos recogió las cenizas que se le enredaban a él en los vellos del pecho. Le acarició el abdomen

¿Cómo podía estar tan fresco si no le había aplicado el COMPLUCAD? Era seguro que en aquella realidad en la que Lila seguía estando viva él llevaba menos tiempo de muerto no apestaba como Jonathan ¡Ella era un FRACASO con letras mayúsculas! Su vida habría sido distinta de tener a su lado un hombre de verdad que hiciera de sus problemas los suyos propios que la acompañara en las buenas y en las malas que la apreciara por ser lo que era y no la hija de un cacique político la primera dama que sabría sonreír a las cámaras mientras hacía beneficencia la muñequita encerrada en su torre de cristal como la llamó la tonta de Isabel Su gran error había sido desobedecer las corazonadas que una y otra vez le señalaron a Lorenzo como el hombre de su vida también el de su prima Lila Las Indias de Colón juntas lo habían descubierto

Se levantó de la cama y sirvió un aguardiente. Desocupó la copa y sirvió otro. Se quitó el traje de látex quedando desnuda. Desempacó su vestido de novia y lo extendió sobre la cama. Regio, caray, si Lady Di te hubiera visto, se habría sentido como una pata-rajada en su noche de bodas. Se carcajeó; el mundo era más brillante a través de los espejuelos de su madre. Se acercó al tocador para iluminarse los párpados con sombra color vainilla, el espejo le devolvió un beso. ¿Quién estaba allí? El vidrio delineó unas piernas largas, unos vellos diminutos que formaban un triángulo perfecto. Alzó la vista.

—¿Cómo te atreves a venir a perturbarme aquí, a mi propio apartamento?!

Se dio la vuelta dispuesta a arrancarle las mechas a la del espejo, a Isabel Paz, pero detrás suyo lo único que encontró fue la pared. ¡Sólo eso le faltaba, qué esa tonta arribista la estuviera atormentando! Volvió a girar, y un rayó de sol iluminó el espejo, le cubrió a ella los hombros. Gritó con todas sus fuerzas. Tenía el cabello idéntico al de la pelos de trapero, ¿a qué mente pervertida se le ocurría semejante atrocidad? Se tocó la cara y se alejó de allí. Sus nervios la estaban engañando, tenía que calmarse. Era preferible estar muerta a ser esa vieja ordinaria.

Observó el cadáver de Lorenzo, le crecía una incipiente barba. Acercó sus labios a los de él, y se sintió erizada por la frialdad de estos, por su sabor amargo. Se lamió la boca. Por más de tres años Corsario había estado saliendo con las dos, las engañaba con sus promesas. El fucsia de las tangas brasileras y las ligas de Isabel, asomaban en el bolso. ¿Se había vuelto loca? Seguían oliendo a ella. No resistió la tentación de ponérselas. Acarició los encajes del vestido de novia, admirada por los cortes y las caídas, por el cuidado en la escogencia del blanco, y de las telas livianas, ideales para su boda en Cartagena. ¿Se merecía todo eso? Contuvo la respiración para ganarle la batalla a la cremallera que se negaba a cerrarle en la espalda. Se miró una vez al espejo. Después de todo no era tan malo ser quien era; tenía la clase de María Jimena, el cuerpo y hasta los calzones de Isabel: la totalidad de los sentimientos de Corsario ahora sí le pertenecían. Se ajustó los pendientes de perlas. No, no, no, nooo, cuánto desatino con esas greñas tan encendidas, caray. Improvisó dos trenzas y a la altura de las orejas las cortó a tijeretazos.

—*Do you see it? Chirriadísimo, ala! Now, it's much more better!*

Maquilló sus labios de rojo coral y terminó de ponerse el velo de novia con motivos florales. Programó su cámara fotográfica en modo automático para que se disparara en diez segundos; la apoyó sobre la mesa de noche. En una fecha tan especial como aquella, no podían faltar los recuerdos. Se recostó en la cama y abrazó al cadáver.

—¡Hoy es el día más feliz de mi vida, de nuestras vidas! —sonrió ante el flash—  
¡Whisky! —repitió la fotografía— ¡No estás muerto, tan sólo cerraste los ojitos!

De un manotazo tumbó la lámpara de la mesa de noche. En su lugar puso una hermosa alcancía de Krusty el payaso.

Encendió las velas del candelabro. Lo dejó en el piso, alumbrando la alcancía.

Desojó las rosas azules que Corsario le había llevado en la mañana.

Esparció los pétalos alrededor del cadáver.

Desempolvó las argollas de matrimonio.

Puso a sonar el CD con la banda sonora de *La Profecía*.

Se arregló la cola del vestido.

Sostuvo el bouquet de novia entre las manos.

Desde la sala marchó hasta la habitación, los coros del *Ave Satani* marcaron su paso.

*Sanguis minimus*  
*Corpus animus*  
*Rotted corpus satani*  
*Satani*  
*Satani*  
*Satani*  
*Satán*

Se detuvo junto a Lorenzo. Se llevó el arreglo floral al pecho y cerró los ojos

quien recogiera ese hermoso bouquet sería la persona más feliz de la tierra casi casi casi casi tan feliz como ella en esos momentos

Lo lanzó hacia atrás luego de conjurarlo.

Abrió una botella de champán y llenó dos copas. Lorenzo sostuvo una entre las manos, ella la otra, entrecruzaron los brazos.

—¡Salud!

Ella terminó de un sorbo su trago; bañó de licor al cadáver.

Se quitó el velo y lo arrojó al piso. Era obvio que Lorenzo quería verla desnuda, además nadie, ni siquiera él en mejores tiempos, se había resistido a su hermosura; bueno, ya nada era igual, pero tenía que reconocer que seguía de infarto.

—¡Dime si no soy la mujer más guapa que te ha llevado a la cama! ¡Confiesa que Ana jamás te ha enloquecido como yo lo hago!

¿Cuántos no desearían tener el *six pack* del abdomen de Lorenzo sus pectorales amplios sus hombros gigantes y su pene? Las niñas matarían por el dorado de esa piel la vitalidad del cabello la nariz recta perfecta como las nalgas que tardó años construyendo en el gimnasio (tiró las sábanas al suelo) ¡De malas! (se carcajeó) aquel cuerpo era todito para ella no lo compartiría con nadie

—Espero que no te importe que al medio día de hoy, me haya acostado con tu mejor amigo —se alzó el vestido hasta la cintura—. No hicimos el amor, fue sólo sexo, *a quickie*, y nada más —separó el encaje de las medias—. Te prometo que después de esta noche serás el único en mi vida, y yo la única en tu muerte —soltó su ligero.

¡Esa sí que era una frase célebre! Lamentó no tener a la mano su celular para regalársela al mundo a través de Twitter.

—¡No hay vuelta atrás!

Se quitó la ropa interior, pero no el traje de novia ni sus tacones.

—¡Ya no hay!

Le acarició los muslos y la entrepierna; para entonces los coros del *Ave Satani* se habían apoderado del apartamento.

Se desabotonó la parte superior del vestido, y apoyó sus senos contra el pecho del muerto; sintió que sus pezones ardían, se ponían duros.

—Yo, Jane Doe, te acepto a ti, Lorenzo Traverso, como mi legítimo esposo —ya no tenía importancia quién era ella, en adelante sería simplemente la señora de Traverso—, y prometo serte fiel en lo favorable y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza —tomó la argolla que tenía grabado el nombre de Isabel Paz, y la ajustó en el dedo anular del cadáver; en su mano puso la que decía Pablo Corsario—. Y prometo amarte y bla-bla-bla todos los días de mi vida y de mi muerte.

¡Ya no era más una solterona! Se inclinó para besar a su esposo

ahora tenía un hogar al macho que la respaldaría en sus decisiones una familia que proteger al caballero que le sacaría las tripas a Corsario un nuevo apellido al príncipe que la amaría más y más y más y más y más y más cada segundo

Nueve monjes de túnicos negros corearon las alabanzas a Satán, danzaron alrededor de la cama, alumbraron sus rostros esqueléticos con las velas del candelabro.

### *Satani*

La señora de Traverso apoyó las plantas de los pies sobre la cama y se sentó sobre su esposo, reconoció las marcas en sus propios tobillos. Enlazó el pene con sus tentáculos, lo afincó en su vagina de medusa que contraía su gelatinosa humanidad.

Tensionó las piernas. *Satán*. Pestañina líquida brotó de sus ojos; se dobló de placer acariciando su clítoris con la mano en que lucía la argolla. Un círculo de humo y sombras envolvió la habitación. *Satán*, corearon los monjes; sus túnicos ardían en llamas. *Satán*. Sintió un cosquilleo ascendente por las vértebras de la espalda, una punzada en el vientre que le desgarraba un gemido. Abrió los ojos, gigantescas larvas de mariposa descarnaban los labios de su esposo de su esposo de su esposo que abría la boca para expulsar una bola de fuego.

Los monjes se abalanzaron sobre ella.

Ardió su velo de novia.

Lanzó varios manotazos y salió corriendo de la habitación.

María Jimena la esperaba tras el ventanal de la sala con los brazos abiertos; exhibía el nuevo corsé de luces púrpuras y violetas de la Torre Colpatria. Aleteaba como lo harían las orugas de mariposa una vez terminaran de beber el cáliz de Lorenzo y se aprestaran a volar.

Se detuvo al borde de la ventana, ¿era ella? Sintió un empujón en la espalda, las manos de su alma gemela que la asían a su pecho. Gritó de felicidad porque como las larvas juntas habían comenzado a transformarse, a fundir sus risas en la eternidad del arco iris.

El vidrio del ventanal estalló en pedazos.

Se vio a sí misma en el aire, fragmentada en los cristales, clavándose en los poros de su piel. La sacudió el vacío, una fuerte presión en el pecho, la sensación de que las paredes de su abdomen se encogían como un acordeón. Un grito ahogado se escapó de sus labios.



María Jimena apoyó su boca contra la de ella, la gloria de su aliento le inflamó el abdomen. Gritó. Su vientre se había hinchado como un globo de helio.

Una contracción le ensanchó las caderas, otra le rajó el vestido de novia, le puso el ombligo como el chupo de un biberón. Dobló su cuerpo y pujó, desgonzó las piernas. Su mirada pisoteó los ladrillos de la plaza de toros, las ramas de los árboles del Parque de la Independencia. Pujó con todas sus fuerzas, y expulsó una masa bañada en sangre, una criatura atada a un cordón umbilical que daba balidos, que abría sus ojos vivaces como los de Lorenzo, ponzoñosos, idénticos a los Corsario.

—¿Sabes algo? Una navidad mi padre me regaló una edición ilustrada del *Cascanueces*, de Hoffman. La noche en que terminé de leer el libro, soñé que mis juguetes cobraban vida y me elegían para comandar el ejército del príncipe Cascanueces que aplastaría a los ratones. Pero al despertarme, como Clara, la niña de la historia, me di cuenta que la batalla nunca existió, tampoco el príncipe, el Reino de las Nieves ni el de los Dulces.

—¿Bebito, y a qué viene todo esto? Estábamos hablando sobre tu futuro.

—Isa, aquel no fue un simple sueño; fue una visión en la que me vi sacudiendo la lepra que envilece a este país.

—¿Quieres ser presidente?

—De ser necesario. Estoy destinado a pacificar Colombia.

## ***Recitativo***



*La Ascensión al Empíreo,  
El Bosco, hacia 1490  
Óleo sobre tabla  
Palacio Ducal de Venecia*

## 6:03 a.m. - Día tres

Pablo Corsario la empujó y cerró los ojos. Contó quince segundos. No reconocía la música que sonaba en el equipo de sonido. Se ajustó los guantes y se dirigió a la habitación principal. El cadáver de Lorenzo Traverso estaba tendido sobre la cama, las llamas del candelabro devoraban el velo de novia, levantaban una humareda.

Corsario encendió la cámara fotográfica que estaba sobre la mesa de noche. Vaya sorpresa, Isabel vestida de novia se amancebaba con el cadáver. Podía apostar que deseaba resucitarlo con sus besos: ¡Necrofilica! ¡Ni que fuera la Bella Durmiente! Por más hijita de un Senador y una ricachona de familia de industriales, definitivamente no era la mujer que buscaba.

Se echó la cámara en el bolsillo. Alimentó el fuego con la colcha de la cama y una de las almohadas. Se marchó ajustando la puerta; suerte que las cámaras de seguridad no estaban funcionando. Guardó las llaves y con los guantes en los bolsillos interiores de su abrigo, sintió un leve temblor en las manos. Subió al ascensor. Habían pasado años desde la última vez que estuvo nervioso, ojalá ese momento jamás terminara.

Esta vez sí se le había ido la mano a Isabel, porque con un culo como el suyo nadie habría burlado la muerte para procurarse sexo, y menos con el cadáver del mejor amigo de su prometido. Silbó la *Danse Macabre* saboreando el licor de las mandrágoras con que se imprimirían los billetes de la compañía de seguros. Inhaló y exhaló varias veces. El país entero adoraba a Sylvia South, la vocalista de Square. Esa mamacita tendría que ser suya, ella le apaciguaría las hienas que querrían despedazarlo tras la

muerte de su prometida. Lila sería el problema, ¿por qué no la dejó sirviendo aromáticas en la funeraria en Popayán?

El ascensor se detuvo en el primer piso. Corsario salió corriendo, estaba agitado, jadeaba.

—¿Pasó algo doctor?

—¡Don Gilberto, es una emergencia! Traiga las llaves del apartamento de Isabel. Parece que hay un incendio ahí dentro y no tengo cómo abrir.

—¡Ah, doctor, se suponía que no debía dejarlo entrar! ¡Olvidé decirle que la señorita ordenó que nadie la molestara, ni siquiera usted!

—¡No le digo que se está quemando el apartamento!

Sus gritos fueron acallados por el rugir de la alarma contra incendios.

Una nube de humo salía por debajo de la puerta del *penthouse*. El portero abrió la puerta, y recogió el extintor del pasillo.

—¡Isa!

Corsario estrelló una silla contra el ventanal de la habitación principal, y pateó la almohada en llamas; ésta salió del edificio como una estrella fugaz.

Gilberto roció el polvo del extintor sobre las cobijas y terminó de apagar el incendio.

—¡Doctor! ¡Aquí hay alguien! ¡Huele a diablo!

—¿Qué?

Pablo se tiró a los pies de su amigo. Tenía el cuello hinchado, la piel magra. Se le había descolgado la mandíbula.

—¡Lorenzo!

—No me diga doctorcito que usted no sabía que el joven estaba aquí, lo digo por los videos que estuvo viendo antes de dañarme el computador.

El portero le puso una mano en el hombro, y salió de la habitación. Por todos lados había pétalos azules, vidrios y mechones de cabello. Se acercó al ventanal de la sala, atraído por la Torre Colpatria que como un faro resplandecía entre la bruma y la putrefacción. ¡Vaya demencia la de la gente rica!

Krusty, el payaso, se carcajeaba en su alcancía. Corsario nunca terminó de entender aquellas fijaciones de Isabel por lo popular. Qué distinta era de su prima María Jimena; ella habría sido una Primera Dama ejemplar: ¡Lástima que se suicidó siendo tan joven!

—¡Doctor, venga pronto!

—¿Qué pasó don Gilberto? —A él también tendría que silenciarlo.

Pablo pisoteó el bouquet de novias. A lo lejos palpitaban las sirenas de los camiones de bomberos.

—Me temo, doctor, que se nos suicidó la niña Isabelita.

Gilberto señaló los vidrios del ventanal; la turba de gente que se amontonaba en la acera, treinta pisos abajo.

***Fin***

## Vita

**Rubén Varona**, escritor colombiano nacido en Popayán en 1980. Autor de la novela policiaca: *Espérame Desnuda entre los Alacranes*, Editorial Axis Mundi, 2007. Desde el 2004, es director de la *Revista Cultural La Mandrágora (Popayán)*. En el 2006, fue becario de la Fundación Mempo Giardinelli, en el *Seminario de Literatura y Crítica* (Argentina). Sus relatos, ensayos y poemas han sido publicados en antologías y revistas de Colombia, España, Alemania y Estados Unidos. En el 2008, fue elegido como Vicepresidente para América Latina de la *Asociación Internacional de Escritores Policiacos –AIEP*. Es estudiante regular de la Maestría en Creación Literaria de la *Universidad de Texas, El Paso*. En agosto de 2012, comenzará sus estudios de doctorado en *Texas Tech University*.

Dirección permanente:

Carrera 9 No. 18N-55, apartamento 3. Barrio Catay. Popayán, Cauca, Colombia.

Esta tesis fue mecanografiada por Rubén Varona.